# DIARIO DE MOSCÚ

WALTER BENJAMIN

*Diario de Moscú* narra las vivencias de Walter Benjamin de su viaje a Rusia entre diciembre de 1926 y febrero de 1927 para tomar la decisión de afiliarse o no al Partido Comunista ruso. Es el único documento íntimo que dejó este gran filósofo, e incluye narraciones de vida cotidiana, desencuentros amorosos, problemas con amistades y reflexiones sobre la historia y la política rusas.



Walter Benjamin

# Diario de Moscú

**ePub r1.0**
**Titivillus** 08.03.16

Título original: *Diario de Moscú*
Walter Benjamin, 2013
Traducción: Luciano Altman
Corrección: Gimena Riveros
Ilustración de Walter Benjamin: Mari Tosmin
Diseño de cubierta: Víctor Malumián

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





# Nota de los editores

*Diario de Moscú* representa, para nosotros, un hito como editorial. En primer lugar, porque hasta el momento no habíamos publicado ningún libro que fuera siquiera asimilable a un diario. En segundo término, porque pensamos que rescatar los testimonios más vívidos de un filósofo como Walter Benjamin es importante para comprender integralmente su filosofía.

Las vivencias reproducidas en *Diario de Moscú*, de hecho, surgen de la necesidad, confesada por Benjamin, de viajar a Moscú para decidir si se incorporaría o no al Partido Comunista Alemán. El libro reúne todas las experiencias vividas por Benjamin desde su llegada a Moscú, el 6 de diciembre de 1926, hasta su partida, el 1 de febrero de 1927. Lo más interesante es que, por ser un diario, el texto se presenta al lector despojado de cualquier tipo de autocensura, libre de todo tipo de posibles trabas autoimpuestas por el autor para evitar represalias por parte del régimen nazi.

Por último, nos gustaría invitar a los lectores a sumergirse en la experiencia de vida de Benjamin, un filósofo que seguramente alguna vez leyeron, y al que ahora pueden reencontrar, apoyado más en su ser pasional que en su ser intelectual.

# Diario de Moscú

## 9 de diciembre

Llegué el 6 de diciembre. En el tren, había tomado nota mental del nombre del hotel y de la dirección, por si acaso no hubiera nadie esperándome en la estación. En la frontera me habían hecho pagar un extra por viajar en primera clase, bajo pretexto de que no quedaban asientos en segunda. Fue un alivio ver que no había nadie en el andén viéndome bajar del coche-cama. Tampoco había nadie en la estación, siquiera; pero no fue algo que me desilusionara demasiado. Luego, cuando ya dejaba la estación Bielorrusa-Báltico, apareció Reich[1]. El tren había llegado a horario, ni un segundo más tarde. Nos subimos a un trineo, con las dos maletas; era un día de deshielo, estaba cálido. Apenas habíamos recorrido unos minutos por la amplia Tverskaya, con su mezcla de nieve y barro, cuando vimos a Asja[2] saludándonos del otro lado de la calle. Reich se bajó y caminó la poca distancia que quedaba hasta el hotel, nosotros seguimos en el trineo. Asja no se veía muy linda, hundida en su gorro de piel ruso y con la cara todavía hinchada, después de haber pasado varios días en cama.

Tuvimos una breve parada en el hotel y luego fuimos a tomar el té a una confitería que quedaba cerca del sanatorio[3]. Allí la puse al día acerca de Brecht[4] y luego Asja, que se había escabullido del sanatorio durante la hora de descanso, decidió regresar por una puerta lateral para evitar ser vista, mientras Reich y yo ingresamos por las escaleras principales. Allí, por segunda vez, accedimos a la costumbre local de sacarse las botas. La primera había sido en el hotel, pese a que solamente pasamos para que nos recibieran el

equipaje y nos prometieran una habitación para la noche. La compañera de habitación de Asja, una robusta obrera textil, no se encontraba allí, y la vería por primera vez el día siguiente. Ahí estábamos, juntos y solos durante unos minutos bajo el mismo techo por primera vez. Asja me miró muy afectuosamente e hizo alusión a aquella decisiva conversación que tuvimos en Riga. Después Reich me acompañó de regreso al hotel, donde comimos algo en mi habitación para luego ir al teatro Meyerhold[5], donde veríamos el primer ensayo general de *El revisor*[6]. A pesar de los esfuerzos de Asja, no pude conseguir un *ticket*. Así que deambulé por Tverskaya en dirección al Kremlin durante media hora, y otro tanto de regreso, leyendo atentamente los carteles de los negocios mientras caminaba con cuidado sobre la vereda congelada. Luego, muy cansado, e imaginablemente triste, volví a mi habitación.

## 7 de diciembre

Por la mañana, me pasó a buscar Reich. Recorrido: Petrovka (para registrar mi visita en la policía), luego fuimos al Instituto Kameneva[7] (para gestionar un asiento de 1,5 rublos en el Instituto de Cultura. También hablé allí con su representante alemán, un auténtico imbécil). Después tomamos la calle Herzen rumbo al Kremlin para pasar por el Mausoleo de Lenin, completamente venido abajo, y para tener una vista panorámica de la catedral de San Isaac. Regresamos por Tverskaya, tomamos el Boulevard Tverskoi rumbo a Dom Herzena[8], sede de la Asociación Soviética de Escritores Proletarios, la *VAPP*[9]. Buena comida, que apenas pude disfrutar a causa del esfuerzo que había representado esa

caminata en el frío. Me presentaron a Kogan[10], quien me habló largamente de su gramática rumana y de su diccionario ruso-rumano. Las historias que contó Reich, que en nuestras largas caminatas suelen terminar cansándome, sonaron ahora infinitamente vivaces, repletas de anécdotas y detalles, clarísimas y entretenidas. Contó una sobre un burócrata del Palacio de Hacienda que en sus vacaciones de Pascua dio misa, oficiando de Papa. Y luego otra sobre la modista condenada a prisión por matar a su esposo alcohólico; otra sobre el *hooligan* que atacó a una pareja de estudiantes en plena calle. Y también otra sobre cuando Stanislavski quiso llevar a escena una obra sobre la Guardia Blanca[11]: de cómo ésta llega a manos de la censura, donde apenas uno de los censores toma nota de ella y la devuelve con algunas modificaciones sugeridas. Meses después, luego de hacer las modificaciones necesarias, Stanislavski hace una función especial para los censores que deviene en la prohibición de la obra. Stanislavski va a ver a Stalin: le dice que está arruinado, pues ha invertido en la obra todo su capital.

Stalin entiende que la obra «no es peligrosa», por lo cual finalmente se estrena, pese a la oposición de los comunistas, que son controlados por la policía durante el estreno. Otra de las historias de Reich es acerca de la novela en clave que trata sobre el «caso Frunze»[12], aparentemente orquestado por orden de Stalin… y siguió Reich, con las novedades políticas: removieron de importantes cargos a miembros de la oposición. Y en una línea de acción similar, también cesaron de cargos intermedios a una gran cantidad de judíos. Antisemitismo en Ucrania. Dejé la *VAPP* completamente agotado, y me fui solo hasta lo de Asja. La habitación no tardó en llenarse de gente. Una mujer letona llegó y se sentó en la cama contigua a la de Asja, luego llegaron Chestakov[13] y su esposa, quienes de un momento a otro se trenzaron en una fuerte discusión en ruso con Reich y Asja acerca de la producción de Meyerhold de *El revisor*. Los puntos de mayor discordia son el uso de terciopelo y de seda y los catorce vestidos para su mujer[14];

además, la duración total de la obra es de cinco horas y media. Después de comer, Asja entró a mi cuarto, donde también se encontraba Reich. Antes de irse, Asja nos contó la historia de su enfermedad; luego Reich la acompañó de regreso al sanatorio y volvió al hotel. Yo me quedé acostado mientras él tenía intenciones de ponerse a trabajar. Sin embargo, cortó rápidamente sus tareas para conversar conmigo acerca de la situación de los intelectuales aquí y en Alemania; y de las técnicas literarias contemporáneas en ambos países.

Esto nos lleva a hablar de la reticencia de Reich a la hora de unirse al Partido. Reich hizo hincapié en las inclinaciones reaccionarias del Partido en materia cultural. Los movimientos de izquierda, que tan útiles habían resultado a lo largo del comunismo en tiempos de guerra, pasaron a ser absolutamente dejados de lado. Recién ahora los escritores proletarios adquirieron estatus oficial (excepto Trotsky), e incluso recibieron claras instrucciones acerca de que no serían apoyados de forma alguna por el gobierno. Pienso también en el caso Lelevich[15], que incluye medidas en contra del frente cultural de los sectores de izquierda (Lelevich había escrito un tratado sobre el método de crítica literaria marxista). En Rusia se da muchísima importancia a una toma de postura política rigurosamente matizada. En cuanto a las técnicas literarias, en Alemania, alcanza con tener un contexto político vago, generalizado, que de todas formas se considera indispensable. La técnica rusa consiste en realizar una amplia exposición de la idea y, de ser posible, no más que eso. El nivel de formación del público ruso es tan bajo que cualquier desarrollo posterior sería inevitablemente incomprendido. En Alemania, en cambio, lo único que se pretende es obtener resultados, sin que a nadie le importe cómo se llega a lograrlos. Esto explica por qué los periódicos alemanes dedican tan poco espacio a disposición de sus periodistas; aquí en Rusia es habitual encontrar artículos de 500 a 600 palabras. Esta charla se prolonga durante un buen rato más. Mi habitación está bien

calefaccionada y es espaciosa, se puede considerar un lugar agradable en donde estar.

## 8 de diciembre

Por la mañana vino a verme Asja. Le hice regalos, le mostré fugazmente el ejemplar de mi libro con la dedicatoria[16] y le dejé la cubierta del libro que había diseñado Stone[17]. Asja se mostró muy feliz al respecto. Más tarde llegó Reich, y juntos fuimos al banco estatal para cambiar mi plata a moneda local. Allí hablamos un rato con el padre de Neumann. A través de un pasaje que había sido construido recientemente, fuimos a Petrovka. En el pasaje había una exhibición de productos de porcelana, pero a Reich no le importó y siguió su marcha. En la calle donde está situado el hotel Liverpool, volví a encontrarme con la confitería del primer día.

Aquí me detengo a contar la historia sobre la visita de Toller[18] a Moscú, que escuché justamente aquel primer día. Toller sería recibido con todas las pompas. Toda la ciudad estaba llena de carteles que informaban su llegada. Tenía lista a su disposición una corte de asistentes, traductores, secretarios y mujeres hermosas; se anunciaban conferencias suyas. Sin embargo, el mismo día, también en Moscú, se celebra un congreso de la *Komintern*. Werner[19], archienemigo de Toller, se encuentra entre los delegados alemanes y escribe un artículo en el *Pravda* en el que afirma que Toller traicionó la Revolución y lo acusa de ser el culpable del fracaso en la constitución de una república soviética alemana. El *Pravda* agrega un editorial al final de la nota: «Lo sentimos mucho; no lo sabíamos». Después de esto, Toller pasa a ser persona no

grata en Moscú. Al arribar al auditorio donde llevaría a cabo una de las tan publicitadas conferencias, se encuentra con el edificio cerrado y una nota del Instituto Kameneva: «Lo sentimos mucho, la sala no se encontraba disponible». Y al parecer el encargado de avisarle se olvidó de llamarlo.

Al mediodía regresamos a la *VAPP*. La botella de agua mineral cuesta allí un rublo. De allí nos fuimos con Reich a visitar a Asja. En pos de levantarle el ánimo a Asja, Reich organizó una partida de dominó entre los tres en el salón de recreación del sanatorio, pese a que ni ella ni yo deseábamos formar parte de ella. Allí, sentado al lado de ella, me sentía un personaje de una novela de Jacobsen[20]. Reich disputaba una partida de ajedrez con un viejo comunista famoso, que perdió uno de sus ojos en la guerra, o en la guerra civil, un hombre del que sólo quedan sus despojos, como sucede con tantos otros comunistas de la vieja guardia que aún no fallecieron. Asja y yo no terminábamos de volver a la habitación cuando apareció Reich para acompañarme a casa de Granovsky[21]. Asja nos acompañó parte del trayecto, mientras caminamos por Tverskaya. Pasamos por una confitería, donde le compré halva, y luego regresó por su cuenta. Granovsky es un judío letón, de Riga. Él es creador de un estilo de comedia absurda, antirreligiosa y, a primera vista, un tanto antisemita que parodia a las operetas costumbristas. Al verlo, da una impresión totalmente occidental; se muestra hasta cierto punto escéptico frente al bolchevismo, y nuestra conversación gira principalmente en torno al teatro y a cuestiones de dinero. Tocamos el tema de la vivienda, cuyo precio aquí se calcula por metro cuadrado. El precio del metro cuadrado es proporcional al sueldo del inquilino. Además, el precio del alquiler y de la calefacción se triplica cuando se trata de viviendas donde se superan los trece metros cuadrados por persona. Dado que fuimos sin avisar, en vez de una cena propiamente dicha, nos tuvimos que conformar con una mesa de fríos. Ya de regreso en mi habitación, nos quedamos charlando con Reich acerca de la *Entsiklopediya*[22].

## 9 de diciembre

Asja vino nuevamente por la mañana. Le di algunas cosas y luego salimos a caminar. Asja habló de mí. Al llegar al Liverpool, dimos la vuelta y yo me fui a casa, donde ya Reich esperaba por mí. Ambos trabajamos durante una hora (yo estaba escribiendo el artículo sobre Goethe). Luego nos fuimos al Instituto Kameneva para gestionar una reducción en la tarifa de mi habitación. Desde ahí nos fuimos a almorzar, pero esta vez no fuimos a la *VAPP*. La comida estaba deliciosa, especialmente la sopa de repollo colorado. Después, partimos rumbo al hotel Liverpool a encontrarnos con su amable propietario, originario de Letonia. Hacía doce grados (centígrados) de temperatura. El almuerzo me había dejado bastante cansado, por lo cual no pude ir caminando a lo de Lelevich, tal como había planeado. Tuvimos que hacer un pequeño trayecto en coche. Pasamos por un parque enorme, a través del cual se alzan varios complejos de vivienda. Hacia el final del parque se encontraba una hermosa casa de madera blanca y negra, en cuya segunda planta se hallaba el departamento de Lelevich. Cuando estábamos entrando nos topamos con Bezymensky[23], que se estaba yendo. Una empinada escalera de madera terminaba en una puerta que daba a la cocina, que contaba con una chimenea. Luego, un vestíbulo muy sencillo, lleno de abrigos. Después cruzamos una habitación, al parecer una alcoba, para llegar hasta el estudio de Lelevich. Me cuesta describir su apariencia: bastante alto, llevaba puesta una túnica rusa azul, hombre de pocos movimientos (parecía que la pequeñez del estudio, atestado de gente, lo mantenía pegado a su silla, en el escritorio). Lo que llama más la atención al verlo es su larguísima cara, como desarticulada, de facciones anchísimas. Su pera es la más larga que alguna vez haya visto, descontando la del inválido Grommer[24], y está apenas hundida.

Da la impresión de ser una persona muy tranquila, pero, al mismo tiempo, al verlo uno tiene la sensación de estar frente a esa actitud taciturna del fundamentalista. Le hizo a Reich una serie de

preguntas sobre mí. Enfrente, sobre la cama, había dos personas sentadas. El que llevaba una túnica negra era joven y buen mozo. Allí sólo se congregaban representantes de la oposición literaria que habían ido a pasar con Lelevich la última hora antes de su partida: lo iban a deportar. Al principio, el destino era Novosibirsk. «Usted no necesita una ciudad, cuyo círculo de influencia es, al fin y al cabo, limitado. Usted necesita una provincia entera», le habían dicho. Pero luego consiguió disuadirlos y ahora lo estaban enviando para que esté «a disposición del Partido» a Saratov, que está ubicada a veinticuatro horas de Moscú; sin que él supiera todavía qué tareas le tenían previstas, si se desempeñaría como editor, como corredor de una cooperativa estatal o haciendo cualquier otra cosa. Durante la mayor parte de nuestra estadía, su esposa se dedicó a recibir a las visitas en la habitación contigua. Ella es una persona de expresión sumamente enérgica, a la vez que armónica, de estatura pequeña y exponente del tipo ruso meridional. Lo va a acompañar los primeros tres días. Lelevich posee el optimismo del fanático: lamenta no poder escuchar el discurso que habrá de pronunciar Trotsky al día siguiente ante la *Komintern* en favor de Zinoviev; piensa que el Partido se encuentra próximo a dar un giro en su rumbo[25]. Al despedirnos en el pasillo le pedí a Reich que le brindara algunas palabras de aliento de parte mía. Luego fuimos a ver a Asja. Puede que el juego de dominó que mencioné en realidad haya sido este día. Llegando la noche, Reich y Asja tuvieron la intención de venir a visitarme, pero finalmente Asja vino sola. Le tenía preparados algunos regalos: una blusa, unas medias. Conversamos, y me di cuenta de que ella es capaz de recordar cualquier detalle que nos involucre a ambos. (Esa tarde, ella me había dicho que pensaba que yo en realidad estaba bien, que no era cierto que me encontrara en medio de una crisis personal). Antes de que se fuera, le leí una parte de *Calle de sentido único* que habla sobre las arrugas[26]. Después, la ayudé a ponerse las botas. Ya me encontraba dormido cuando se apersonó Reich en mi cuarto, a la medianoche, para darme noticias tranquilizadoras y que las compartiera con Asja la

mañana siguiente. Le había surgido una posibilidad de mudarse. Reich compartía habitación con un loco, lo cual complicaba aún más la ya difícil empresa de tener un alojamiento digno.

## 10 de diciembre

Fuimos a visitar a Asja por la mañana. Dado que las visitas matutinas están prohibidas, hablamos con ella brevemente en el *lobby* del sanatorio. Se encuentra cansada, acaba de darse por primera vez un baño de ácido carbónico, que la hizo sentir muy bien. Después me voy al Instituto Kameneva. El trámite que necesito para que me reduzcan la tarifa del hotel se suponía que estuviera listo, pero no lo estaba. En otro orden de cosas, mientras me encontraba en la antesala del instituto, tuve una dilatada conversación con un caballero desocupado y con una señorita sobre cuestiones muy diversas, relativas al teatro. Al día siguiente me recibiría la mismísima Kameneva. Para la noche tratamos de conseguir boletos para el teatro. Lamentablemente, ya no quedan boletos disponibles para la opereta. Reich me deja en la *VAPP*; pasé allí dos horas y media con mi gramática rusa, y luego retornó Reich junto con Kogan para que fuéramos a almorzar.

A la tarde fui a ver a Asja, pero sólo por un rato. Ella había discutido con Reich por cuestiones relativas a la vivienda y me dijo que me fuera. Me fui a la habitación del hotel a leer a Proust y comer mazapán. Ya de noche, volví al sanatorio y en la entrada lo encontré a Reich, que salía a comprar cigarrillos. Esperamos en el pasillo unos minutos hasta que apareció Asja. Reich nos acompañó a tomar el tranvía, que nos llevó hasta el estudio musical[27]. Nos recibió el administrador, quien nos mostró una carta de felicitación,

en francés, de parte de Casella[28]. Nos hizo una recorrida de todo el lugar. El lobby ya estaba atestado de gente incluso antes del horario de apertura. La gente viene al teatro directamente desde su trabajo. Nos muestra el salón de conciertos. En el lobby hay una alfombra extraordinariamente llamativa y no muy bonita. Quizás se trate incluso de una alfombra cara, una Aubusson. Las paredes están decoradas con pinturas antiguas originales, una de ellas ni siquiera está enmarcada.

Tal como ocurre en la sala de recepción del Instituto para las relaciones culturales internacionales, aquí uno puede encontrarse con muebles de valor incalculable. Teníamos asientos en segunda fila para presenciar *La novia del Zar*[29] de Rimsky-Korsakov, la primera ópera que Stanislavsky puso en escena recientemente. Conversamos con Asja sobre Toller, de cómo ella lo había acompañado, de las ganas de él de hacerle un regalo, de ella eligiendo el cinturón más barato y de las absurdas observaciones que él le hacía. Durante uno de los recesos, decidimos ir al *lobby*. Son tres recesos, demasiado largos, que fatigaron a Asja. Charlamos sobre la bufanda italiana de color amarillo-ocre que llevaba puesta. Le dije que mi sensación es que ella se siente incómoda cuando está conmigo. Durante el último intervalo, se nos acercó el administrador y Asja conversó con él, quien me invitó a presenciar la nueva producción (*Eugene Onegin*)[30]. Una vez finalizada la obra, y no sin esfuerzos, fuimos a recoger nuestros abrigos. Dos empleados del teatro acordonaron la escalera para poder controlar a la multitud que se dirigía hacia los pequeñísimos guardarropas. El regreso fue idéntico al camino de ida, en un tranvía sin calefacción, con las ventanas congeladas.

# 11 de diciembre

Algunas palabras acerca de las características de Moscú. Durante estos pocos primeros días, lo que me resultó más dificultoso fue acostumbrarme a caminar sobre las veredas congeladas. Tengo que poner tanto cuidado al andar que no he podido prestar mucha atención a mi alrededor. La situación mejoró cuando Asja me regaló un par de botas ayer por la mañana (escribo esto el día 12). La ciudad no resultó tan complicada como Reich me había advertido. El estilo arquitectónico de la ciudad se caracteriza por las numerosas construcciones de uno y de dos pisos. Esto le da un aspecto de ciudad veraniega, que provoca que al contemplarla uno sienta el doble de frío. Las paredes suelen ser de varios colores, por lo general apagados: sobresale el color rojo, aunque también es común encontrar azul, amarillo y, según palabras de Reich, verde. Las veredas son llamativamente angostas: son tan tacaños con el suelo como derrochadores con el espacio aéreo. Para peor, la capa de hielo que se forma junto a las casas le quita espacio utilizable a la de por sí estrecha acera. Tampoco es muy identificable la división entre la vereda y el pavimento: la nieve y el hielo emparejan los desniveles de la calle.

A menudo aparece gente haciendo cola frente a tiendas estatales: buscan manteca y otros artículos de importancia. Hay una cantidad inmensa de negocios, y una mayor cantidad de vendedores cuyo inventario apenas consta de un cajón de manzanas, mandarinas o maníes. Para proteger la mercancía del frío, la cubren con un paño de lana y dejan por fuera dos o tres ejemplares de muestra. Abundan los panes y otros productos horneados: panecillos de todos los tamaños posibles, *pretzels* y, en las confiterías, deliciosas tartas. Hay magníficos diseños hechos a base de azúcar caramelizada. Ayer por la tarde fuimos con Asja a una confitería. Allí ofrecen copas de crema batida como parte de su menú. Asja se pidió una copa con merengue y yo me tomé un café. Nos sentamos en una pequeña mesa en medio del salón, uno frente

al otro. Asja recordó mis intenciones de escribir un artículo crítico sobre psicología, y me encontré constatando una vez más lo mucho que depende mi capacidad de abordar asuntos como ese de mi grado de contacto con ella. A pesar de lo esperado, no pudimos extender nuestro tiempo allí por mucho más de una hora. Si bien no me fui del sanatorio a las cuatro, sí lo hice a las cinco. Reich quería que lo esperáramos, pero no sabía con seguridad si tenía una reunión a esa hora o no.

Finalmente, nos fuimos. Observamos las vidrieras de la calle Petrovka. Me llamó poderosamente la atención una fabulosa tienda de artículos de madera. En ella, y a pedido mío, Asja me compró una pipa muy pequeña. Decidí que volvería otro día para comprarles juguetes a Stefan y a Daga[31]. Tienen *mamushkas*, y animales tallados en una madera muy suave. En otra vidriera podían verse encajes rusos y paños bordados en los que, según me dijo Asja, las campesinas reproducen las rosetas de escarcha de las ventanas. Aquella fue nuestra segunda caminata en el día, ya que Asja también había pasado a buscarme por la mañana. Después de escribirle a Daga, y dado que el día estaba agradable, dimos un paseo por Tverskaya. En el camino de regreso, paramos en una tienda donde vendían velas de navidad, y Asja hizo un comentario sobre las mismas. Más tarde, me fui con Reich al Kameneva. Finalmente me otorgaron el descuento en la tarifa del hotel. Querían que los acompañara a la noche a ver *El cemento*[32], pero Reich creyó que era mejor idea presenciar una obra en lo de Granovsky. Asja tenía ganas de ir al teatro, pero a Reich le parecía que *El cemento* podía desestabilizar sus emociones. De todas formas, y pese a que toda la salida estaba ya arreglada, Asja no se sentía muy bien y terminé yendo solo; Asja y Reich se quedaron en mi cuarto. Eran tres piezas de un solo acto, las dos primeras no eran dignas de mención, y la tercera consistía de una asamblea de rabinos, una especie de comedia musical sobre melodías judías. Este último acto parecía superior a los demás, pero me fue tan imposible seguirle el ritmo, exhausto como me encontraba por mi

ajetreado día y por las constantes interrupciones de la performance, que me quedé dormido durante varios pasajes de la obra. Aquella noche Reich durmió en mi habitación. Mi pelo está muy eléctrico en esta ciudad.

## 12 de diciembre

Reich y Asja salieron a caminar por la mañana, más tarde pasaron a buscarme. Yo todavía me encontraba vistiéndome cuando llegaron. Asja se sentó en la cama. Me dio mucho placer verla desempacar mis cosas y acomodarlas prolijamente, no sin antes elegirse dos corbatas para quedárselas, puesto que le habían gustado. Luego nos contó cómo solía devorar novelas baratas, una tras otra, cuando era chica. Cómo las escondía dentro de los libros del colegio para que no la descubriera su madre; hasta que un día consiguió un tomo de *Laura* encuadernado que llegó a manos de su madre. De cómo, en otra ocasión, se fue de su casa en medio de la noche para ir a buscar a casa de una amiga el nuevo número de una novela por entregas. El padre de su amiga se sobresaltó al oír la puerta a esas horas, le preguntó qué hacía allí tan tarde y ella, sabiéndose en qué problemas se estaba metiendo, sólo atinó a contestarle que ni siquiera ella tenía la menor idea de cómo había llegado allí. Almorzamos con Reich en una pequeña taberna. La tarde, en el desolado sanatorio, fue un suplicio. Con Asja alternando como siempre el trato de «tú» y «usted»; no se sentía bien. Después caminamos por Tverskaya. Sentados en una cafetería, Asja y Reich tuvieron una pelea muy fuerte, en la cual Reich fue muy claro en cuanto a sus planes de cortar todos sus lazos con Alemania para concentrarse en sus asuntos en Rusia. Ya por la noche, nos

quedamos solos con Reich en mi habitación: yo estuve estudiando la guía y él avanzó con la escritura de su crítica del ensayo de *El revisor*. En Moscú no hay camiones ni coches de reparto, por lo cual tanto las compras más insignificantes como los envíos más importantes se han de despachar por medio de los *izvozchik*[33] en los diminutos trineos.

## 13 de diciembre

Pasé la mañana agudizando mi sentido de la orientación en la ciudad y llegué a la oficina de correo central caminando por los bulevares interiores, y volví por la plaza Lubianka rumbo a Dom Herzena. Resolví el misterio del hombre del alfabeto: se dedicaba a vender letras que uno puede adherir a las botas para evitar que sus dueños se las confundan por accidente. Mientras caminaba, me vi nuevamente desbordado por la cantidad de negocios que vendían adornos navideños. Incluso una hora antes, cuando me había asomado a la calle por un breve lapso junto con Asja, ya estaban abarrotando la Amskaya Tverskaya. Los adornos parecen más brillosos del otro lado de la vidriera que cuando se los ve colgados del árbol de navidad. Mientras bajábamos por Amskaya Tverskaya, nos cruzamos a un grupo de Komsomoles[34] marchando y tocando música. Música similar a la de las tropas soviéticas, que parece una mezcla de canciones con silbidos. Asja me habló de Reich. También me pidió el último número de Pravda. Por la tarde, en lo de Asja, Reich nos leyó el borrador de su artículo sobre *El revisor* de Meyerhold. Era bastante bueno. Reich ya se había quedado dormido en una silla en la habitación de Asja cuando me puse a leerle a ella partes de *Calle de sentido único*. En el transcurso de mi

extensa caminata matinal también observé a las vendedoras del mercado, campesinas paradas junto a sus canastos con mercancías (a veces en lugar de canastos usan uno de esos trineos que en invierno sirven como cochecitos de bebé). En dichos canastos suele haber manzanas, caramelos, nueces, figuras de azúcar, y todos ellos se asoman por entre la ropa. Uno podría pensar que se trata de abuelas que empaquetaron todos los dulces que encontraron para llevárselos a sus nietos y que ahora simplemente están tomando un pequeño descanso a la veda del camino. Volví a ver al chino que hace flores de papel como las que le llevé a Stefan de Marsella. Aquí, las figuras de papel suelen adquirir más comúnmente la forma de peces exóticos.

También hay hombres cuyas canastas están repletas de juguetes de madera: coches y palas de madera. Los coches son rojos y amarillos; las palas, en cambio, alternan entre un color y otro. Otros comerciantes deambulan cargando sobre sus hombros las veletas que ofrecen. Las terminaciones de todos estos artículos son mucho más sencillas y más sólidas que en Alemania, y su origen rústico es bien visible. Vi a una mujer que en una esquina vendía adornos navideños. Bolas de cristal, rojas y amarillas, que resplandecían bajo el sol. Parecía un canasto de manzanas encantadas, con cada una de las frutas salpicada por diferentes tonalidades de rojos y amarillos. La relación entre la madera y el color es más estrecha aquí que en cualquier otra parte. Esto se deja ver tanto en los juguetes más rústicos como en los más sofisticados. Algunos mongoles suelen merodear los muros de Kitay-gorod[35]. Probablemente, ni el invierno mongol sea menos crudo que el de aquí, ni sus andrajosos abrigos de piel sean peores que los de los moscovitas. Aun así, ellos son los únicos por los que uno logra apenarse ante las condiciones climáticas adversas. Separados unos de otros por menos de cinco pasos, venden maletines de cuero; todos ofrecen exactamente los mismos maletines. Seguramente exista algún tipo de pacto al respecto, ya que es difícil pensar que se prestan a participar seriamente de una competencia tan estéril.

Aquí, tal como sucede en Riga, los carteles de los negocios están pintados en un estilo primitivo muy atractivo, son varios los motivos: zapatos que caen de un canasto, un perro Pomerania que huye con una sandalia en su boca. Frente a una casa de comida turca dos carteles colgantes muestran a unos comensales que llevan su *tarbush* con el símbolo de la media luna creciente estampado en él. No miente Asja al decir que en todos lados, incluso en las publicidades, la gente prefiere verse representada a través de una acción real, concreta. Por la noche fuimos con Reich a lo de Illés[36]. Más tarde se nos unió el director del Teatro de la Revolución[37], lugar en el cual el 30 de diciembre se va a estrenar una obra de Illés. Este director es un antiguo general del Ejército Rojo que tuvo un rol fundamental en el aniquilamiento de Wrangel[38], obteniendo en dos oportunidades la orden del día del ejército de Trotsky. Más tarde cometió una estupidez que frenó su carrera política, y fue gracias a sus antecedentes como hombre de letras que le otorgaron la dirección del teatro, un puesto que de todas maneras no requiere demasiado esfuerzo. Parece ser bastante tonto. La conversación no fue de lo más animada. Además, tomé el consejo que me había dado Reich, fui precavido con mis palabras. Uno de los temas de conversación fue la teoría del arte de Plekhanov[39]. La habitación de Illes tenía unos pocos muebles, entre los cuales destacaban una desvencijada cama infantil y una bañera. Su hijo estaba todavía levantado cuando llegamos, cuando lo mandaron a dormir dio un gran berrinche y, en efecto, no se dormiría en todo el lapso que duró nuestra visita.

## 14 de diciembre (escrito el día 15)

No vi a Asja en todo el día. La situación en el sanatorio es cada vez más delicada. Anoche la dejaron salir sólo después de arduas negociaciones y esta mañana no pasó a buscarme por el hotel como habíamos quedado. Estaba en nuestros planes la compra de material para su vestido. Apenas llevo una semana en Moscú y ya me tuve que enfrentar a lo difícil que resulta poder verla, y es aun más difícil la posibilidad de verla a solas. Ayer por la mañana irrumpió en mi habitación, agitada, y, como es habitual, más insoportable que molesta, como aterrorizada por tener que pasar un minuto en mi habitación. La acompañé a la sede de una comisión a la cual había sido citada. Compartí con ella las noticias que había recibido la noche anterior: Reich tenía altas chances de ser convocado como crítico de teatro de una publicación muy importante. Cruzamos Sadovaya. Yo hablé realmente poco, ella contó, muy efusiva, sobre su trabajo con los chicos del hogar de niños. Escuché por segunda vez la historia dos chicos que estaban a su cargo en la que uno golpeó en la cabeza al otro. Curiosamente, necesité de esta segunda oportunidad para comprender una historia más bien simple (que pudo haber tenido graves consecuencias para Asja, pero afortunadamente los doctores estaban convencidos de que el menor se encontraría a salvo). Esto es algo que me sucede muy seguido: la miro de una forma tan intensa, que apenas oigo lo que dice. Ella se explayó con su idea de dividir a los niños en grupos, porque es prácticamente imposible entretener a los más bravos —a los que ella llama «los más dotados»— cuando se encuentran todos juntos. Con las cosas que deslumbran a los chicos normales, ellos se aburren fácilmente. Y es también muy evidente que Asja, ella también lo afirma, tiene más asidero con los más revoltosos. Asja también habló de lo que estaba escribiendo: tres artículos para un periódico comunista de Letonia que se publica en Moscú.

Este diario llega a Riga por medios ilegales y le resulta muy útil ser leída en aquellas tierras[40]. La sede de esta comisión está ubicada en la esquina del boulevard Strasnoi y la calle Petrovka.

Mientras esperaba que saliera, caminé por Petrovka, yendo y viniendo durante media hora. Cuando por fin se dignó a salir, fuimos al Gosbank[41]. Yo tenía que cambiar plata. Esa mañana estaba lleno de energía, por lo cual pude hablar con mucha calma y de un modo conciso acerca de mi estadía en Moscú y de mis escasísimas posibilidades. Esto la conmocionó. Me contó que el médico cuyo tratamiento la había salvado le había prohibido expresamente seguir viviendo en la ciudad. También le había recomendado que se fuera a un sanatorio ubicado en algún bosque. De todas formas, ella hizo caso omiso, ya que temía enfrentarse a una triste soledad en el bosque y además tenía en cuenta mi inminente llegada. Nos detuvimos frente a una tienda de pieles en la que Asja se había parado ya en nuestro primer paseo por la Petrovka. Colgado en la pared había un maravilloso traje de piel, adornado con perlas de colores. Entramos a preguntar el precio y así averiguamos que se trataba de una pieza de origen tungús (no era, pues, un traje «esquimal», como había creído Asja). Costaba doscientos cincuenta rublos.

Asja lo quería. Yo le dije: «Si te lo compro, tendré que marcharme inmediatamente». Pero me hizo prometerle que algún día, más adelante, le haría un gran regalo que pudiera conservar toda la vida. Al Gosbank se llega desde la Petrovka a través de un pasaje en el que hay un negocio que vende antigüedades a comisión. En la vidriera había un armario estilo Imperio fascinante. Avanzando por el pasaje podía verse cómo empaquetaban, o desempaquetaban, porcelana junto a unas estanterías de madera. Mientras regresábamos a la parada del autobús, unos minutos muy buenos. A continuación, mi audiencia con el Instituto Kameneva. Por la tarde, deambulé por la ciudad: no pude ir a ver a Asja. Ella estaba con Knorin[42], un comunista letón muy importante, miembro de la junta superior de censores. Esta tarde, lo mismo: mientras escribo esto, ella está con Reich. Mi tarde termina con una taza da café en la cafetería francesa de la calle Stolechnikov. Acerca de la ciudad: la Iglesia Bizantina no parece haber desarrollado un estilo de ventana

propio. Dan una sensación como de magia, aunque también algo inquietante; las ventanas de las torres y los salones de las iglesias, profanas y austeras, dan a la calle y pareciera que mostraran ambientes habitados. En la iglesia, el sacerdote ortodoxo vive como un monje budista en su pagoda. La planta inferior de la Catedral de San Basilio bien podría pasar fácilmente como la mansión de un boyardo. Pero las cruces, colgando del techo de las cúpulas, parecen a veces pendientes gigantes que están pegados al cielo.

En la ciudad, pobre y venida a menos como está, hay un lujo que se mantiene como el sarro lo hace en una boca herida: la chocolatería de N. Kraft, una elegante *boutique* ubicada en la calle Petrovka, en la que enormes jarrones de porcelana, fríos y espantosos, se mezclan con abrigos de piel. La mendicidad no es tan agresiva como en el sur, donde la insistencia del vagabundo al menos implica un dejo de vitalidad. Aquí constituyen una corporación de moribundos. Las esquinas, especialmente aquellas en las cuales los extranjeros hacen sus negocios, están atestadas de harapos que funcionan de cama para los mendigos y hacen de Moscú una guardia de enfermería al aire libre. La limosna se organiza de otro modo cuando se trata de tranvías. Ciertas líneas circulares tienen largas detenciones durante el trayecto. En esos momentos los mendigos se suben al tranvía, o bien un niño se sitúa en un rincón del coche y empieza a cantar. Luego colecta *kopeks*. Es muy raro que la gente les dé algo. La mendicidad perdió su base más sólida: la conciencia colectiva culposa que abre más fácil los bolsillos que la compasión.

Pasajes. Tienen la indigna característica de acumular varios pisos y galerías altas que suelen estar tan vacías como las de las catedrales. El gran taller de calzado de fieltro por el que se pasean los campesinos y las señoras de buen pasar muestra las botas ajustadas como si se tratara de una prenda íntima, con todo el embarazoso detallismo del corsé. Las *valenki* (botas de fieltro) son la ropa de gala de los pies. Algo más sobre las iglesias: en general parecen descuidadas; tan vacías y frías como encontré el interior de

la Catedral de San Basilio cuando la visité. Pero el resplandor de la nieve que sólo aparece esporádicamente en algún que otro altar se conservó bien en el vecindario de cabañas de madera. En sus callejones angostos, cubiertos de nieve, reina el silencio; sólo se escucha la suave jerga de los comerciantes de telas judíos, que tienen allí su puesto junto a la vendedora de papel. Esta última aparece tapada por cajas plateadas y con el rostro cubierto por el espumillón y las figuritas de Papá Noel del mismo modo que una oriental se cubre con el velo. Descubrí que la mayoría de los puestos más lindos quedan sobre la plaza Arbatskaya. Hace algunos días, conversaba con Reich acerca del periodismo. Kisch[43] le había revelado algunas de sus reglas de oro, a las cuales yo agregué otras de mi propiedad. 1) Un artículo debe incluir tantos nombres como sea posible. 2) La primera oración y la última tienen que ser buenas; lo del medio no importa. 3) Utilizar la imagen que proyecta un nombre para describir lo que lo representa como realmente es. Me gustaría redactar con Reich el programa de una enciclopedia materialista, sobre la que él tiene unas ideas magníficas. Asja vino pasadas las siete. (Pero Reich nos acompañó al teatro). Daban *Los días de los Turbin*, de Stanislavsky. Los decorados, de estilo naturalista, eran extraordinariamente buenos; la interpretación, sin fallos ni méritos dignos de mención; la obra de Bulgakov, una provocación totalmente repugnante. Sobre todo el último acto, en el cual la Guardia Blanca «se convierte» al bolchevismo, es tan insulso en lo que se refiere al argumento dramático como falaz en cuanto a la idea. La oposición de los comunistas a la representación está bien justificada. La cuestión de si este último acto fue añadido a instancias de la junta de censores, como sospecha Reich, o si existía originariamente, no es relevante para la valoración de la obra. (El público se diferenciaba notablemente del que pude ver en los otros dos teatros. Se puede decir que no había allí ningún comunista; en ninguna parte podía verse ninguna túnica negra o azul). Nuestras butacas estaban separadas y sólo me senté junto a Asja durante el primer cuadro.

Después se sentó Reich a mi lado: dijo que traducir era algo demasiado cansador para ella.

## 15 de diciembre

Después de levantarse, Reich salió un momento y tuve la esperanza de poder saludar a Asja a solas, pero ella ni apareció. Por la tarde, Reich supo que Asja no se había sentido bien por la mañana. Tampoco quiso Reich que yo fuera a verla por la tarde. Pasamos parte de la mañana juntos; él me tradujo el discurso pronunciado por Kamenev ante la *Komintern*. Uno no conoce un lugar hasta no haberlo vivido desde el mayor número posible de dimensiones. Para sentir un sitio como propio hay que haber entrado en él desde los cuatro puntos cardinales, e incluso haberlo abandonado en esas mismas direcciones. De lo contrario uno se lo puede cruzar, inesperadamente, tres o cuatro veces en medio del camino sin siquiera haber pensando en encontrárselo. En un segundo estadio, uno ya lo busca y lo utiliza como punto de orientación. Lo mismo ocurre con las casas. Recién después de mucho divagar en búsqueda de una específica entre tantas otras es que uno puede comprender qué hay en ellas. Desde los arcos de la entrada; sobre los marcos de las puertas; en letras de distintos tamaños, negras, azules, amarillas o rojas; con forma de flechas o con la imagen de unas botas o de ropa recién planchada; o en un porche desvencijado o en el descanso de una escalera; se nos viene encima una vida beligerante, decidida, muda. Hay que haber recorrido también las calles en tranvía para darse cuenta de cómo esta lucha continua sube varios pisos hasta librar, en los techos, su batalla final. Hasta esa instancia sólo resisten las consignas más

fuertes y venerables o los carteles publicitarios, y sólo desde el avión se logra tener a la vista la *elite* industrial de la ciudad (que por aquí se trata de escasos nombres). Por la mañana, visita a la Catedral de San Basilio. Los colores cálidos e íntimos de su fachada relucen en la nieve. La regularidad del terreno de la planta baja permitió una construcción cuya simetría no es perceptible desde ningún punto. Siempre oculta algo y la contemplación sólo podría ser total desde una vista aérea; la percepción cenital fue la única que los constructores no tuvieron en cuenta. A la parte interior de la iglesia no sólo la vaciaron: más bien la destriparon como se hace con un ciervo cazado, para hacer de ella una especie de «museo» que atraiga al público masivo. Con la remoción del mobiliario interior, que a juzgar por los altares barrocos que sobrevivieron era de escaso valor artístico, las enredaderas de flores de tonos vivaces que engalanan las bóvedas y los pasillos cuelgan sin esperanza alguna; como si esto no fuese triste, los muros (pintados sin duda hace mucho tiempo), que en las recámaras evocan ligeramente las coloridas espirales de las cúpulas, pasaron a ser víctimas de la frivolidad del estilo rococó. Los pasillos abovedados son angostos y se ensanchan de golpe en altares o capillas redondas, donde la escasa luz que penetra desde la altura de las ventanas prácticamente impide reconocer los objetos religiosos que han quedado. Hay, sin embargo, una pequeña habitación bien iluminada, atravesada por una alfombra roja, en la que se han expuesto íconos de las escuelas de Moscú y Nóvgorod, además de algunos evangelios —probablemente de un valor incalculable— y también tapices con las imágenes de Adán y de Cristo desnudos, aunque despojados de genitales, en blanco sobre fondo verde.

La encargada de vigilar esta habitación es una mujer gorda con aspecto de campesina: me hubiese gustado oír cómo explicaba estas imágenes a unos proletarios que se encontraban en la sala. Antes di un breve paseo por unos pasajes a los que aquí llaman «líneas comerciales superiores». Traté, sin éxito, de comprar unas figuras muy interesantes, unos jinetes de colores brillantes hechos

de arcilla, que había visto en la vidriera de una juguetería. Me tomé el tranvía para ir a almorzar. El trayecto me llevó por las orillas del Moscova, pasando por la Catedral del Salvador hasta cruzar la Plaza Arbatskaya. Allí volvería al caer la tarde, anduve entre las hileras de puestos de madera; luego bajé por la calle Frunze hasta llegar al Ministerio de Defensa, que se alza muy elegante, y terminé perdiéndome. Volví a casa en tranvía. Reich quería ir él solo a ver a Asja. Por la noche fuimos a casa de Pansky, sobre una capa de hielo recién caída. Nos tropezamos con él en la puerta de su casa, estaba a punto de irse al teatro con su mujer. Para tratar de arreglar el malentendido nos pidió que fuésemos a verlo a su oficina en unos días. Entonces podríamos aclarar el incidente. A continuación, nos dirigimos a la casa grande de la Plaza Strasnoy, a buscar a un conocido de Reich. En el ascensor nos encontramos con su mujer, que nos dice que su marido está en una reunión. Pero dado que en esa misma casa, una especie de casa de huéspedes gigantesca, vive la madre de Sofía[44], decidimos pasar a saludar. Al igual que todas las demás habitaciones que me tocó ver hasta el momento (en casa de Granovsky, de Illés), también se trataba de una pieza con pocos muebles. Su aspecto lúgubre, de pequeño burgués, luce aún más deprimente por lo poco amueblada que está. La plenitud es un factor esencial para el pequeño burgués: las paredes deben tener cuadros colgando de ellas, el sofá debe contar con almohadones; los almohadones, funda; los aparadores, llenos de adornos; las ventanas, con cristales de colores. Y aquí sólo se conservan, indiscriminadamente, unos u otros. Si la gente se las arregla para vivir en lugares que parecen hospitales después de una inspección es porque su estilo de vida actual los despojó de cualquier posibilidad de existencia doméstica. En realidad viven en la oficina, en el club, en la calle. Basta con dar el primer paso en el interior de esta habitación para reconocer que la asombrosa estrechez, la terquedad de Sofía es legado de esta familia, de la que se ha emancipado, aunque no desprendido en su totalidad. En el camino de regreso, Reich me cuenta la historia de la familia. Sofía

es hermana del general Krylenko, quien primeramente peleó del lado bolchevique, rindiendo servicios inestimables a la Revolución. Dadas sus dotes políticas limitadísimas, posteriormente le dieron el puesto representativo de Fiscal Superior del Estado. (Él fue también querellante en el caso Kindermann[45]). Parece ser que la madre también forma parte de alguna organización. Debe de tener unos setenta años y aún muestra signos de energía considerables. Ahora los hijos de Sofía han de sufrir su tutelaje, acostumbrados al trajín de ir y volver de las manos de su abuela a las de su tía. Hace ya años que no ven a su madre. Los dos son fruto de su primer matrimonio con un aristócrata que en la guerra civil estuvo del lado de los bolcheviques y murió. Cuando llegamos estaba allí la hija menor. Es bellísima, segura de sí misma y de movimientos elegantes. Parece muy introvertida. Acababa de llegar una carta de su madre y estaba discutiendo con su abuela por haberla abierto, pese a que no estaba a su nombre. Sofía cuenta que no le permiten prolongar su estadía en Alemania. Su familia parece haberse enterado de su trabajo clandestino; es una calamidad, y su madre está visiblemente disgustada. Desde la habitación se tiene una vista magnífica de la gran hilera de luces sobre el bulevar Tverskoi.

## 16 de diciembre

Estaba escribiendo el diario y ya no creía que Asja fuera a venir. Fue entonces que llamó a la puerta. Ni bien entró, intenté besarla. Como de costumbre, no lo logré. Saqué la postal que había empezado a escribirle a Bloch y se la di para que le agregara unas palabras[46]. Nuevo intento en vano de darle un beso. Leí lo que había escrito. A su pregunta respondí: «Mejor que cuando me

escribes a mí». Y, ante tal «impertinencia», por fin me besó, e incluso me abrazó al hacerlo. Cogimos un trineo en dirección a la ciudad y entramos en numerosas tiendas sobre la Petrovka, tratando de elegir la tela para su vestido, para su uniforme. Así es como lo llamo yo, ya que insiste en que su nuevo vestido tendrá exactamente el mismo corte que aquel de París. Entramos primero en unos almacenes estatales; en la mitad superior de sus paredes se podían ver cuadros de figuras de cartón envalentonando a los obreros y a los campesinos a que se unieran. La forma de representarlo tenía ese gusto empalagoso tan extendido aquí: la hoz y el martillo, la rueda dentada y otras herramientas, todas reproducidas en un absurdo cartón aterciopelado. En aquella tienda sólo había artículos para campesinos y proletarios. En los últimos tiempos, con el «régimen económico», es lo único que producen las fábricas estatales[47]. Hay largas colas de clientes esperando para pagar. Otras tiendas, que están vacías, sólo venden tejidos a cambio de bonos o, en venta libre, a precios exorbitantes. Asja me ayuda a comprarle una muñequita, una *vanka-vstanka*[48], a un vendedor ambulante, para Daga, aunque aproveché la oportunidad para comprarme yo también una. A otro vendedor le compramos una paloma de cristal para el árbol de navidad. No puedo decir que Asja y yo hablamos demasiado en todo el trayecto. Más tarde fuimos con Reich al despacho de Pansky. Él nos había hecho creer que nos citaba pensando en nuestra visita con propósitos oficiales. Como ya me encontraba allí, aprovechó para indicarme la dirección de una sala cinematográfica en la que estaban mostrándoles películas a dos periodistas norteamericanos. Desgraciadamente, cuando logré llegar allí, después de una infinidad de preliminares, estaba terminando la proyección del Potemkin[49]: sólo pude ver el último acto. Luego pusieron «*Conforme a la ley*», película basada en un relato de London[50]. El estreno, que había tenido lugar en Moscú unos días antes, había sido un fracaso. Técnicamente, la película es buena; su director, Kuleshov, tiene excelente reputación. Pero el argumento presenta tantos hechos ridículos que la historia cae en el

absurdo total. Se cree que la tendencia anarquista de esta película apuntaba contra el derecho en general. Al final de la proyección, el propio Pansky subió a la sala para conducirme de regreso a su despacho. La conversación se hubiera prolongado todavía más de no haber temido yo perder la posibilidad de ver a Asja. De todas maneras, ya se había hecho tarde para almorzar. Cuando llegué al sanatorio, Asja ya había salido. Me fui a casa, enseguida llegó también Reich y apenas después, Asja. Habían comprado algunos regalos para Daga. Estuvimos hablando en mi habitación acerca del piano como mueble, que en la concepción pequeño burguesa del hogar constituye el verdadero centro dinámico de las miserias y de las catástrofes reinantes en la casa. Asja se sentía electrizada por esta idea; quería escribir conmigo un artículo acerca de ello, y que luego Reich lo adaptara en plan de *sketch* dramático. Asja y yo nos quedamos unos minutos a solas. Lo único que recuerdo fue haberle dicho: «preferentemente, para siempre», y ella rió tan fuerte que me hizo dar cuenta de que lo había comprendido. Por la noche, Reich me llevó a un restaurante vegetariano cuyas paredes estaban cubiertas de inscripciones propagandísticas. «Dios no existe - La religión es un invento - No hubo Creación», etc. Reich no fue capaz de traducirme varias de las referencias a *El Capital*. Luego, ya en casa, logré por fin hablar por teléfono con Roth[51] por mediación de Reich. Me dijo que dejaría la ciudad la tarde siguiente y, después de pensarlo un momento, no me quedó otro remedio que aceptar su invitación para cenar a las once y media en su hotel. De lo contrario, difícilmente hubiera tenido otra oportunidad de hablar con él. Cerca de las doce menos cuarto me subí a un trineo, exhausto: Reich me había estado leyendo sus trabajos durante toda la noche. Su ensayo sobre el humanismo, el cual reconoce que está en la primera etapa de escritura, descansa en el fértil planteamiento de cómo la intelectualidad francesa, responsable de la gran Revolución, pudo desarmarse tan rápido para convertirse en instrumento de la burguesía. A lo largo de la conversación sobre esta cuestión se me ocurrió la idea de que la historia de los «intelectuales» debería ser

planteada desde el punto de vista materialista de un modo funcional, relacionándola estrechamente con una «historia de la incultura». Sus comienzos se sitúan en la Edad Moderna, punto en el cual las formas medievales de poder dejan de ser simultáneamente las formas de educación de los sectores dominados, independientemente de las características de éstos (sean religiosos o no). El *cuius regio, eius religio* termina con la autoridad espiritual de las formas seculares de poder. Una historia de la incultura enseñaría la manera en la cual, con el correr de los siglos, la energía revolucionaria tiene sus orígenes en la religiosidad de las clases incultas, y la «intelectualidad» se descubriría entonces más como una vanguardia de la «incultura» que como un ejército de desertores de la burguesía. El viaje en trineo me despejó bastante. Roth ya estaba sentado en el espacioso comedor. Con su orquesta estridente, con dos palmeras gigantes cuya altura alcanza la mitad de la distancia al techo, con barras y buffets de colores brillantes, y con mesas dispuestas de una forma sobria y elegante, el lugar recibe a sus huéspedes como si se tratase de un hotel europeo de lujo que fue transplantado hasta aquí. Tomé vodka por primera vez en Rusia; comimos caviar, carne fría y compota. Si repaso toda la velada, la impresión que Roth me deja no es tan positiva como la que me causó en París. O puede ser —y esto es lo más probable— que en París yo ya me percatase de estas mismas cosas, las mantuviese ocultas involuntariamente y que ahora salgan a la luz con una facilidad notoria. Proseguimos la charla de la cena en su habitación, en donde se tornó más intensa. Comenzó leyéndome un largo artículo sobre el sistema educativo ruso[52]. Observé la habitación; sobre la mesa aún estaban los restos de lo que aparentaba haber sido una merienda abundante, que había debido de contar con al menos tres personas. Parece que Roth vive a lo grande; la habitación del hotel —de una apariencia tan europea como la del restaurante— ha de ser muy costosa, al igual que el viaje que lo llevó hasta Siberia, el Cáucaso y Crimea en busca de material para una crónica. Durante la conversación que siguió a su

lectura lo insté a que pusiera las cartas sobre la mesa. Su opinión se puede resumir en una sola frase: llegó a Rusia como bolchevique (casi) convencido y la deja como realista. Como suele ocurrir, el país aparece siempre como responsable del cambio de color ideológico de aquellos que llegan aquí como políticos brillantes y de tintes rojizos (llevando la bandera de una oposición «de izquierda» y de un optimismo estúpido). Su rostro aparece recorrido por numerosas arrugas y tiene el aspecto desagradable de un fisgón. De esto me di cuenta después, cuando volví a encontrármelo en el Instituto Kameneva (había tenido que aplazar su partida). Acepté su invitación de volver en trineo, y llegué al hotel cerca de las dos. Hay pequeños destellos de vida nocturna en las calles, frente al gran hotel y delante de un café, en la calle Tverskaya. El frío es tan crudo en estos lugares que obliga a la gente a amucharse para combatirlo.

## 17 de diciembre

Visita a Daga. Luce mejor que cualquiera de las otras veces que la vi. La disciplina del hogar infantil ejerce una fuerte influencia sobre ella. Su mirada es tranquila y segura; su rostro, más redondo y menos nervioso. Ha disminuido el asombroso parecido que guardaba con Asja. Me parecieron muy interesantes las aulas, con partes de sus paredes cubiertas enteramente de dibujos y figuras de cartón. Las paredes se asemejan a las de un templo al que los niños aportan sus trabajos como un regalo para el grupo. El color rojo predomina en estos muros, en las que se intercalan también estrellas soviéticas y reproducciones de la cabeza de Lenin. En las aulas los niños no se sientan en bancos individuales sino que lo hacen en mesas grupales con banquillos largos para compartir.

Cuando entra alguien, saludan diciendo «*Zdravstvuitie*». Dado que la institución no tiene uniforme, muchos niños tienen un aspecto mísero. Cerca del sanatorio juegan otros niños que llegan de algunas granjas vecinas. El viaje a Mytishchi[53], y su vuelta, fue en trineo, con el viento en contra. Por la tarde, en el sanatorio, con Asja, de pésimo humor. Partida de dominó, a seis vueltas, en la sala de juegos. Cena con Reich en una confitería, una taza de café y tarta. A la cama temprano.

## 18 de diciembre

Asja vino de visita por la mañana. Reich ya se había ido. Fuimos a comprar la tela después de haber cambiado plata en el Gosbank. Todavía estábamos en mi habitación cuando le mencioné a Asja su pésimo humor del día anterior. Las cosas anduvieron bien esta mañana, tanto como podía esperarse. La tela era muy cara. En el camino de regreso, divisamos a un equipo de filmación. Asja opinaba que habría que describir este fenómeno: la gente pierde enseguida la cabeza y se pasa horas siguiendo al equipo de filmación; luego llegan aturdidos a su trabajo sin poder explicar dónde han estado. Uno se da cuenta cuán ciertas son las palabras de Asja al comprobar que para que una reunión finalmente se lleve a cabo, tuvo que haberse cancelado varias veces. Nada sucede como se había planificado. (Este dato trivial sobre las complicaciones cotidianas se confirma con una certeza implacable en todo momento de forma tal que uno comprende con facilidad el fatalismo que caracteriza a los rusos). Por paulatinos que sean, los progresos de la civilización en cuanto a organización colectiva no harán sino complicar aún más al individuo. Uno correrá mejor suerte

en una casa con velas que en una con luces eléctricas que no funcionan debido a las constantes fallas del sistema eléctrico. También hay aquí gente que no se preocupa por las palabras y aceptan las cosas tal como son: por ejemplo, los niños que se abrochan los patines en la calle. Los peligros de viajar en tranvía. A través de los vidrios helados, uno nunca es capaz de distinguir dónde se encuentra. Y, en el caso de hacerlo, encontrará cerrado el camino hacia la salida por una masa de gente apretujada. Dado que hay que subir por detrás y bajarse por adelante, uno ha de abrirse paso a través de la multitud, dependiendo de la suerte y del uso desconsiderado de la fuerza para poder descender del coche con éxito. Por otra parte, hay otros aspectos positivos aquí que en Europa Occidental no se conocen. Los mercados estatales están abiertos hasta las once de la noche, y las porterías de los edificios hasta medianoche, o incluso más tarde. Hay demasiados inquilinos y subinquilinos como para poderles darles una llave de la casa a cada uno. Se ha observado que los peatones caminan en *zig-zag*. Esto sucede porque las veredas tan estrechas se ven superadas por la cantidad de gente que en ellas transita. No se han visto veredas tan angostas como las de aquí (y las de Nápoles). Este tipo de veredas le da a Moscú un aire de ciudad provinciana o, mejor aún, la impresión de que se trata de una metrópolis improvisada que cayó en su sitio actual de la noche a la mañana. Compramos una tela marrón muy buena. Yo me fui después al Instituto a pedir un pase para el Meyerhold. Allí me encontré a Roth. Después de comer estuve jugando al ajedrez con Reich en el Dom Herzena. Se nos acercó Kogan con el periodista. Inventé algo como que pensaba escribir un libro sobre el arte bajo las dictaduras: el arte italiano durante el régimen fascista, el arte ruso bajo la dictadura del proletariado. Hablé también de los libros de Scheerbart y de Emil Ludwig[54]. Reich se quedó muy disgustado con la entrevista y me explicó que, hundiéndome en discusiones teóricas innecesarias, me exponía peligrosamente a un posible ataque. Hasta ahora no han publicado la entrevista (escribo esto el día 21); habrá que esperar

las posibles reacciones. Asja no se encontraba bien. En la habitación vecina a la suya habían ingresado a una paciente que se volvió loca a consecuencia de una meningitis cerebroespinal, y a quien ella ya conocía del hospital. Por la noche, Asja organizó una protesta con las otras mujeres, logrando que se llevaran a esa enferma de allí. Reich me llevó al teatro Meyerhold, donde me encontré con Fanny Elovaya[55]. Pero el Instituto no mantiene buenas relaciones con Meyerhold: por tanto el llamado telefónico que facilitaría mis *tickets* jamás existió. Tras una breve parada en mi hotel fuimos al barrio de la *Krasnaya Vorota* («Puerta roja») a ver una película que, según me había dicho Pansky, habría de superar el éxito del Potemkin. No quedaban entradas. Compramos para la función siguiente y nos fuimos a tomar un té al departamento de Elovaya, cerca de donde estábamos. La habitación era tan vacía como todas las que llevo vistas aquí. De una de las paredes grises cuelga una gran fotografía que muestra a Lenin leyendo el Pravda. Había algunos libros en un estante angosto; en la pared divisora, junto a la puerta, dos cestas de mimbre, y junto a las dos paredes mayores, una cama enfrentada con una mesa y dos sillas. El rato que pasé allí, con una taza de té y un pedazo de pan, fue lo mejor de la noche. La película resultó ser un bodrio insoportable, y la pasaron a tal velocidad, que no se podía ver ni entender nada. Nos fuimos antes de que terminara. El regreso en tranvía fue como un episodio de los tiempos de inflación. En mi habitación encontré a Reich, que volvió a pasar la noche allí.

## 19 de diciembre

Ya no recuerdo muy bien cómo transcurrió la mañana. Creo que vi a Asja y luego, después de llevarla al sanatorio, quise ir a la Galería Tretiakov. Pero no pude encontrarla y, con el frío glacial que hacía, anduve vagando por la orilla izquierda del Moscova, entre obras de construcción, campos para desfilar e iglesias allí apostadas. Vi a soldados del Ejército Rojo haciendo prácticas y a niños jugando al fútbol en medio de ellos. Chicas jóvenes saliendo del colegio. Frente a la parada del tranvía que me llevaría de regreso, había una iglesia de un rojo brillante con su torre, sus cúpulas y un largo muro rojo que llegaba hasta la calle. La caminata me resultó todavía más cansadora debido a que llevaba un incómodo paquete con tres casitas de papel de colores que había adquirido, con muchísimo esfuerzo, por el increíble precio de treinta *kopeks* en una tienda de las calles principales de la orilla izquierda. Por la tarde fui a lo de Asja. Salía a comprarle una torta cuando me azotó en la puerta el comportamiento extraño de Reich, que no respondió a mi saludo. Asumí que estaba de mal humor. En un momento en que él se había ausentado de la habitación, le dije a Asja que seguramente había ido a comprar la torta y luego, cuando regresó con las manos vacías, ella se sintió decepcionada. Cuando regresé, unos minutos después, con la tarta, Reich estaba en la cama. Había sufrido un ataque cardíaco. Asja estaba muy nerviosa. Me di cuenta de que su comportamiento ante el malestar de Reich era idéntico al mío en la época que Dora estaba enferma. Protestaba, trataba de ayudar de una forma imprudente y provocadora, y actuaba como alguien que quiere que la otra persona tome conciencia de cuán injusto es al enfermarse. Reich se fue recuperando poco a poco. Pero este incidente desafortunado implicó que yo fuera solo al Teatro Meyerhold. Más tarde, Asja llevó a Reich a mi habitación. Él durmió en mi cama, y yo en el sofá que Asja me había preparado. Pese a haber sido acortada en una hora después de su estreno, *El revisor* duró desde las ocho menos cuarto hasta las doce. La obra tenía tres partes, con un total de, si no me equivoco, dieciséis cuadros[56]. Pese a haber ido preparado por los

numerosos comentarios de Reich acerca de los efectos visuales de la obra, me conmovió su extravagancia. De hecho, lo más destacable de semejante producción no fue lo suntuoso de su vestuario sino su impactante escenografía[57]. Salvo unas pocas excepciones, las escenas se desarrollaban sobre el espacio diminuto de un plano inclinado que, en cada cambio de acto, modificaba sus decorados y mobiliarios de estilo Imperio. El resultado de ello era un gran número de encantadores cuadros de género acordes con la orientación fundamental de la obra, que no era dramática, sino de análisis sociológico. Aquí se le ha dado gran importancia a esta versión por ser adaptación de una obra clásica del teatro revolucionario, pero se considera que los resultados son fallidos. El Partido se manifestó en contra de la producción, y hasta una opinión moderada del crítico teatral del Pravda fue rechazada por sus editores. Los aplausos que se escucharon en el teatro fueron escasos, pero es muy posible que esto tuviera más que ver con la consigna oficial que con la verdadera impresión causada en el público. La representación en sí fue un deleite para los ojos. Pero este fenómeno se halla relacionado, sin ninguna duda, con la cautela general aquí reinante a la hora de manifestar la opinión en público. Cuando se le pregunta a alguien a quien apenas se conoce acerca de su impresión sobre una obra de teatro o una película intrascendente, lo único que atinan a contestar es: «Dicen que es así y asá», o bien «En general, se opina esto o lo otro». La idea madre de esta obra, la concentración de la acción escénica en un espacio muy reducido, da lugar a una acumulación lujosa de los valores dramáticos que no tiene precedentes, sin descuidar en absoluto la calidad interpretativa. Esto llegó a su apogeo en una escena de fiesta que constituyó una obra maestra de dirección. En un pequeñísimo recuadro se congregaban unas quince personas, apretujadas entre lo que parecían ser unas columnas de papel. (Reich habló de la supresión de la disposición lineal). El efecto en conjunto se asemeja a la arquitectura de una torta (una torta moscovita: sólo aquí podría ser comprensible esta comparación), o,

mejor aún, a un grupo de bailarinas de un reloj musical cuya melodía nace a partir de un texto de Gogol. La obra tiene además mucha música, y la pequeña contradanza ejecutada al final sería un número atractivo en cualquier teatro burgués; en un teatro proletario, genera más sorpresas que otra cosa. Las formas de un teatro proletario se ponen de manifiesto en una escena en la que el escenario se halla dividido por una larga balaustrada: delante de ésta se encuentra el revisor y detrás, la masa que sigue todos sus movimientos, mientras desarrolla un juego muy expresivo con su abrigo. Lo sujetan seis u ocho manos, lo tiran sobre los hombros del revisor cuando este se recuesta sobre la baranda. Dormí bastante bien sobre la cama dura.

## 20 de diciembre

Escribo el día 23 y ya no recuerdo nada de la mañana. En vez de escribir acerca de ello, lo haré sobre Asja y nuestra relación, a pesar de que Reich está sentado a mi lado. Me encuentro enfrentando una fortaleza casi inexpugnable. Me digo, no obstante, que mi sola aparición frente a esta fortaleza que es Moscú ya constituye un primer éxito. Pero lograr alguna otra victoria importante me parece algo de una dificultad casi insuperable. Los evidentes éxitos logrados por Reich, uno tras otro, después de seis meses sumamente difíciles, a lo largo de los cuales, sin dominar la lengua, ha pasado frío y tal vez incluso hambre, hacen que tenga una posición muy fuerte. Esta mañana me contó que después de medio año tiene esperanzas de obtener un empleo. Aunque con menos pasión, se acomoda más fácilmente que Asja a la situación laboral de Moscú. En los primeros tiempos, después de llegar de Riga, Asja

pensó incluso en regresar a Europa de inmediato: no tenía esperanza alguna de encontrar trabajo aquí. Cuando por fin lo consiguió, y después de trabajar algunas semanas en una guardería, la enfermedad la hizo dimitir, y de no ser porque uno o dos días antes había obtenido el ingreso al sindicato, se habría quedado sin atención médica y tal vez habría muerto. No hay duda de que aún sigue sintiéndose atraída por Europa Occidental. Y no se trata únicamente del deseo de viajar, de visitar ciudades desconocidas o del encanto de una bohemia mundana: es también por la influencia del desarrollo liberador que sus ideas han experimentado en Europa Occidental, sobre todo en su trato con Reich y conmigo. Como decía hace poco Reich, es casi misterioso cómo Asja pudo llegar aquí en Rusia a planteamientos tan lúcidos como los que ya estaba desarrollando en Europa Occidental. En cuanto a mí, Moscú es toda una fortaleza: el clima, durísimo, que, por muy sano que me resulte, me afecta en demasía; el desconocimiento del idioma; la presencia de Reich y la forma de vida tan limitada de Asja son unos cuantos bastiones. Y es sólo esa imposibilidad total de avanzar, sólo la enfermedad de Asja —o por lo menos su debilidad, que relega a un segundo plano nuestras cuestiones personales— lo que hace que toda esta situación no me deprima por completo. En qué medida podré alcanzar el objetivo secundario de mi viaje —escapar de la mortal melancolía navideña — es algo que aún está por verse. El que me mantenga bastante fuerte se debe también al hecho de que, a pesar de todo, percibo cierta vinculación de Asja conmigo. Parece que el tuteo va ganando terreno entre nosotros, y su mirada, cuando me mira largo rato —no recuerdo que ninguna mujer me haya concedido nunca unas miradas y unos besos tan largos—, no ha perdido ni un ápice de su fuerza sobre mí. Hoy le he dicho que ahora me gustaría tener un hijo con ella. Algunos gestos, raros pero espontáneos y no carentes de importancia, si se tiene en cuenta el dominio que ella se impone ahora en asuntos eróticos, me dicen que le gusto. Así, cuando para evitar una pelea quise abandonar su habitación, ella me agarró con

fuerza y me pasó las manos por el pelo. También dice con frecuencia mi nombre. Uno de estos días me dijo que era únicamente culpa mía que ahora no estuviésemos viviendo en una «isla desierta» y tuviésemos ya dos hijos. Hay algo de verdad en ese punto. Directa o indirectamente son ya tres o cuatro las ocasiones en las que me evadí de un futuro junto a ella: cuando no «huí» con ella en Capri (¿cómo hacerlo?); cuando me negué a acompañarla, desde Roma, a Assisi y a Orvieto; cuando en el verano de 1925 no quise irme con ella a Letonia; y aquel invierno en el que no quise comprometerme a esperarla en Berlín. No estaban en juego consideraciones de tipo económico, ni tampoco mi fanática manía de viajar, que en los dos últimos años ha disminuido; fue también por temor a elementos hostiles en ella que sólo hoy me siento capaz de afrontar. Le dije también que si entonces nos hubiéramos ligado el uno al otro, no sabría si ahora no haría ya tiempo que nos habríamos separado. Todo lo que sucede dentro y fuera de mí hace que me sea más imposible pensar en vivir separado de ella que lo que creía hasta ahora. Un factor de importancia es el temor de que más adelante, cuando Asja se ponga bien y viva aquí en una relación más afianzada con Reich, sólo pueda chocar, con grandes sufrimientos, contra los limites de nuestra relación. Y aún no sé si podría desentenderme del asunto. En este punto, no tengo ahora ningún motivo concreto para separarme de ella por completo, incluso asumiendo que sería capaz de hacerlo. Lo que más me gustaría sería estar ligado a ella por un hijo. Pero lo que no sé es si, incluso hoy, podría enfrentarme a una vida con ella, a su asombrosa dureza y, pese a toda su dulzura, a su desamor también. Aquí, la vida en invierno es más rica en un aspecto: el espacio se transforma literalmente, según haga frío o calor. Se vive en la calle como en una gélida sala de espejos, y cualquier decisión se hace increíblemente difícil: echar una carta en un buzón requiere medio día de premeditación, y, a pesar del rigor del frío, entrar en una tienda a comprar algo es todo un éxito en lo que a fuerza de voluntad se refiere. Salvo una gigantesca tienda de

alimentación que hay en la Tverskaya, donde se pueden ver magníficas comidas preparadas que yo sólo conozco por las fotos de los libros de cocina de mi madre y que ni en la Rusia zarista hubiesen lucido tan suntuosas, ni siquiera los negocios lo invitan a uno a permanecer en ellos. Además, tienen un aspecto provinciano. Es muy raro encontrar carteles donde aparezca bien legible el nombre de la empresa, algo tan común en las calles principales de las ciudades occidentales; la mayoría de las veces sólo consignan el tipo de producto y, en ocasiones, acompañado del dibujo de un reloj, una valija, unas botas, etc. En las tiendas de cuero aparece sobre un cartel de hojalata el dibujo de una típica piel extendida. Es común encontrar dibujos de camisas sobre un pizarrón que dice «*Kitaiskaya Prachechnaya*»: lavandería china. Se ven muchos mendigos suplicando con largos discursos a los peatones. Uno de ellos emite un tenue aullido cada vez que pasa a su lado un peatón con potencial de limosna. Vi también a un mendigo en actitud idéntica a la del infeliz al que San Martín le corta la mitad de la capa con su espada: arrodillado y con un brazo extendido. Poco antes de Navidad había en la Tverskaya dos niños sentados en la nieve, siempre en el mismo sitio, junto al muro del Museo de la Revolución, con su ropa hecha jirones y lloriqueando. Esto podría ser una expresión de la miseria infinita de estos mendigos, aunque también es posible que sea el resultado de una sabia organización, dado que sólo son de fiar aquellos que se ubican frente a las instituciones moscovitas, que se niegan con vehemencia a ser removidos. Todo lo demás lleva el signo de la *remont*[58]. En las habitaciones, los muebles se cambian de lugar todas las semanas; este es el único lujo que uno puede permitirse con ellos, y es al mismo tiempo, un medio radical para alejar de la casa el «calor hogareño» y la melancolía que este conlleva. Los organismos oficiales, los museos y los institutos cambian constantemente de locación, y hasta los vendedores ambulantes, que en otras ciudades tienen su puesto en lugares fijos, colocan su puesto cada día en un lugar distinto. Todo, crema para lustrar zapatos, libros ilustrados, papelería, tortas y pan,

e incluso toallas, se vende en plena calle, como si en vez de un invierno moscovita de 25 grados bajo cero reinase un verano napolitano. Por la tarde, en la habitación de Asja, dije que quería escribir sobre teatro en la revista *Lirerarische Welt*. Tuvimos una breve discusión, pero luego le pedí que jugase conmigo al dominó. Finalmente accedió: «Bueno, si me lo pides. Me encuentro tan débil que no puedo negarme a nada de lo que me pidan». Pero después, cuando llegó Reich, Asja volvió a referirse a aquel asunto y se desató un altercado muy violento. Recién cuando me estaba yendo, mientras me levantaba de un rincón junto a la ventana para unírmele a Reich a la calle, Asja tomó mi mano y me dijo: «No es tan grave». Por la noche, discutimos con Reich brevemente acerca de ello en mi habitación y luego se fue a su casa.

## 21 de diciembre

Recorrí todo el Arbat hasta llegar al mercado que está junto al bulevar Smolensk. Hacía mucho frío aquel día. Mientras caminaba fui comiendo chocolate que me había comprado en el camino. La primera hilera del mercado, que se extendía a lo largo de la calle, estaba llena de puestos que vendían artículos navideños, juguetes y papelería. En la hilera siguiente vendían artículos de ferretería y para el hogar, zapatos, etc. Se parecía un poco al mercado de la Arbatskaya Ploshchad, pero no creo que aquí vendieran alimentos. Pero antes siquiera de llegar a la zona de puestos, el camino está lleno de cestos de comida, de adornos para los árboles y de juguetes, tan pegados unos a otros, que es casi imposible acceder a la vereda desde la calle. En uno de los puestos compré una postal *kitsch*; en otro sitio, una balalaika y una casita de papel. También vi

aquí rosas de navidad sobre la calle, ramos de flores heroicas que irradian una luz muy intensa de nieve y hielo. Me fue difícil, cargado como iba, encontrar el Museo del Juguete. Lo habían trasladado del bulevar Smolensk a la Ulitsa Krapotkina, y, cuando por fin lo encontré me sentía tan agotado que casi estuve a punto de dar media vuelta en la entrada: pensé que la puerta, que no se abrió de inmediato, estaba cerrada. Por la tarde, visité a Asja. Por la noche fuimos a ver una obra muy mala (Alejandro I e Ivan Kuzmich) al teatro Korsh[59]. El autor descubrió a Reich en un descanso —describió al protagonista de su obra como un primo espiritual de Hamlet—, y sólo a duras penas logramos burlarnos de su vigilancia y escaparnos de los últimos actos. Después del teatro, si mal no recuerdo, compramos comida. Reich durmió en mi habitación.



Bazar de Smolensk.

## 22 de diciembre

Descubro cosas importantes cuando converso con Reich. Por las noches, con frecuencia hablamos largo rato acerca de Rusia, del teatro y del materialismo. Reich está muy decepcionado con Plekhanov. Traté de explicarle la oposición existente entre la forma de representación materialista y la universalista. La universalista es siempre idealista, dado que no es dialéctica. Pues la dialéctica avanza necesariamente en una dirección tal, que cada tesis o antítesis con la que se encuentra la vuelve a representar como la síntesis actualizada de una estructura triádica, penetrando por este camino, cada vez más, en el interior del objeto, y representando al universo únicamente en él mismo. Cualquier otro concepto de universo que carezca de objeto es idealista. Traté también de demostrar el carácter no materialista del pensamiento de Plekhanov por el papel que en él desempeña la teoría, apoyándome en una oposición entre teoría y método. En su afán de representar lo general, la teoría flota por encima de la ciencia, mientras que lo característico del método es que todo estudio de un principio universal encuentra de inmediato un objeto que le es propio. (Ejemplo: del estudio de la relación entre los conceptos de tiempo y espacio en la teoría de la relatividad). En otra ocasión hablamos del éxito como criterio decisivo para el escritor «promedio» y de la estructura peculiar de la «grandeza» en los grandes escritores: que son «grandes» porque su influencia es histórica, pero que al mismo tiempo no influyen en la historia por méritos literarios. De cómo uno pone la lupa sobre estos «grandes» escritores para contextualizarlos sólo desde el siglo que uno transita. Y también: sobre cómo esto contribuye a tener una actitud absolutamente conservadora frente a las autoridades, actitud conservadora que justamente puede explicarse solamente desde una perspectiva materialista. En otra ocasión hablamos de Proust (yo le leí algo de mi traducción)[60]; luego, sobre política cultural rusa: el «programa educativo» para los obreros, a través del cual se les intenta hacer llegar toda la literatura

universal; los escritores de izquierda excluidos, que en los tiempos del comunismo heroico eran quienes llevaban la batuta; el fomento del arte campesino reaccionario (la exposición de la AKhR[61]). Todo eso me pareció de suma importancia a la tarde, cuando fui con Reich a la oficina de la Enciclopedia. Se proyecta que la obra tendrá treinta o cuarenta tomos, y uno se dedicará con exclusividad a Lenin. Cuando llegamos (la segunda vez, ya que la primera visita había sido en vano) había un joven muy agradable sentado en su escritorio al que Reich me presentó, realzando mis condiciones. Cuando me puse a delinear el esquema de mi «Goethe», no tardó en ponerse de manifiesto su inseguridad intelectual. Ciertas partes de mi propuesta lo intimidaron, a punto tal que prefirió que desarrollase yo una descripción biográfica por sobre un contexto sociológico. Pero al ser imposible caracterizar la vida de un escritor desde el punto de vista materialista, uno sólo puede describir su influencia histórica. De hecho, abstrayéndose de su influencia sobre las generaciones posteriores, la existencia, e incluso la mera obra temporal de un artista, no ofrece objeto de estudio alguno al análisis materialista. Probablemente nos encontramos aquí también frente a la misma universalidad e inmediatez carentes de metodología que caracteriza a los planteamientos completamente idealistas y metafísicos de la Introducción al Materialismo Histórico de Bukharin[62]. Por la tarde, con Asja. Hace poco han puesto en su habitación a una comunista judía con la que se llevan muy bien y quien habla mucho. Últimamente la presencia de Asja me resulta menos agradable puesto que, aun cuando Reich no se encuentra presente, ya no puedo hablar en privado con ella. Por la noche, en casa.

## 23 de diciembre

Por la mañana estuve en el museo Kustarny[63]. De nuevo pude ver juguetes muy bonitos; la exposición está organizada aquí por el director del Museo del Juguete. Las figuras más hermosas son probablemente las que están hechas de papel maché. Se encuentran a menudo montadas sobre un pequeño pedestal, o bien sobre una pequeña gaita con una manivela giratoria, o también sobre un plano inclinado que, al presionarlo, emite un sonido. También hay figuras muy grandes de este mismo material que representan a personajes que bordean lo grotesco y que ya pertenecen a un período de decadencia. En el museo había una chica, muy mal vestida y sumamente atractiva, conversando en francés sobre los juguetes con dos niños de los cuales era institutriz. Los tres eran rusos. El museo tiene dos salas. En la mayor, donde están los juguetes, hay también muestras de trabajos en madera laqueada y de tejidos. En la sala más chica hay antiguas esculturas talladas en madera, cajas con forma de animales, herramientas, etc., y también trabajos en hierro forjado. Fracasé en mi intento de encontrar algún objeto que representara juguetes antiguos en el almacén alojado escaleras abajo, en una sala anexa al museo. Pero lo que sí había allí era el mayor depósito de adornos navideños que vi en mi vida. Luego fui al Instituto Kameneva a buscar entradas para *Les*[64] y me encontré con Basseches[65]. Caminamos juntos por un rato y ya eran las tres y media cuando por fin llegué al Dom Herzena. Reich llegó todavía más tarde, cuando yo ya había terminado de comer. Ordené una segunda taza de café que me prometí no tocar. Por la tarde hubo una partida de dominó, y por primera vez hice equipo con Asja. Derrotamos con holgura a Reich y a la compañera de habitación de Asja, a quien más tarde me encontraría en el teatro Meyerhold, mientras Reich asistía a una reunión de la *VAPP*. Ella me habló en yiddish para hacerse entender, cosa que hubiera tenido resultado con un poco más de práctica, pero dada la situación, no pude entenderla demasiado. La

velada fue agotadora; ya sea por un malentendido o por su falta de puntualidad, llegamos tarde y tuvimos que ver el primer acto de pie, en las filas traseras. Eso sumado al hecho de que la obra estaba en ruso. Asja no logró dormirse hasta que su compañera de habitación regresó. Fue recién entonces, tal como me dijo al día siguiente, que la respiración regular de su compañera la ayudó a conciliar el sueño. La célebre escena de la armónica en *Les*[66] es realmente hermosa, pero la imagen que me había formado de ella a partir del relato de Asja era ya tan maravillosamente sentimental y romántica, que necesité algún tiempo para familiarizarme con la realidad escénica de este episodio. La obra entera está llena de momentos magníficos: la escena en que el comediante excéntrico está pescando y simula los coletazos del pez simplemente haciendo mímica con su mano; la escena de amor que tiene lugar mientras sus protagonistas corren en círculo y toda la actuación sobre la pasarela, que va desde un andamio hasta el escenario. Por primera vez entendí con claridad la función de la disposición constructivista del escenario, y de una forma mucho más clara que cuando Tairov[67] actuó en Berlín, y mucho más aún que lo que había visto en fotografías.

## 24 de diciembre

Algunas palabras acerca de mi habitación. Todos los muebles llevan una chapa que reza: «Hoteles de Moscú» seguida del número de inventario. Todos los hoteles pertenecen a la administración estatal (¿o será municipal?). Las ventanas dobles de mi habitación están cerradas herméticamente durante el invierno. Sólo se puede abrir una pequeña solapa que hay en lo alto. El pequeño lavatorio es

de lata, laqueado por debajo y muy pulido por arriba, y también cuenta con un espejo. La pileta tiene un desagüe en el fondo que no se puede tapar. Hay una canilla de la que se asoma tímidamente un finísimo hilo de agua. La calefacción de la pieza viene del exterior, pero, debido a su ubicación tan particular, también está caliente el piso, por lo que, cuando el frío es moderado y la ventana está cerrada, el calor se hace agobiante. Todas las mañanas, antes de las 9, cuando ya han encendido la calefacción, un empleado llama a la puerta para preguntar si la ventana está completamente cerrada. Es lo único de lo que uno puede estar aquí seguro. El hotel no tiene cocina, por lo que ni siquiera se puede pedir una taza de té. Una vez, la noche anterior a ir a ver a Daga, que pedimos que nos despertaran, Reich y el *schweitzer* (este es el nombre ruso de los empleados de hotel) tuvieron una conversación shakespeariana sobre el «despertar». Al pedir si nos podrían despertar, el hombre nos respondió: «Si estamos pensando en eso, los despertaremos. Pero si no estamos pensando en eso, no lo haremos. La verdad es que, por lo general, solemos pensar en eso, y, por ende, despertamos a la gente que nos lo solicita. Pero claro, a veces nos olvidamos: cuando no estamos pensando en eso. Y entonces no los despertamos. No tenemos obligación de hacerlo, pero si nos acordamos a tiempo, entonces lo hacemos. ¿Cuándo quieren que los despertemos?». «A las siete». «Lo anotaremos. Como pueden ver, aquí dejo la nota, esperemos que él la vea. Porque si no la ve, lógicamente, no los despertará. Pero la mayoría de las veces despertamos». Como era de esperar, finalmente no nos despertaron, a lo que adujeron: «¿Qué sentido tenía despertarlos cuando ustedes ya se encontraban despiertos?». Parece que en el hotel hay un montón de *schweitzers*. Se alojan en un cuartito de la planta baja. El otro día Reich le preguntó a uno si había llegado alguna carta para mí. El hombre dijo que no, a pesar de tener las cartas frente a sus narices. En otra ocasión, alguien trató de localizarme por teléfono en el hotel, obteniendo como única respuesta: «Ya dejó el hotel». El teléfono está en el pasillo y desde

la cama puedo oír a menudo largas conversaciones incluso hasta después de la una de la mañana. La cama tiene un gran agujero en el medio y cruje al menor movimiento. Teniendo en cuenta que Reich por la noche suele roncar tan fuerte que llega a despertarme, me resultaría muy difícil dormir de no ser porque siempre me acuesto muerto de cansancio. Cuando paso por aquí a la tarde, suelo quedarme dormido. La cuenta del hotel se paga diariamente, ya que a cualquier tarifa que exceda los cinco rublos se le adiciona un impuesto del 10%. Es obvio el increíble derroche de tiempo y energías que esto supone. Reich y Asja se habían encontrado en la calle y llegaron juntos. Asja se sentía mal y había cancelado su cita con Birse para esa noche. Querían pasar la noche conmigo. Ella había traído la tela; luego salimos. La llevé a la modista antes de ir al Museo del Juguete. De camino, entramos en una relojería. Asja le entregó mi reloj al relojero, que era un judío que hablaba alemán. Después de despedirme de Asja, me tomé un trineo y fui al museo. Temía llegar demasiado tarde, pues aún no me he acostumbrado a la noción que los rusos tienen del tiempo. Visita guiada al museo. Mi guía fue *tov [arisch]* Bartram[68], el director del museo, quien me regaló su obra *Del juguete al teatro infantil*, que acabaría siendo mi regalo de navidad para Asja. Luego, a la Academia: pero Kogan no estaba allí. Había decidido regresar en autobús, y cuando estaba esperándolo en la parada vi una puerta abierta con el letrero de «Museo», no tardé mucho en darme cuenta que me hallaba ante la «segunda colección del nuevo arte occidental». Aquel museo no estaba entre mis planes, pero como lo tenía delante, decidí entrar. Ante un cuadro extraordinariamente bello de Cézanne me vino a la cabeza la idea de lo erróneo que es hablar de «empatía», incluso desde el punto de vista lingüístico. Me pareció que, por mucho que se abarque una pintura, no por ello se penetra en su espacio; sucede más bien que ese espacio se expande hacia diferentes lugares, hacia puntos concretos. Esa pintura se nos abre desde ciertos ángulos y rincones donde creemos reconocer importantes experiencias del pasado; en esos puntos hay algo inexplicablemente

conocido. Este cuadro se hallaba en la pared central de la primera sala de las dos dedicadas a Cézanne, justo enfrente de la ventana, a plena luz. Representaba una carretera que atravesaba un bosque. Hay un grupo de casas sobre uno de los márgenes. La colección de Renoir de este museo no es tan extraordinaria como la de Cézanne. En ella hay, no obstante, cuadros muy bellos que pertenecen a su primera época. Pero lo que más me movilizó de las primeras salas fueron, ante todo, dos cuadros de los bulevares de París, colgados uno frente al otro, como haciendo juego. Uno es de Pissarro y el otro de Monet. Ambos representan la ancha calle desde un lugar elevado que, en el primero, se sitúa en el centro y, en el segundo, en un lateral. La posición es tan lateral, que las siluetas de dos señores asomados a la calle tras las rejas de un balcón se introducen lateralmente en el cuadro como si estuviesen casi pegados a la ventana desde la cual se está pintando. Y mientras que la mayor parte del cuadro de Pissarro aparece cubierta por el gris del asfalto con su incontable cantidad de caballos y carruajes, en el de Monet la mitad del cuadro está ocupada por la pared luminosa de una casa que resplandece entre árboles de color amarillo otoñal. Al pie de la casa, casi tapadas enteramente por las hojas, se adivinan las sillas y mesas de un café, que parecen muebles rústicos en medio de un bosque soleado. Pero Pissarro refleja lo que da fama a París, la hilera de techos cubiertos con sus chimeneas. Sentí su nostalgia de esta ciudad. En un gabinete de la parte posterior, junto a dibujos de Louis Legrand y de Degas, un cuadro de Odilon Redon Tras el viaje en autobús comenzó un largo vagar hasta alcanzar, una hora después de lo acordado, la taberna donde me había citado con Reich. Como ya eran cerca de las cuatro tuvimos que separarnos enseguida, y quedamos en encontrarnos más tarde en la gran tienda de alimentación de la Tverskaya. Sólo faltaban unas horas para la Nochebuena y la tienda estaba abarrotada de gente. Cuando estábamos comprando caviar, salmón y fruta, nos encontramos con Basseches, cargado de paquetes. De un humor muy bueno. El humor de Reich, en cambio, era paupérrimo. Estaba muy enfadado

por mi retraso, y el pez chino de papel que había comprado por la mañana en la calle, y que me veía obligado a arrastrar conmigo, junto con todas las otras cosas, como testimonio de mi manía de coleccionar sólo sirvió para enardecerlo todavía más. Al final habíamos nos habíamos procurado torta y dulces, así como un arbolito adornado con guirnaldas. Y con todo eso me fui a casa en trineo. Ya hacía rato que había anochecido. El avanzar por entre tanta gente, cargado con el árbol y con los paquetes, me había fatigado. Ya en mi habitación, me eché en la cama, leí a Proust y comí nueces azucaradas de las que habíamos comprado porque le gustan a Asja. Pasadas las siete llegó Reich, y algo más tarde Asja. Se pasó toda la velada echada en la cama y, sentado en una silla a su lado, Reich. Cuando, después de mucho esperar, llegó también un samovar —al principio lo habíamos pedido inútilmente, ya que aparentemente un huésped los había encerrado todos en la habitación y se había marchado—; cuando su murmullo llenó una habitación rusa por primera vez; cuando pude contemplar, muy de cerca, el rostro de Asja, que estaba acostada frente a mí; sólo entonces, después de muchos años, pude sentir la calidez de una Nochebuena, allí sentado junto al pequeño pino navideño. Hablamos del trabajo que Asja debería aceptar y luego de mi libro acerca de la *trauespiel*; leí en voz alta el prólogo, dirigido contra la Universidad de Frankfurt[69]. La opinión de Asja podría tener incidencia en mí. Ella pensaba que, a pesar de todo, debería agregarle la leyenda: «rechazado por la Universidad de Frankfurt». Esa noche estuvimos muy unidos. Asja se rió mucho de algunas cosas que le dije. Y otras, tales como la idea de escribir un artículo sobre la filosofía alemana como instrumento de la política interior de Alemania, la llevaron a manifestar su aprobación con fervor. No terminaba de decidir si era hora de irse; se sentía bien y también cansada. Finalmente se fue cuando ni eran las once. Yo me acosté enseguida dado que, por corta que haya sido, mi noche ya estaba completa. Comprendí que la soledad no existe para nosotros cuando la persona que amamos también se siente sola, aunque

ésta se encuentre en un lugar inalcanzable para nosotros. La sensación de soledad parecería entonces un fenómeno reflexivo que sólo nos afecta cuando vemos a personas conocidas —o a personas que amamos— disfrutando de una vida social que no nos incluye. Incluso aquel que se siente solo en la vida, sólo experimenta esa soledad cuando piensa en una mujer, aunque sea una desconocida, o en cualquier otra persona que no está sola y en cuya compañía esa soledad dejaría de existir.

## 25 de diciembre

Me resigné a arreglármelas con lo poco de ruso que soy capaz de balbucear y decidí dejar de estudiarlo, pues me es imprescindible tener más tiempo para otras cosas: para traducir y para escribir artículos. Si alguna vez vuelvo a Rusia, será esencial que lo haga con mayor conocimiento del idioma, que habré de adquirir con antelación. Pero como por el momento no estoy planeando ninguna ofensiva para el futuro, aún no tengo plena seguridad de hacerlo: en otras circunstancias menos favorables a las presentes, las cosas podrían ponerse demasiado difícil. Tendría que hacerme de una base sólida de acuerdos literarios y financieros antes de emprender un segundo viaje a Rusia. El desconocimiento del ruso nunca me había resultado tan molesto como el día de Navidad. Estábamos cenando en la casa de la compañera de habitación de Asja: yo había aportado la plata para comprar un ganso, lo cual había sido motivo de disputa entre Asja y yo algunos días antes. Ya estaban sirviendo el ganso en platos con porciones individuales. Estaba mal cocido, duro. Comimos en un escritorio en torno al cual nos encontrábamos sentadas unas seis u ocho personas. En la mesa

sólo se hablaba ruso. La entrada, un pescado frío al estilo judío, estuvo muy buena. Y también la sopa. Después de comer, me retiré a la habitación contigua y me dormí. Luego permanecí despierto un rato, tirado en el sofá, sintiéndome muy triste, abatido por las imágenes que mi mente traía con frecuencia, las de la época en que siendo estudiante me marché de Munich a Seeshaupt[70]. Más tarde Reich y Asja intentaron traducirme, de a ratos aislados, retazos de la conversación, pero eso sólo terminó duplicando mi malestar. Hablaron durante un rato del nombramiento como profesor de la Academia Militar que le dieron a un general que había pertenecido en otro tiempo a la Guardia Blanca y que mandó ahorcar a todos los soldados del Ejército Rojo que había hecho prisioneros en la guerra civil. Discutieron acerca de qué posición debía tomarse al respecto. La postura más ortodoxa provenía de una joven fanática búlgara. Por fin se hizo la hora de marcharnos: Reich marcaba el camino junto con la búlgara, seguidos por Asja y por mí. Yo estaba completamente agotado. Ese día no funcionaban los tranvías. Y dado que ni Reich ni yo podíamos ir con ellas en autobús, no nos quedó otra alternativa que hacer a pie el largo trayecto hasta el Teatro Artístico de Moscú. Reich quería ver la Oresteia para recopilar más material que le sirviera para su obra «La contrarrevolución en escena». Conseguimos localidades para la segunda fila, al centro. Ni bien entramos en la sala, percibí olor a perfume. No vi a un solo comunista enfundado en su típica túnica azul, y sí a algunos que podrían encajar perfectamente en cualquiera de las imágenes de George Grosz. La obra respondía al estilo de un teatro cortesano abandonado. El director no sólo no contaba con capacidad profesional alguna, sino que ignoraba por completo cualquier tipo de información necesaria para abordar una tragedia de Esquilo. A su pobre imaginación parecía alcanzarle ese pálido helenismo de salón. La música sonó casi ininterrumpidamente, e incluyó una gema de Wagner: Tristán, «la música del fuego mágico».

## 26 de diciembre

La estancia de Asja en el sanatorio parece estar llegando a su fin. Parece que estos últimos días en los que pasó largas horas al aire libre le han hecho bien. Le encanta acostarse en su manta y oír los graznidos de los cuervos en el aire. Está convencida de que los pájaros están perfectamente organizados, y que su líder les da las instrucciones; dice que ciertos graznidos precedidos de una larga pausa son las órdenes a acatar. Apenas si pude hablar a solas con Asja últimamente, pero en las escasas palabras que intercambiamos creo detectar en ella tal cercanía hacia mí que me tranquiliza profundamente y que mejora mi ánimo. No creo que haya nada que surta un efecto tan curativo ni tan intenso sobre mí como las preguntas más insignificantes que ella me hace acerca de mis asuntos. Cierto es que no lo hace con frecuencia. Pero aquel día, por ejemplo, quiso saber en mitad de la comida, en la que sólo se hablaba ruso, qué cartas había recibido el día anterior. Antes de comer, tres de nosotros habíamos jugado al dominó. Después de la comida, las cosas salieron mucho mejor que el día anterior. Cantaron adaptaciones comunistas (dudo que las hayan concebido como parodia) de canciones hebreas. Parece que, excepto Asja, todos los allí presentes éramos judíos. Había también un secretario sindical de Vladivostok que había venido a Moscú para asistir al VII Congreso Sindical. En torno a la mesa se había reunido toda una colección de judíos, desde Berlín hasta Vladivostok. Era todavía temprano cuando la llevamos a Asja. Luego invité a Reich a tomar una taza de café antes de ir a casa. Este empezó a decir que cuanto más mira a su alrededor, más le parece que los niños son como una gran plaga. En casa de la camarada estaba también de visita un niño pequeño, de gran comportamiento, pero que al final, cuando estábamos todos jugando al dominó y ya llevábamos dos horas esperando la comida, se había puesto a llorar. Pero en quien Reich pensaba en realidad era en Daga. Habló de los ataques de ansiedad crónicos de Asja, relacionados con Daga la mayoría de las veces, y

volvió a repetirme toda la historia de la estadía de ella en Moscú. Me sorprendía con gran frecuencia la paciencia de Reich para tratar con ella. Incluso ahora lo que manifestaba no era disgusto o resentimiento, sino simplemente la tensión acumulada, de la cual pudo descargar buena parte en su conversación conmigo. Lamentaba que a Asja le fallara el «egoísmo» justo ahora, cuando ya todo dependía de tomar las cosas con calma y dejar que sigan su curso. La inquietud por su futura residencia, la idea del traslado que casi con seguridad tendría que afrontar, era algo que la atormentaba. En el fondo, lo único que Asja quiere en este momento son unas semanas de una tranquilidad en el marco de una cómoda existencia burguesa, que es obvio que Reich no está en condiciones de ofrecer aquí en Moscú. Lo cierto es que su ansiedad efectivamente existía. No me daría cuenta de esto hasta la mañana siguiente.

## 27 de diciembre

La habitación de Asja en el sanatorio. Estamos allí casi a diario, desde las cuatro hasta la siete. Generalmente, cerca de las cinco, una paciente de una habitación vecina se pone a tocar la citara durante una hora, o media hora. Sólo consigue hacer sonar unos tristes acordes. La música no encaja bien con estas paredes frías. Pero a Asja no parece molestarle demasiado ese rasgueo tan monótono. Cuando llegamos, es común que la encontremos acostada en la cama. Frente a ella, suele haber una mesita con leche, pan y un plato con azúcar y huevos, que, por lo general, se termina llevando Reich a la casa. En cambio hoy me tocó a mí: Asja escribió «Benjamin» sobre un huevo y me lo envió a través de

Reich. Encima del vestido, Asja lleva una bata de lana gris del sanatorio. En la parte más cómoda de la habitación, reservada para ella, hay tres sillas de diferentes tipos, entre las cuales cuento el sillón en el que suelo sentarme, y también una mesa de luz con revistas, libros, medicamentos, un pequeño cuenco de colores que probablemente sea suyo, la crema facial que le traje de Berlín y un espejo de mano que le regalé en una ocasión. Durante un buen tiempo, también estuvo sobre la mesa de luz el bosquejo de la cubierta de *Calle de sentido único* que me hizo Stone. Asja se dedica a menudo a la confección de la blusa que se está haciendo, usando el hilo de una tela Fuentes de luz de las calles moscovitas, a saber: la nieve, que refleja la iluminación a punto tal que casi todas las calles tienen claridad; las potentes lámparas de carburo de los puestos callejeros; y las luces delanteras de los automóviles, que arrojan su luz a cientos de metros de luz sobre la calle. En otras grandes ciudades, este tipo de faros están prohibidos: aquí cuesta pensar en algo que irrite más que ese selecto número de miembros de la NEP (y otros peces gordos) moviéndose en unos pocos coches a su entera disposición y entorpeciendo aún más la ya dificultosa tarea de desplazarse. Nada que destacar sobre este día. Pasé la mañana trabajando en casa. Después de comer jugué al ajedrez con Reich; me venció en dos partidas. Asja estaba del peor humor posible; nunca había presenciado con tanta claridad esa acidez repugnante que hace que su interpretación de Hedda Gabbler sea tan convincente. No toleraba ni siquiera la menor pregunta sobre su estado de salud. Al final no quedó otro remedio que dejarla sola. Nuestra esperanza —mía y de Reich— de que se nos uniera para jugar al dominó fue vana. Cada vez que entraba alguien en la sala de juegos, girábamos la cabeza buscándola, pero nunca llegó. Después de la partida volvimos a su habitación, pero yo regresé rápidamente a la sala de juegos con un libro, para no reaparecer sino hasta poco antes de las siete. Asja me despidió de una manera muy poco amigable, pero luego me mandó, por medio de Reich, un huevo en el que había escrito «Benjamin». Aún no

hacía mucho que habíamos llegado a mi habitación, cuando entró ella. Su humor se había transformado: volvía a ver las cosas de una forma más positiva y, sin duda, lamentaba el comportamiento que había tenido por la tarde. De todas maneras, al hacer un repaso general de los últimos tiempos me doy cuenta de que el grado de mejoría que tuvo desde mi llegada es casi nulo, al menos en cuanto a lo que sus nervios refieren Por la noche, Reich y yo mantuvimos una larga conversación acerca de mi actividad literaria y hacia donde debería apuntar. Reich piensa que yo tiendo a exprimir mis escritos hasta agotarlos. En este mismo contexto expresó con mucho tino la idea de que en la alta literatura la proporción entre el total de oraciones y la cantidad de oraciones sustanciales y con peso propio es, aproximadamente, de 30 a 1, mientras que en mi caso era de 2 a 1. Todo eso es cierto. (Y esto último sea quizás consecuencia de la fuerte y temprana influencia que tuvo Philipp Keller[71] sobre mí).

Sin embargo, tuve que discrepar con él sobre algunas ideas de las que nunca tuve dudas y que datan de la época en que escribí uno de mis primeros ensayos, *La lengua en general y el lenguaje humano*[72]. Hice mención de la polaridad que toda entidad lingüística cobija: ser expresión y comunicación al mismo tiempo. Esto tenía una relación directa con aquello sobre lo que tantas veces hemos conversado, la «destrucción de la lengua» como una tendencia de la literatura rusa actual. El desarrollo del aspecto comunicativo de la lengua sin un contexto que lo incluya conduce inevitablemente a su destrucción. Por otra parte, la exaltación total de su carácter expresivo deriva en un silencio místico. Creo que de ambas tendencias, la que apunta a la comunicación es la más vigente, sólo porque considero que de una forma u otra, siempre es necesario comprometerse con alguna opción. Reconocí, no obstante, que estoy atravesando una situación crítica en lo que concierne a mi condición de autor. Le dije que no encuentro ninguna salida aquí, que ni meras convicciones ni decisiones abstractas bastan para abrirme camino, y que preciso en cambio de tareas y de

desafíos concretos. En este punto, Reich mencionó mis ensayos sobre las ciudades[73], lo cual fue para mí muy alentador. Empecé a pensar de una forma más optimista en una posible descripción de Moscú. Para concluir, le estuve leyendo mi retrato de Karl Kraus[74], pues también habíamos estado hablando de él.

## 28 de diciembre

No creo que exista otra ciudad con tantos relojeros como Moscú. Lo cual es aún más llamativo dado que la gente aquí no se preocupa demasiado por el tiempo. Seguramente tenga orígenes históricos. Cuando uno ve a la gente por la calle, rara vez se ve a alguien apurado, a menos que esté haciendo muchísimo frío. Tienen la costumbre de andar en *zigzag*. (Algo muy significativo: me contó Reich que en algunos clubes hay un póster en la pared con la advertencia «Lenin dijo: "tiempo es dinero"». Para expresar una banalidad como esa tuvieron que recurrir a la más alta autoridad). Fui a buscar mi reloj a la relojería. Por la mañana nevó, y siguió nevando de manera interrumpida a lo largo de todo el día. Más tarde hubo algo de deshielo. Comprendo que Asja echara de menos la nieve cuando estaba en Berlín y que sufriera ver el asfalto desnudo. El invierno aquí va cubierto de una gruesa capa de nieve, del mismo modo que a un campesino lo cubre su tapado de lana de oveja blanca. Nos levantamos tarde por la mañana, y luego fuimos a la habitación de Reich, un claro ejemplo de casa pequeñoburguesa, cuesta imaginar algún ejemplo más horrible. Contemplar los cientos de fundas, aparadores, muebles tapizados y cortinas llevan a uno casi a la asfixia; el aire ha de estar cargado de polvo. En un rincón próximo a la ventana había un árbol de navidad muy alto. Ni siquiera

el árbol quedaba exento de la fealdad reinante, con sus ramas debiluchas y un muñeco de nieve deforme a modo de corona. Tanto la agotadora caminata desde la parada del tranvía como el espanto que me produjo esta habitación nublaron mi perspectiva general de la situación, y terminé aceptando, de forma precipitada, la propuesta de Reich de irme a vivir con él a aquella habitación a partir de enero. Esas habitaciones pequeñoburguesas son como campos de batalla por los que ha pasado victoriosa la embestida devastadora del capital mercantil, impidiendo que en ellas pueda desarrollarse nunca más nada que sea humano. Pero teniendo en cuenta mi inclinación por las cavernas, tal vez obtenga un gran rédito trabajando en esta pieza. Queda por decidir si conviene renunciar a la excelente posición estratégica de mi habitación actual o conservarla, con el riesgo de perder el contacto diario con Reich, que me proporciona tanta información vital. Anduvimos luego largo rato por las calles de los suburbios: me había prometido un *tour* por una fábrica especializada en adornos navideños. La «pradera de la arquitectura», como Reich ha llamado a Moscú, tiene en estas calles un aspecto todavía mas agreste que en las del centro de la ciudad. A ambos lados de la amplia avenida, cabañas de madera símiles a las casas de los campesinos alternan con casas modernistas o con la sobria fachada de una casa de seis pisos. La capa de nieve era altísima, y cuando se hizo un repentino silencio, uno podría haberse pensado que estaba pasando el invierno en medio de un pueblo del interior de Rusia. Tras una hilera de árboles había una iglesia con sus cúpulas azules y doradas, y, como siempre, con sus ventanas enrejadas que daban a la calle. Las iglesias de aquí todavía conservan en sus fachadas imágenes de santos como las que se ven en las iglesias más antiguas de Italia (en la de San Frediano de Lucca[75], por ejemplo). Al final, la mujer que trabajaba en la fábrica se había ausentado, por lo que no pudimos recorrerla por dentro. Enseguida, cada uno siguió su camino. Yo bajé por el Kusnetski-Most (Puente de los herreros) en busca de librerías. En esta calle se encuentra la que, a juzgar por su aspecto, es la librería más grande

de Moscú. Hasta vi literatura extranjera en la vidriera, pero a unos precios escandalosos. Los libros rusos se venden, casi sin excepción, sin encuadernar. El papel es casi siempre importado y cuesta tres veces más que en Alemania y, según me pareció, recortan las esquinas de las publicaciones para abaratar costos. Después de haber ido al banco a cambiar plata, me compré a la pasada uno de esos arrollados calientes que se venden en todos lados en las calles de por aquí. No había dado nada más que unos pasos cuando un niño se me vino encima; y una vez que comprendí que no era dinero lo que quería, sino pan, compartí un pedazo con él. Al mediodía le gané a Reich al ajedrez. La tarde, tan insípida como todos estos últimos días, con Asja sumida en su estado de ansiedad. Cometí el gran error de intentar defender a Reich de sus reproches absurdos. Acto seguido, me dijo que al día siguiente iría solo a verla a Asja. Por la noche, en cambio, parecía que quería ser el mejor de los amigos. Ya se había hecho demasiado tarde para ir al ensayo general de la obra de Illés, tal como lo habíamos planeado, y, dado que Asja ya no vendría, nos fuimos a ver un «juicio» al club Krestanski[76]. Llegamos allí a las ocho y media, y nos enteramos que había empezado hacía ya una hora. La sala estaba repleta y no dejaban entrar a nadie más. Pero una mujer muy lista se aprovechó de mi presencia. Al darse cuenta de que yo no era ruso, adujo que éramos dos delegados extranjeros y ella nuestro guía, y consiguió que nos dejaran pasar a los tres. Entramos en una sala tapizada de rojo, donde debía haber unas trescientas personas. Estaba repleta y mucha gente estaba de pie. En un nicho, un busto de Lenin. Los procedimientos eran llevados a cabo sobre el escenario, flanqueado a ambos lados por los dibujos de dos proletarios: un campesino y un obrero industrial. En la parte superior del escenario, el emblema soviético. Al momento de llegar, ya había finalizado la exposición de pruebas, y ahora era el turno del testimonio de un perito. Estaba sentado con su asistente en una mesita, frente a la mesa del abogado defensor, ambas dispuestas de manera perpendicular sobre el escenario. La mesa del tribunal

estaba de cara al público, y frente a los jueces estaba sentada la acusada, una campesina, vestida de negro y con un grueso bastón entre las manos. Todos los actuantes estaban bien vestidos. La campesina estaba acusada del ejercicio ilegal de la medicina con consecuencias fatales. Ella había intervenido en un parto (o un aborto), y un presunto error suyo habría sido causante del desgraciado desenlace. El alegato de la acusación hacía hincapié en cuestiones de crudeza extrema. El perito presentó su informe: la muerte de la mujer era atribuible directamente a la intervención médica de la acusada. La defensa pronunció su alegato, afirmó que no hubo intención de hacer daño, y que en el campo no hay ni conocimientos médicos ni medidas sanitarias suficientes. El fiscal pidió la pena de muerte. Las últimas palabras de la campesina: de todas formas la gente siempre se muere. A continuación, el presidente del tribunal se dirige al público: ¿alguna pregunta? Aparece en el estrado un komsomol que aboga por el castigo más severo posible. El tribunal se retira luego a deliberar; hay un descanso. Todo el mundo se para a escuchar el veredicto. Dos años de prisión por reconocerse la existencia de atenuantes. Razón por la que se prescinde del aislamiento incomunicado. El presidente del jurado, por su parte, alude a la necesidad de crear centros de previsión y educación higiénica en áreas rurales. La gente se dispersa. Nunca hasta ese momento había visto congregado en Moscú a un público tan sencillo. Entre los asistentes había, probablemente, muchos campesinos, ya que este club se halla especialmente al servicio de los campesinos. Me enseñaron las dependencias. En la sala de lectura me llamó la atención, al igual que en el sanatorio infantil, el hecho de que las paredes estuviesen enteramente cubiertas de material visual, que aquí lo constituían, sobre todo, estadísticas elaboradas por los propios campesinos e ilustradas, en parte, con dibujitos de colores que representaban la vida rural, el desarrollo agrario, el estado de la producción y las instituciones culturales. También habían expuesto en todas las paredes piezas de herramientas y de maquinaria, destiladores

químicos, etc. Movido por la curiosidad me acerqué a una consola desde la que me sonreían burlonamente dos máscaras africanas. Pero que luego, de cerca, resultaron ser máscaras de gas. También me condujeron, por último, a los dormitorios del club. Este ha sido pensado para el uso de campesinos y campesinas que, ya sea en grupo o de manera individual, tienen que visitar la ciudad para hacer una *kommandirovka* (trámite). En las habitaciones grandes hay como mucho seis camas; por la noche, cada uno deja la ropa encima de la suya. Los cuartos de aseo deben de estar en otra parte. En las habitaciones no hay lavatorios. En las paredes hay fotos de Lenin, Kalinin, Rykov y otros. El culto a la imagen de Lenin en particular llega aquí a extremos insospechados. En el Kusnetski-Most hay una tienda que se especializa en Lenin, donde uno puede comprar una figura suya en todos los tamaños, posturas y materiales. En la sala común del club, donde en ese momento podía escucharse un concierto radiofónico, hay un cuadro en relieve, muy expresivo, que lo muestra como un orador, en escala real, de la cintura para arriba. Y siempre habrá en las cocinas, en las lavanderías, en cada lugar de las instituciones públicas alguna foto suya más modesta. El edificio tiene capacidad para más de cuatrocientos huéspedes. Ante la cada vez más molesta compañía de la guía que nos había ayudado a entrar, salimos de allí y decidimos, una vez que nos quedamos solos, parar en una *pivnaya* (bar) que estaba ofreciendo un espectáculo nocturno. Cuando estábamos entrando, nos encontramos con algunas personas en la puerta que intentaban echar a un borracho. El local no grande ni estaba lleno, había gente sentada, sola o en grupos pequeños, tomando cerveza. Nos sentamos muy cerca del escenario, cuyo telón mostraba una dulce pradera algo borrosa que daba la sensación de ser ruinas que parecían disolverse en el aire. De todas formas, este telón no alcanzaba a cubrir toda la longitud del escenario. Después de dos números musicales venía la atracción principal de la noche, una *intszenirovka*: material adaptado al teatro que proviene de un ámbito distinto, del épico o del lírico. En esta

ocasión el marco dramático parecía servir de pretexto para un sinfín de canciones de amor y canciones campesinas. Primero salió una mujer sola escuchando a un pájaro. Luego salió de entre bastidores un hombre, y así sucesivamente hasta llenar todo el escenario, acabando la cosa en un canto coral acompañado de baile. Todo esto no se diferenciaba demasiado de una festividad familiar, pero dado que en la realidad estas reuniones se dan cada vez menos, lucen más atractivos en el escenario a los ojos del pequeño burgués. Para acompañar la cerveza sirven cosas muy llamativas: diminutos trocitos de pan blanco o negro con una costra de sal y guisantes secos en agua salada.

## 29 de diciembre

Rusia empieza a ponerse en forma para el hombre del pueblo. Se anuncia una gran película propagandística: *La sexta parte del mundo*[77]. En la calle, sobre la nieve, hay mapas de la URSS apilados por los vendedores ambulantes, que los ofrecen al público. Meyerhold utiliza un mapa en *Dayosh-Europa*[78] en el cual Occidente aparece representado como un sistema complejo de pequeñas penínsulas rusas. Este mapa está tan cerca de convertirse en el centro de la nueva iconografía rusa como los retratos de Lenin. Mientras tanto, las iglesias continúan con su antigua práctica. Este día entré durante mi paseo en la iglesia de Nuestra Señora de Kazán, de la que Asja me había dicho era una de sus favoritas. Se encuentra en una esquina de la Plaza Roja. Primero se entra en una amplia antesala con algunas imágenes de santos. Parece estar fundamentalmente al servicio de una mujer que cuida la iglesia. Es un lugar sombrío; su penumbra invita a realizar

conspiraciones. En estas salas se pueden pergeñar los acuerdos más sombríos, incluso pogromos, si se diera la ocasión. Pegado a ella se encuentra el lugar para el culto propiamente dicho. Al fondo hay unos escaloncitos para subir al estrado, estrecho y bajo, sobre el que uno se desplaza pasando las imágenes de los santos. Los altares se suceden a muy corta distancia unos de otros, cada uno de ellos señalados por la tenue luz de una lamparita roja. Las superficies laterales están ocupadas por enormes imágenes de santos. Todas las zonas de pared no ocupadas por tales imágenes aparecen recubiertas de oro brillante. Una araña de cristal pende del techo, pintado en un estilo que empalaga. Contemplé las ceremonias desde una silla cercana a la entrada. Se trata de las propias del antiguo culto a las imágenes. A las imágenes grandes se les saluda haciendo la señal de la cruz, seguida de una genuflexión en la que la frente ha de rozar el suelo, y, persignándose de nuevo, el orante, o penitente, se dirige a la siguiente. Ante las imágenes pequeñas, que están dispuestas bajo un cristal, solas o en hilera, se suprime la genuflexión; hay que inclinarse hacia ellas y besar el cristal. Me acerqué a ella y vi que, al lado de estas piezas antiguas de un valor incalculable, y sobre el mismo atril, había también cantidades industriales de cromolitografías sin ningún valor. Moscú tiene muchas más iglesias de lo que uno cree inicialmente. El europeo occidental las localiza por sus torres, que se elevan sobre el horizonte. Requiere cierta práctica asociar los largos muros con un montón de pequeñas cúpulas para hacerse la idea de que uno está frente a grandes complejos de monasterios o capillas. Y es entonces cuando uno comprende por qué, en algunos lugares, Moscú se parece tanto a una fortaleza: las torres bajas son en Occidente características esenciales de la arquitectura secular. Venía de la oficina postal, había enviado un telegrama y luego dado un largo paseo por el Museo Politécnico[79], donde busqué sin éxito una exposición de dibujos realizados por enfermos mentales. Me desquité con un paseo a lo largo de los puestos que están junto al muro de Kitay-Gorod. Este es el centro del mercado de libros

usados. Resultaría infructuoso tratar de encontrar algún hallazgo relacionado con literatura no rusa. También es muy raro encontrar ediciones antiguas en ruso (si nos guiamos por la encuadernación). Y todo esto a pesar de que en el transcurso de los últimos años han debido de vaciarse inmensas bibliotecas. ¿Habrá sido sólo en Leningrado y no en Moscú, donde no era tan común que existiesen? En uno de los puestos del Kitaiski-Proezd (Barrio chino) compré una armónica para Stefan. Algo más acerca de la venta ambulante. Los artículos navideños (espumillón, velas, candelabros, adornos para el árbol, mismo árboles de Navidad) se siguen vendiendo incluso después del 24 de diciembre. Creo que los venden hasta la segunda festividad religiosa navideña. Relación de precios entre los puestos callejeros y las tiendas estatales. Compré las ediciones del *Berliner Tageblatt* del 20 de noviembre y del 8 de diciembre. En el Kusnetski-Most hay un chico que se dedica a golpear vasijas de arcilla, platos y cuencos diminutos, unos contra otros, para demostrar su solidez. En Okhotni Riad, una curiosa aparición: mujeres que ofrecen a los transeúntes trozos de carne cruda, o pollo, o cosas por el estilo sobre una capa de paja, en la palma de sus manos. Son vendedoras sin licencia. No tienen el dinero para pagar la concesión de un puesto, ni tiempo para la cola que hay hacer para alquilar uno. Si se acerca un miliciano, se limitan a salir corriendo de allí con su mercancía. De la tarde, ya no recuerdo nada. Por la noche, con Reich, fuimos a ver una película muy mala (en la que actuaba Ilynsky[80]), no muy lejos de mi hotel.



Venta de libros en el muro de Kitay-Gorod.

## 30 de diciembre

El árbol de Navidad aún está en mi habitación. Poco a poco me las arreglé para sistematizar los ruidos de mi entorno. La obertura arranca temprano por la mañana e incluye toda una serie de *leit-motivs*: primero, las pisadas en la escalera que está frente a mi habitación y que conduce al sótano. Seguramente ha de tratarse del personal que llega al trabajo. Luego empieza a sonar el teléfono del pasillo, y sonará a lo largo del día prácticamente sin interrupciones, hasta cerca de la una o las dos de la madrugada. La telefonía en Moscú es excelente, muchísimo mejor que en Berlín o en París. No se tarda más de tres o cuatro segundos en obtener tono para hacer una llamada. Bastante a menudo oigo una voz infantil hablando muy alto por teléfono. Las largas cifras hacen que el oído se acostumbre a los números rusos. Después, hacia las nueve, un hombre va de puerta en puerta preguntando si la ventana está completamente

cerrada. A esa hora encienden la calefacción. Reich cree que, aunque la ventana esté cerrada por completo, por ella pasan a mi habitación pequeñas cantidades de monóxido de carbono. Es muy posible que esto en efecto suceda, si tenemos en cuenta lo asfixiante que se vuelve el aire de mi habitación por las noches. Como si fuera poco, el piso también despide calor, en algunos sectores parece suelo volcánico. Mientras uno sigue en la cama, el sueño se ve perturbado por un golpeteo rítmico, como si estuviesen preparando unos *bistecs* gigantescos: parten leña en el patio. Y pese a todo lo mencionado, mi habitación respira tranquilidad. Nunca tuve la oportunidad de vivir en un lugar en el que me resultara tan fácil trabajar. Notas sobre la situación en Rusia. En las conversaciones con Reich he insistido sobre lo contradictoria que es la situación actual. En cuanto a política exterior, el gobierno busca la paz para firmar tratados comerciales con los estados imperialistas, mientras que fronteras adentro sus principales esfuerzos apuntan a la suspensión de comunismo militante, buscando un devenir libre de conflictos de clase, empeñándose en despolitizar la vida de sus ciudadanos en la medida de lo posible. Por otra parte, en las organizaciones vanguardistas, en el *Komsomol*, se da a la juventud una educación «revolucionaria», lo cual significa que lo revolucionario no les llega como experiencia, sino como un discurso. Se intenta suprimir la dinámica del proceso revolucionario dentro de la vida estatal: con o sin intención, se ha iniciado un período de restauración, y sin embargo tratan de almacenar la energía revolucionaria de la juventud como si se tratara de la energía eléctrica de una pila. Y eso no funciona. El orgullo comunista, que incluso ya tiene una palabra rusa que lo identifica, tiene que ser infundido a los jóvenes, que en su mayoría forman parte de la primera generación a la que se dio una formación superior a la pobre educación que recibieron sus antecesores. Las extraordinarias dificultades que conlleva la restauración se manifiestan también de una forma palpable, en el problema educativo. Para combatir el catastrófico nivel educativo, se decretó

la difusión del conocimiento de los clásicos rusos y de Europa Occidental. (Ésta es la principal razón, dicho sea de paso, por la que se ha otorgado tanta importancia a la adaptación de «*El Revisor*», de Meyerhold, y a su respectivo fracaso). Uno puede darse una idea de cuán importante es este decreto al enterarse que, en un debate reciente que tuvo con Reich acerca de Shakespeare, Lebidinsky[81] sostenía que el dramaturgo inglés había vivido antes que se inventara la imprenta. Desde otro punto de vista: ante la descomposición de la sociedad burguesa, sus valores culturales han entrado en una fase crítica. En su estado actual, bajo la forma que han tomado a lo largo del último siglo en manos de la burguesía, estos valores no pueden expropiarse sin perder en el camino la importancia que después de todo fueron adquiriendo, por cuestionable, o incluso nociva, que esta pueda ser. Estos valores, como si fuesen cristales, han de someterse a un largo transporte al que no podrán resistir si no van convenientemente embalados. Ahora bien, embalarlos implica hacerlos invisibles, algo que se opone a la popularización de esos valores fomentada de manera oficial por el Partido. En la Rusia soviética se pone ahora de manifiesto que estos valores se están popularizando justamente en esa forma adulterada y lamentable que, en último término, deben al imperialismo. A un hombre como Walzel[82] lo nombran miembro de la Academia, y su presidente, Kogan, escribe un artículo en el *Vechernie Moska* sobre literatura occidental en el que establece conexiones tan arbitrarias como ignorantes (¡Proust y Bronnen[83]!) y en el que pretende, apenas con un puñado de nombres, «informar» a sus lectores sobre literatura extranjera. Probablemente, las únicas manifestaciones culturales de Occidente por las que Rusia muestra una comprensión tan viva como para que merezca la pena ocuparse de ellas, son las de Estados Unidos. Este entendimiento cultural que no se basa en relaciones comerciales concretas, es una técnica utilizada por la variante pacífica del imperialismo, que en el caso de Rusia constituye un fenómeno de la restauración. Por otra parte, el aislamiento de Rusia del extranjero hace que el acceso a la

información se vea limitado. Dicho de un modo más preciso: el contacto con el extranjero es administrado por el Partido y atañe principalmente a cuestiones políticas. La clase media alta ha sido aniquilada y la pequeña burguesía incipiente no está, ni material ni espiritualmente, en condiciones de establecer lazos con el exterior. En la actualidad, un visado para realizar un viaje al extranjero que no se haga por encargo estatal o del Partido, cuesta 200 rublos. No hay duda de que en Rusia se sabe del exterior mucho menos de lo que en el exterior (exceptuando, tal vez, a los países latinos) se sabe de Rusia. La mayor preocupación que aquí se tiene es la de establecer dentro del propio territorio, tan inmenso, el contacto entre las distintas nacionalidades y, sobre todo, entre obreros y campesinos. Uno podría equiparar la ignorancia de Rusia del mundo exterior con sus *chervonetz* (diez rublos): dentro de Rusia es una cantidad de dinero a considerar, pero en el extranjero ni siquiera es reconocida como moneda. Algo sumamente significativo es el hecho de que un actor de cine ruso del montón, Ilynsky, imitador sin escrúpulos y sin gracia de Chaplin[84], tenga aquí la fama de gran cómico sólo porque las películas de Chaplin son tan caras que ni siquiera las importan. Pues, en general, el gobierno ruso invierte muy poco en películas extranjeras. Cuenta a su favor la competencia de industrias fílmicas rivales que buscan conquistar para sí el mercado ruso, por lo cual compra las películas a bajo precio, casi regaladas, como si fueran muestras publicitarias. El propio cine ruso, exceptuando las grandes obras maestras, no es, en conjunto, demasiado bueno. Pelea por definir sus contenidos. En oposición a lo que ocurre con la censura teatral, la censura cinematográfica es de por sí muy estricta, al cine ruso se le recorta la esfera temática, presumiblemente por consideración hacia el extranjero. Es imposible encontrar una película en la cual se critique seriamente a los políticos soviéticos, cosa que no sucede con el teatro. Tampoco es posible encontrar una descripción acertada de la vida burguesa. También escasea aquí el espacio dedicado a la comedia grotesca americana, dado que ésta se basa en un juego

desinhibido con la técnica. Aquí, todo lo técnico es sagrado: no hay nada que se tome más en serio que la técnica. Y otra cosa, por sobre las demás: el cine ruso no conoce de erotismo. Es bien sabido que la trivialización del amor y de la vida sexual es algo inherente al credo comunista. Presentar en el cine, o en el teatro, enredos amorosos trágicos sería considerado como propaganda contrarrevolucionaria. Queda la posibilidad de realizar una comedia social de carácter satírico cuyo blanco sería esencialmente la nueva burguesía. La importante cuestión que se plantea es saber si el cine, uno de los avances tecnológicos más importantes a la hora de ejercer el dominio imperialista sobre las masas, puede ser expropiado con dichos fines. Por la mañana estuve trabajando; más tarde me fui con Reich al Gosfilm, pero Pansky se había ausentado. Fuimos al Museo Politécnico. La entrada a la exposición de pintura de enfermos mentales resultaba encontrarse en una calle lateral. La exposición en sí era algo mediocre; desde el punto de vista artístico el material era, casi sin excepción, poco interesante, aunque estaba bien presentado y, sin duda, consta de valor científico. Mientras estábamos allí tuvo lugar una breve visita guiada, en la cual la única información que se daba ya aparecía reseñada en pequeñas tarjetas que acompañaban las obras expuestas. Desde ahí, Reich se marchó al Dom Herzena; yo fui más tarde, ya que pasé primero por el Kameneva a buscar entradas para ir a la noche a ver a Tairov. La tarde con Asja, nuevamente monótona. Reich consiguió que un ucraniano del sanatorio le prestara un abrigo de piel para el día siguiente. Llegamos a tiempo al teatro. Daban *El deseo bajo los olmos*, de O'Neill[85]. La representación era muy mala, la performance de Koonen[86] particularmente decepcionante y carente por completo de interés. Lo que sí resultó interesante (aunque también equivocado, como indicó Reich con buen tino) fue la fragmentación de la obra en diferentes escenas (filmización) mediante la bajada del telón y el cambio de iluminación. El ritmo era mucho más rápido del que es habitual aquí, y el dinamismo de los decorados hacía que se viera todavía más acelerado. La

escenografía consistía de tres espacios superpuestos: en la planta baja, una gran sala con vista al exterior y con una salida. En ciertas partes de la obra, las paredes se levantaban en un ángulo de 180º, de forma tal que uno tenía la visión de puertas para afuera. Había dos habitaciones más en el primer piso, al cual se llegaba a través de una escalera que se encontraba separada de la vista del público por unos listones. Era fascinante seguir con la mirada las subidas y bajadas de los personajes detrás de ese enrejado. Del telón de asbesto cuelgan seis apartados que promocionan el programa de la semana siguiente (el teatro cierra los lunes). A pedido de Reich, pasé la noche en el sofá, y prometí despertarlo por la mañana.

## 31 de diciembre

Hoy Reich fue a visitar a Daga. Asja llegó cerca de las diez (yo aún no estaba listo) y fuimos a lo de su modista. Toda esta excursión resultó insulsa y deslucida. Comenzó con sus reproches: que llevo a Reich de un lado para otro y le generó cansancio. Después me confesó que había estado furiosa conmigo durante todo el día por la blusa de seda que le había llevado. Se desgarró la primera vez que se la puso. Encima cometí la idiotez de decirle que la había comprado en Wertheim[87] (una mentira blanca y estúpida). Aparte, me sentía aún menos capaz de decir nada debido a que la permanente espera de noticias de Berlín ya comenzaba a afectarme. Finalmente nos sentamos unos minutos en un café. Pero fue como si no lo hubiéramos hecho. Asja no pensaba en otra cosa que en volver a tiempo al sanatorio. No tengo idea de por qué en los últimos días desapareció todo lo que había de vivo en los momentos que compartimos y en las miradas que intercambiamos. Pero mi

estado de inquietud me impide disimularlo. Y para ser honestos, no me siento capaz de prestarle la atención exclusiva que Asja demanda si no hay ningún estímulo o signo de amabilidad de su parte. Ella tampoco se encuentra bien, a causa de Daga: las noticias que trajo Reich sobre ella no colaboraron mucho que digamos con su tranquilidad. Estoy considerando en limitar mis visitas de la tarde. Estos días hasta encuentro opresiva su pequeña habitación, en la que siempre hay no menos de tres o cuatro personas, y el número es aún mayor cuando la compañera de habitación de Asja tiene visita. Escucho hablar tanto ruso y no entiendo nada, termino leyendo o durmiendo. A la tarde le llevé tortas a Asja. No hizo más que irritarse, estaba con el peor humor posible. Reich había llegado media hora antes (yo había querido terminar de escribir una carta a Hessel[88]), y lo que contó de Daga la exaltó sobremanera. El ambiente permaneció bastante sombrío durante todo el rato que estuvimos juntos. Me fui temprano al Teatro Meyerhold a sacar entradas para ella y para mí, donde aquella noche se representaba *Dayosh-Europa*. Antes fui un momento al hotel para informar que la obra comenzaba a las ocho menos cuarto. Aproveché la ocasión para ver si tenía correo: no había llegado nada. Al mediodía, Reich me había puesto en contacto con Meyerhold, que me había prometido entradas. Con enorme dificultad logré llegar hasta donde estaba el asistente de dirección para recogerlas. Para mí sorpresa, Asja llegó puntual. Se había vuelto a poner la bufanda amarilla. Su cara tiene un brillo que asombra por estos días. Cuando nos encontrábamos delante de un póster, antes de que empezara la obra, le dije: «La verdad es que Reich es un tipo fabuloso». «¿?». «Si esta noche hubiera tenido que quedarme solo, me habría ahorcado a causa de semejante tristeza». Pero ni siquiera estas palabras sirvieron para animar nuestra charla. La revista era bastante interesante, y durante un momento —ya no recuerdo en qué parte de la obra fue— nos volvimos a sentir más cercanos. Ya recuerdo. Fue en la escena del «Café Riche», con la música y los bailes apaches. «Hace ya quince años —le dije a Asja— que este

romanticismo apache recorre toda Europa, la gente sigue cayendo a sus pies cada vez». En los descansos hablamos con Meyerhold. En el segundo de estos, le pidió a una señora que nos acompañase al «museo», donde se guardan las maquetas de sus decorados. En él vi el excelente mobiliario de *Le cocu magnifique*[89], los famosos decorados de *El profesor Bubus*[90], con su revestimiento de bambú (las cañas acompañan la entrada y la salida en escena de los actores, también lo hacen en todas las partes importantes de la obra, con golpes de diferente intensidad), la proa de *Rychi Kitai!*[91], con el agua situada al frente del escenario, y varias otras cosas. Me hicieron firmar un registro de visitas. A Asja le disgustó el tiroteo del último acto. Durante el primer intervalo, cuando estábamos buscando a Meyerhold (al que no encontramos hasta el final de este), yo me adelanté un poco al subir las escaleras. Entonces sentí en el cuello la mano de Asja. La solapa de mi saco se había dado vuelta y ella me la estaba colocando en su lugar. Al sentir aquel contacto, me di cuenta del tiempo que había estado yo sin sentir el roce amable de una mano. A las once y media estábamos nuevamente en la calle. Asja me reprochó no haber nada; dijo que si lo hubiera hecho, ella habría venido a casa a festejar la noche de Año Nuevo conmigo. Propuse ir a un café, pero no accedió. Ni tampoco aceptó la posibilidad de que tal vez Reich hubiera comprado comida. La acompañé a casa, triste y taciturno. Esa noche la nieve brillaba como las estrellas (en algún momento de la noche vi cristales de nieve sobre el abrigo de Asja, algo muy poco probable en Alemania). Al llegar a la puerta de su casa le pedí, más por despecho y para tantearla que por un sentimiento real, que me diera un último beso antes de acabar el año. Pero no me lo dio. Me di vuelta, ya casi era Año Nuevo, y me fui solo, sí, pero no tan triste. Después de todo, sabía que Asja también estaba sola. Al llegar al hotel escuché que una campana empezaba a sonar. Me detuve un momento a escucharla. Reich estaba decepcionado al abrirme la puerta. Había comprado muchas cosas: oporto, halva, salmón y salchichas. Ahora me sentía mucho más disgustado ante el hecho

de que Asja no volviera conmigo a casa. Pero rápidamente una animada conversación nos hizo pasar el rato. Y mientras yacía en la cama, seguí comiendo en cantidad y bebiendo unos buenos tragos de oporto, tanto que, al final, ya sólo pude mantener la conversación de una manera mecánica y no con poco esfuerzo.

## 1 de enero

En las calles venden ramos de Año Nuevo. Pasando por la Plaza Strasnoi vi a alguien que en sus manos llevaba unas varas muy largas con pimpollos de papel (verdes, blancas, azules y rojas), pegadas en la punta; cada rama era de un color diferente. Me gustaría escribir sobre las «flores» de Moscú, refiriéndome no sólo a las heroicas rosas de Navidad, sino también a las inmensas malvas reales de las tulipas de las lámparas que los vendedores transportan con mucho orgullo por la ciudad. También hay tartas con forma de cornucopias de las que salen bombones y pralinés envueltos en papel de diversos colores. Tortas en forma de lira. El «repostero» típico de la antigua literatura infantil parece haber sobrevivido sólo en Móscú, pues en ningún otro lugar se encuentran imágenes hechas exclusivamente de azúcar hilada, conos de caramelo con los que la lengua se toma revancha del horrible frío. También habría que mencionar a la escarcha como fuente de inspiración; los pañuelos de las campesinas, con sus diseños tejidos con lana azul, reproducen las rosetas de hielo de las ventanas. El inventario de las calles es inagotable. A través de los anteojos de las ópticas divisé cómo de repente el cielo se tiñe de color meridional al anochecer. Y los anchos trineos, divididos en tres casilleros para los maníes, las avellanas y las *semechki* (semillas de girasol que, por un decreto del

Soviet, ya no se pueden vender en lugares públicos). Luego vi a un hombre que vendía patinetas para muñecas. Y por último, los cestos de basura de aluminio: está prohibido tirar nada a la calle. Algo más acerca de los carteles de los negocios: hay algunos escritos en alfabeto romano: *café, tailleur*. Todas las cervecerías indican lo mismo: *Pivnaya*, pintado sobre un fondo en el que un verde descolorido en el borde superior se desvanece paulatinamente en un amarillo sucio. Muchos de los carteles de los negocios dan hacia la calle en ángulo recto. Permanecí en la cama durante buena parte de la mañana de Año Nuevo. Reich no se levantó tarde. Debimos haber hablado por más de dos horas, pero ya no recuerdo de qué. Salimos hacia el mediodía. Al encontrar cerrada la pequeña taberna en la que solemos comer los días festivos, fuimos al hotel Liverpool. Ese día hacía muchísimo frío, a punto tal que me costaba desplazarme. Conseguí un buen lugar en la mesa, en la esquina, donde tenía a mi derecha una ventana que daba a un patio cubierto de nieve. Ya he logrado no echar de menos la bebida en la mesa. Pedimos el menú corto. Lástima que lo sirviesen tan rápido, pues me hubiera gustado quedarme un rato más sentado en aquel lugar recubierto de madera y con pocas mesas. En el establecimiento no había ni una sola mujer, hecho que encontré bastante tranquilizador. Descubro cómo esa gran necesidad de calma que ahora me invade al librarme de la agonizante dependencia de Asja encuentra fuentes donde saciarse en todas partes. Y por supuesto, comida y bebida por sobre todas las cosas. Incluso la idea de mi largo viaje de regreso ha adquirido un efecto tranquilizador en mí (siempre y cuando no empiece a preocuparme por las cosas de casa, como me ha ocurrido durante los últimos días), como también lo hacen la idea de leer una novela policial (algo que ya casi no hago, pero que tengo en mente) y la partida diaria de dominó en el sanatorio, que de vez en cuando me ayuda a eliminar la tensión que siento cuando estoy frente a Asja. Partida que hoy, que yo recuerde, no sucedió. Le pedí a Reich que me comprara unas mandarinas que le quería llevar a Asja. No tanto porque me las hubiera pedido la noche

anterior (en aquel momento, incluso me había negado) sino por tener una excusa que me permitiera tomar un poco de aire en medio de nuestra apresurada marcha a través del frío. Pero Asja tomó la bolsa (sobre la que, sin decírselo, yo había escrito «Feliz Año Nuevo») a regañadientes (y sin fijarse en la inscripción). Por la noche, en casa, escribiendo y hablando. Reich comenzó a leer el libro sobre el Barroco.

## 2 de enero

Tuve un desayuno más que abundante. Dado que no íbamos a almorzar, Reich había comprado varias cosas para comer. A la una estaba pautada la presentación a la prensa, en el Teatro de la Revolución, de la obra de Illés, *Atentado*. Dejándose llevar por error por la avidez sensacionalista del público, le habían agregado el subtítulo «*Compre un revólver*»[92], estropeando así, desde el principio, el giro del final, cuando un terrorista de la Guardia Blanca que es descubierto por los comunistas cuando está a punto de perpetrar su atentado, intenta al menos encajarles su revólver. La obra tiene una escena muy efectista al estilo del Grand Guignol y, también tiene grandes ambiciones político-teóricas, ya que intenta describir la desesperanza en la que se halla sumida la pequeña burguesía. Pero ningunas de estas intenciones se veían plasmadas sobre el escenario, la obra carecía de principios, se percibía insegura y estaba repleta de pequeños guiños al público. La producción incluso tiró por la borda las cartas ganadoras que le aseguraba el sugestivo entorno en el que se desarrollaba: un campo de concentración, un café y un cuartel en la decadente, sucia y desolada Austria de 1919. Nunca había visto un espacio escénico

cuya disposición fuese tan inconsistente: las entradas y salidas perdían inevitablemente todo su efecto. Se podía ver claramente en qué se convierte el escenario de Meyerhold cuando trata de hacerse cargo de él un director incompetente. Las entradas se habían agotado. En esta ocasión se podía ver, incluso, algo parecido a vestidos de gala. Hicieron salir a Illés al escenario. Hacía mucho frío. Yo llevaba puesto el abrigo de Reich, debido a que, por razones de prestigio, él quería dar una impresión respetable en el teatro. En el intervalo nos presentaron a Gorodetsky[93] y a su hija. Por la tarde, en la habitación de Asja, me vi envuelto en una interminable discusión política en la que también participó Reich. El ucraniano y la compañera de habitación de Asja formaban causa común contra ésta y Reich. El asunto fue, una vez más, la oposición interna del Partido. Pero en aquella discusión no fue posible llegar a entendimiento alguno; mucho menos a un acuerdo; los otros no se mostraron nada comprensivos con la opinión de Asja y de Reich respecto a la pérdida de prestigio que supondría la salida del Partido por parte de los opositores. No fue hasta que me bajé a fumar un cigarrillo con Reich que logré enterarme de qué trataba realmente toda la discusión. La conversación de cinco personas hablando en ruso (también estaba una amiga de la compañera de habitación de Asja), de la cual estaba excluido, me había vuelto a deprimir y a agotar. Estaba decidido a marcharme si continuaba. Pero cuando volvimos a subir se decidió que jugaríamos al dominó. Reich y yo jugamos contra Asja y el ucraniano. Era el domingo siguiente a Año Nuevo. Estaba de guardia la enfermera «buena», por lo que nos quedamos hasta después de la cena y jugamos varias partidas muy reñidas. Me sentía muy bien en ese momento; el ucraniano había dicho que yo le caía muy bien. Cuando finalmente nos marchamos, paramos en la confitería para tomar algo caliente. Una vez en casa seguimos hablando largo rato acerca de mi situación de escritor independiente, al margen de cualquier partido o profesión. Lo que Reich me dijo era cierto; yo le hubiera respondido lo mismo a

cualquiera que hubiese adherido a la postura que yo había tomado. Y se lo manifesté abiertamente.

## 3 de enero

Salimos temprano de casa para ir a la fábrica donde trabaja la casera de Reich. Había mucho que ver; nos quedamos allí unas dos horas. Comenzaré con el rincón de Lenin. Una salón pintado con cal blanca, con la pared del fondo en rojo y, colgando del techo, una borla roja con flecos dorados. A la izquierda, sobre este fondo rojo, está el busto de yeso de Lenin: tan blanco como la cal de las paredes. Una correa de transmisión se introduce en esta primera sala, proveniente de la sala contigua, en la cual se fabrica el espumillón. Los engranajes y las correas de cuero se deslizan por un agujero hecho en la pared. En las paredes hay carteles propagandísticos y retratos de revolucionarios famosos, o estenografías que resumen la historia del proletariado ruso. Al período comprendido entre 1905 y 1907 se lo representa al estilo de una gigantesca tarjeta postal, en la que se muestran, superpuestas, las luchas en las barricadas, las celdas de las cárceles, la revuelta de los ferroviarios y el «Domingo negro» frente al Palacio de Invierno. Muchos de los carteles condenan el alcoholismo. El mural de novedades también se ocupa de este tema. Este mural debería actualizar mes a mes, según lo programado, pero en realidad su periodicidad es algo más amplia. En general, su estilo se asemeja a las coloreadas revistas de cómics para chicos: con imágenes y texto en prosa que se mezclan con un poco de poesía, todo distribuido de una forma muy variada. Pero, por sobre todas las cosas, el mural de novedades sirve para informar sobre los sucesos diarios de la gente

que confluye en esta fábrica. De ahí que, además de registrar satíricamente diferentes sucesos escandalosos, presente también estadísticas ilustradas del progreso educacional que tuvo lugar en el último tiempo. Otros carteles en la pared tratan el tema higiene: aconsejan la utilización de gasas contra las moscas y señalan las ventajas del consumo de leche. En la fábrica trabajan (en tres turnos) cerca de 150 personas. Los principales productos son cintas elásticas, carreteles de hilo de coser, cordones, cuerdas plateadas y adornos navideños. Es la única fábrica de Moscú de tales características. Pero su estructura no es tanto el resultado de una organización «vertical» sino más bien evidencia de los niveles primitivos en lo que se refiere a especialización industrial. Separados por unos pocos metros, y en una misma sala, uno puede observar aquí un mismo proceso de trabajo realizado mecánica y manualmente. A la derecha, una máquina enrolla hilos larguísimos en pequeños carreteles, a la izquierda, la mano de una obrera hace girar una gran rueda de madera: dos formas distintas de realizar la misma tarea. Entre los obreros son mayoría las mujeres campesinas, y muy pocas son miembros del Partido. No llevan uniforme ni delantales de trabajo, y están sentadas en sus lugares como si estuviesen realizando algún trabajo doméstico. De un modo casi maternal, con la cabeza inclinada y el pelo recogido por un pañuelo de lana, se encuentran plácidamente enfrascadas en sus tareas. Se hallan rodeadas de pósters que advierten sobre los horrores del trabajo mecánico. En ellos se ve a un obrero en el momento en que su brazo queda atrapado entre los dientes de un engranaje; otro con la rodilla atrapada entre dos pistones; un tercero que provoca un cortocircuito al presionar el interruptor equivocado por culpa de su estado de embriaguez. La fabricación de los adornos navideños más finos se hace en su totalidad de manera artesanal. En un taller con mucha luz hay tres mujeres. Una de ellas corta hilos plateados en tiras pequeñas, arma un paquete con ellas y las ata con un alambre que va devanando lentamente de un carretel. El alambre pasa por sus dientes como si estos tuviesen una ranura.

Luego dispone estos paquetes brillantes de manera tal que forman una estrella, y se los pasa a una compañera que le pega encima una mariposa, un pájaro o un Papá Noel de papel. En otro de los rincones de la sala se encuentra una mujer que fabrica, mediante un proceso similar, estrellas de espumillón, a razón de una por minuto. Al inclinarme para observarla mientras giraba la rueda, ella no puede contener la risa. En otro lugar se fabrican ribetes plateados, producto destinado a las regiones exóticas de Rusia; son utilizados para turbantes persas. (Escaleras abajo, la elaboración del espumillón: un hombre trabajando el alambre con piedra de afilar. Los trozos de alambre quedan reducidos a unas dos o tres centésimas partes de su espesor y luego se recubren con plata o con algún otro color metálico. Acto seguido, los transportan al piso superior del edificio, donde se secan a alta temperatura). Luego pasé por la bolsa de trabajo. Cerca del mediodía se instalan en la entrada puestos de comida en los que venden panqueques y rodajas de salchichas fritas. Desde la fábrica nos fuimos a ver a Gnedin[94]. Indudablemente, ya no tiene el mismo aspecto juvenil de hace dos años, cuando lo conocí aquella noche en la embajada rusa. Pero sigue siendo una persona inteligente y simpática. Fui sumamente cuidadoso al responder sus preguntas. No sólo porque la gente aquí suele ser muy susceptible ni porque Gnedin en particular es muy afecto a las ideas comunistas, sino porque la única forma de ser tomado en serio como interlocutor aquí es si uno evalúa con el peso de cada palabra con sumo cuidado. Gnedin es el encargado de la cancillería para Europa Central. Se dice que su notable carrera (ya ha rechazado oportunidades de mejoras), se encuentra relacionada con el hecho de ser hijo de P. Lo que más me elogió fue que yo destacara la imposibilidad de una comparación en detalle de las condiciones de vida rusas con las de Europa Occidental. Fui a la Petrovka a solicitar una extensión de seis semanas de mi permiso de estadía. Por la tarde, Reich quiso ir a ver a Asja sin mi compañía, por lo cual me quedé en casa; comí algo y escribí. Reich llegó cerca de las siete. Fuimos juntos al Teatro

Meyerhold, donde nos encontramos con Asja. El evento principal de la noche iba a ser el discurso que Reich, a pedido de Asja, pronunciaría durante el debate, al menos eso opinaban ambos. Pero la cosa resultó ser diferente. De cualquier modo, él esperó más de dos horas en el podio con el grupo de los otros participantes. Sentados en una larga mesa verde se encontraban Lunacharsky, Pelche, el director del departamento artístico del Glav-Polit-Prosvet como moderador, Mayakovsky, Andre Biely, Levidov y varios más[95]. En la primera fila de butacas, el propio Meyerhold. Asja salió en el descanso y yo la acompañé parte de su trayecto, ya que estando solo no podía comprender de qué estaban hablando. Cuando volví estaba hablando con gran fervor demagógico un orador de la oposición, quien, a pesar de que estaban en la sala la mayoría de los adversarios de Meyerhold, no logró ganarse al público. Y cuando finalmente intervino Meyerhold, fue acogido por una calurosa ovación. Para su propio infortunio, éste se dejó llevar enteramente por su temperamento locuaz, evidenciado en una impronta de rencor que repugnó a todos. Cuando finalmente acusó a uno de sus críticos de haberlo atacado únicamente por las diferencias que, como antiguo empleado suyo, había tenido con su jefe, el contacto con la audiencia desapareció por completo. Cuando recurrió a sus archivos para intentar justificar algunos de los aspectos criticados de su producción, era demasiado tarde. Ya eran muchos los que se habían marchado durante su discurso, y el propio Reich comprendió que ahora sería ya imposible intervenir, por lo que se vino a mi lado antes de que Meyerhold finalizara. Una vez que lo hizo, los aplausos fueron mínimos. Ya que no había mucho más por ver, ni nada nuevo, decidimos irnos en lugar de esperar la continuación del debate.



Tumba de Lenin, en las afueras del Kremlin.

## 4 de enero

Mi cita con Kogan tenía fecha de hoy. Pero Nieman me llamó por la mañana para decirme que tenía que ir al Instituto a la una y media, ya que organizaban una visita al Kremlin. La mañana la pasé en casa. En el Instituto nos juntamos cinco o seis personas; al parecer, todos ingleses menos yo. Fuimos al Kremlin a pie, guiados por un señor más bien desagradable. El paso era acelerado y me costó muchísimo seguirles el ritmo; al final, el grupo tuvo que esperarme a la entrada del Kremlin. Lo primero que llama la atención dentro del recinto es el aspecto excesivamente cuidado de los edificios del Gobierno. Para mí es sólo comparable a la impresión que producen esas construcciones símiles a los libros de cuentos que se dejan ver en el Principado de Mónaco, donde el privilegio de los residentes pasa por la cercanía de sus casas con la de sus gobernantes. Se le asemeja hasta en los colores claros que ilustran sus fachadas, pintadas de blanco o de amarillo crema. Pero mientras allí todo se ve implicado en un juego de luces y de sombras, lo que aquí domina es la claridad uniforme de un campo de nieve en el que la composición de colores es indiferente. Más tarde, cuando la luz comenzó a menguar, este campo pareció ensancharse todavía más. Apenas pasando las ventanas brillantes de los edificios administrativos, las torres y las cúpulas se alzan al cielo de la noche como monumentos derrotados que hacen guardia ante las puertas de los vencedores. La oscuridad se ve atravesada por los haces de luz de los faros de los coches. Esta luz espanta a los caballos de los soldados de caballería, que tienen en el Kremlin un gran campo de entrenamiento. Los peatones han de abrirse paso

con esfuerzo por entre los coches y los caballos. Hay largas hileras de trineos retirando la nieve; también algún que otro jinete. Sobre la nieve se han posado silenciosas bandadas de cuervos. Los guardias custodian las puertas del Kremlin en medio de esa luz cegadora, ataviados con sus osadas pieles de color ocre. Sobre ellos destaca la luz roja que regula el tráfico de la entrada. Todos los colores de Moscú convergen como un prisma hacia aquí, centro del poder ruso. El club de los soldados del Ejercito Rojo da a este campo. Entramos en él antes de abandonar el Kremlin. Sus salas son limpias y claras, y parecen más sencillas y austeras que las de otros clubes. En la sala de lectura hay muchas mesas de ajedrez. Gracias a Lenin, quien también lo practicaba, el ajedrez fue fomentado de manera oficial en Rusia. En la pared hay un mapa-relieve de Europa, con un contorno esquematizado de manera simplista. Al girar una manivela que hay junto a él, van iluminándose, uno tras otro, y por orden cronológico, los lugares de Rusia y del resto del continente en los que vivió Lenin. Pero el aparato estaba estropeado y siempre se iluminaban varios lugares a la vez. El club tiene una biblioteca en la que se pueden sacar libros a préstamo. Me maravilló un anuncio en el que se explicaba con palabras y con bonitos dibujos de colores de cuántas maneras se puede evitar que un libro se deteriore. La visita estuvo mal organizada. Cuándo llegamos al Kremlin, ya eran cerca de las dos y media, y al entrar por fin en las iglesias, después de haber visitado la Oruscheinaya Palata[96], la oscuridad en su interior era tal que ya no se podía distinguir nada. Aunque debido a que sus diminutas ventanas están tan altas, de cualquier modo se necesita de iluminación interior adicional. Visitamos dos catedrales: la del Arcángel y la de Uspensky. Esta última es el templo donde se coronaba a los zares. El poder de estos debió de estar representado en su máxima expresión en sus numerosas aunque pequeñísimas salas. La tensión que esto daría a las ceremonias es algo difícil de imaginar hoy en día. Aquí, en las iglesias, el tedioso guía se retiró, y unos viejos y simpáticos custodios fueron iluminando lentamente las paredes con velas. Lamentablemente, no había mucho para ver. La

gran cantidad de imágenes, todas ellas a simple vista idénticas, tampoco le dicen nada a quien no es ducho en esto. De cualquier modo, la claridad aún bastaba para ver el exterior de las maravillosas iglesias. Recuerdo, en particular, una galería vecina al Gran Palacio del Kremlin, cubierta en un gran número por los colores brillantes de las pequeñas cúpulas; creo que en ella se encontraban los aposentos de las princesas. En otro tiempo, el Kremlin fue un bosque: el nombre de la más antigua de sus capillas es «Iglesia del Redentor del Bosque»[97]. Más tarde se convirtió en un bosque de iglesias y, pese a que los últimos zares talaron para hacer sitio a nuevas construcciones desprovistas de interés, aún quedó más que suficiente lugar para crear un laberinto de iglesias. También aquí hay numerosas imágenes de santos que montan guardia en las fachadas, desde las cornisas más elevadas, mirando hacia abajo como pájaros que encontraron refugio bajo el tejado. Sus cabezas, inclinadas como retortas químicas, expresan congoja. Desgraciadamente, la mayor parte de la tarde se dedicó a las grandes colecciones de la Oruscheinaya Palata. Su esplendor es deslumbrante, pero sólo sirven para distraer, cuando lo que uno desearía es concentrar todas sus energías en la magnífica topografía y en la arquitectura misma del Kremlin. Es fácil que permanezca inadvertida una de las causas fundamentales de su belleza: no hay un solo monumento en toda su extensión. En Europa, en cambio, apenas existe plaza alguna que no haya sido profanada y vulnerada en su estructura más íntima, a lo largo del siglo XIX, con algún monumento. De las colecciones me llamó especialmente la atención un carruaje, regalo que el príncipe Rasumofsky[98] le había hecho a una de las hijas de Pedro el Grande. Su ampulosa y ondulante ornamentación podría marear al cualquiera sin necesidad de moverse, antes siquiera de imaginarse su balanceo por carretera, y si uno se entera además de que fue enviada desde Francia por mar, el malestar ya es completo. Toda esta riqueza se adquirió de una forma que ya no tiene futuro: no sólo ha muerto su estilo, sino también la manera misma de adquirirla.

Deben de haber sido un peso para sus últimos propietarios y es bien imaginable que la sensación de disponer de todo ello pudiera volverlos casi locos. Pero ahora, en la entrada a estas colecciones se ha colgado un retrato de Lenin de la misma manera que unos paganos conversos habrían podido colocar una cruz en el lugar donde antes se ofrecían sacrificios a los dioses. El resto del día fue bastante desafortunado. Ya no quedaba tiempo para comer, eran cerca de las cuatro cuando salí del Kremlin. A pesar de ello, cuando fui a ver a Asja, todavía no había vuelto de la modista. Sólo estaban Reich y la siempre presente compañera de habitación de Asja. Pero Reich no podía esperar más, y poco después apareció Asja. Desgraciadamente, la conversación fue a parar luego al libro sobre el Barroco, y ella hizo los comentarios de siempre. Después le leí un poco de *Calle de sentido único*. Por la noche nos habían invitado a casa de Gorodinsky (¿?). Pero, al igual que en casa de Granovsky, también aquí nos perdimos la cena. Pues antes de salir vino Asja para cruzar algunas palabras más Reich, y cuando llegamos al lugar en cuestión, con una hora de retraso, sólo encontramos a la hija. Esa noche fue imposible hacer algo con Reich. Anduvimos vagando por un rato en busca de un restaurante en el que yo pudiera comer algo, pero primero caímos en un establecimiento sumamente primitivo, con tabiques de madera áspera, y al final terminamos entrando en una desagradable *pivnaya* cerca de la Lubianka, donde nos sirvieron una comida muy mala. Luego, media hora en casa de Illés (él no estaba pero su mujer nos contentó con un té excelente), y luego de regreso a casa. Me habría gustado ir al cine con Reich a ver la *La sexta parte del mundo*, pero se encontraba muy cansado.



Imágenes del mercado del parque Sukharev.

## 5 de enero

Moscú es la más silenciosa de todas las grandes ciudades y cuando está nevada, la sensación se duplica. El instrumento principal de las orquestas callejeras, la bocina de los coches, es poco común que se escuche por aquí; los automóviles son pocos. Asimismo, comparado con otros centros, hay muy pocos periódicos; de hecho, sólo un tabloide, que es el único vespertino y que está en la calle a diario cerca de las tres. Por último, los gritos de los vendedores ambulantes son aquí bastante apagados. La venta callejera es ilegal en su mayoría y por tal motivo trata de pasar inadvertida. Para dirigirse a los transeúntes los vendedores se sirven menos de gritos que de palabras medidas, casi susurradas, en las cuales subyace un residuo del tono suplicante de los mendigos. Sólo hay un grupo que pasa haciendo ruido por las

calles: el de los cirujas, con sus bolsas colgadas sobre sus espaldas; su llanto melancólico recorre todas las calles de Moscú una o varias veces por semana. Ocurre algo curioso con estas calles: la aldea rusa juega en ellas a las escondidas.

Cuando uno atraviesa cualquiera de los grandes portones —a menudo disponen de rejas forjadas en hierro, pero no me he topado ninguno que estuviera cerrado—, se encuentra en la entrada de un asentamiento poblado que ocupa tal extensión que parece como si el espacio de esta ciudad no costara nada. Se aparece así ante uno una estancia o una aldea. El suelo es desparejo; se ve a niños en trineo, quitando la nieve con palas; los rincones están llenos de cobertizos para la leña, las herramientas o el carbón; los árboles crecen por todas partes; las casas, que de frente lucen un estilo muy urbano, adquieren cierto aire de casa de campo gracias a las escaleras u otras construcciones primitivas hechas de madera adosadas a sus lados laterales o a la parte trasera. De este modo, la calle se prolonga en una dimensión paisajística De hecho, no hay lugar de Moscú que se parezca a la ciudad que es, sino, más bien, a su periferia. El suelo húmedo, los puestos de madera, los transportes de materias primas, el ganado camino al matadero y los viejos antros son figuras que se repiten a lo largo de los lugares más céntricos de la ciudad. Esto es algo que vi con claridad hoy mientras recorría la Sukharevskaya. Quería ver el famoso Parque Sukharev que, con sus más de cien puestos, es descendiente de una antigua feria muy importante. Entré en él desde el barrio de los chatarreros, ubicado justo al lado de la iglesia (la catedral de San Nicolás) cuyas cúpulas azules se alzan por encima del mercado. Aquí, la gente se limita a dejar su mercancía sobre la nieve.

Hay cerraduras viejas, cintas métricas, herramientas de mano, utensilios de cocina, artefactos eléctricos y muchas cosas más. En el mismo lugar se realizan también reparaciones; vi cómo soldaban algo con un soplete. No hay asientos por ninguna parte; todo el mundo está parado, ya sea contándose chismes o comerciando. El mercado baja hasta la Sukharevskaya. Al avanzar por los

numerosos pasillos que forman los puestos, vi con claridad cómo la disposición interna del mercado es fiel réplica de gran parte de las calles de Moscú. Hay distritos de relojeros y de venta de ropa, centros de artefactos eléctricos y de partes de máquinas, y luego tramos de calle donde no se encuentra ni un solo puesto. Aquí, en el mercado, la función arquitectónica de la mercadería se percibe con facilidad: los pañuelos y las telas forman columnas; los zapatos y las *valenki* cuelgan sobre los mostradores y, sujetados por sus cordones, forman el techo de los puestos; enormes acordeones crean paredes de sonido, como si se tratara de las murallas de Memnón. Fue aquí, en la zona de los bazares de juguetes, donde finalmente encontré un samovar para el árbol de Navidad. Fue aquí también la primera vez que vi en Moscú puestos vendiendo imágenes de santos. Están en su mayoría cubiertas por aluminio, selladas por los pliegues del manto de la Virgen, como marca el estilo tradicional. Las únicas superficies coloridas son la cabeza y las manos. También hay cajitas de cristal en las que se puede ver la cabeza de San José (¿?) decorada con brillantes flores de papel. Aparecen estas mismas flores, formando grandes ramos, a cielo abierto. La nieve las hace brillar mucho más que a las mantas de colores o a la carne cruda.

Pero, dado que esta rama de negocios pertenece al comercio del papel y de las pinturas, los puestos de venta de imágenes de santos se encuentran situados junto a los puestos de papelería, por lo que siempre aparecen secundados por retratos de Lenin, casi como prisioneros escoltados por sus guardias. Rosas navideñas también por aquí. Al no tener un lugar propio, pueden aparecer rodeadas de productos comestibles, de vajilla o de elementos textiles. Pero ellas lo eclipsan todo: ya sea carne cruda, mantas de colores o platos relucientes. Al llegar a la Sukharevskaya, el mercado se angosta hasta quedar reducido a un pasillo angosto entre paredes. Allí hay niños que venden artículos para el consumo hogareño, cosas como cubiertos, toallas, etc.; vi a dos de ellos de pie, cantando junto al muro. En ese lugar me crucé por primera vez desde Nápoles a

alguien que vendía objetos para hacer trucos de magia. Tenía frente a sí una botellita en cuyo interior se hallaba sentado un mono de trapo bien grande. No se entendía cómo había podido meterlo allí. En realidad, sólo había que introducir en la botella un animalito de trapo como los que vendía aquel hombre, y el agua lo haría crecer. Un napolitano solía vender ramos de flores del mismo tipo. Caminé un rato por la Sadovaya, y luego, cerca de las doce y media, fui a ver a Basseches. Tenía mucho por decir, algunas cosas ciertamente instructivas, pero sus constantes repeticiones y las sugerencias irrelevantes lo único que hacen es resaltar su afán de reconocimiento. Pero no deja de ser alguien amable y la información que comparte conmigo me es de enorme utilidad, como también lo son revistas alemanas que me presta y su ofrecimiento de proporcionarme una secretaria. Por la tarde no fui de inmediato a ver a Asja: Reich quería hablar con ella a solas y me pidió que fuera recién a las cinco y media. En los últimos tiempos, apenas si pude intercambiar alguna palabra con Asja. En primer lugar, porque su estado de salud había vuelto empeorar considerablemente. Está con fiebre. Aunque esa circunstancia tal vez la hubiera podido predisponer a una charla tranquila, si no fuese porque además de la discreta compañía de Reich contamos también con la presencia paralizadora de su compañera de habitación que, además de hablar con voz muy fuerte y acalorada y de dominar todas las conversaciones, como si fuera poco, entiende tanto alemán que absorbe toda la energía que pudiera quedarme. En uno de los pocos momentos en que nos quedamos a solas, Asja me preguntó si alguna vez regresaría a Rusia. Yo le dije que no lo haría sin conocimientos de ruso. E incluso dependía también de algunas otras cosas: de la plata, de mi estado de salud, de sus cartas. Éstas dependerían —dijo ella, evasiva, aunque bien sé cuán evasiva puede ser con gran frecuencia— a su vez, de cómo se encontrase ella. Me fui y regresé con las mandarinas y el halva que me había pedido, y que le entregué abajo a la enfermera. Reich me solicitó la habitación para pasar la noche trabajando con su traductora. No

pude decidirme a ir solo a ver *Den'i Noch'*[99], de Tairov Fui a ver *La sexta parte del mundo* (en el cine del Arbat), pero hubo muchas partes que se me escaparon.

## 6 de enero

La tarde anterior le había enviado un telegrama a Dora para felicitarla por su cumpleaños. Luego subí por la Myasnitskaya hasta llegar a la Puerta Roja, donde a continuación doblé por una de las amplias calles laterales que allí nacen. Durante este paseo, cuando ya había anochecido, descubrí el paisaje que forman los patios de Moscú. Hacía un mes que estaba en Moscú. El día transcurrió sin sucesos dignos de mención. Mientras desayunábamos en la confitería, lugar que muy probablemente recordaré a menudo, Reich me dio su análisis del contenido de la cartelera de cine que le había llevado la noche anterior. Luego fui a dictar a casa de Basseches. Puso a mi disposición a una mecanógrafa bonita y simpática, y muy competente. Pero cuyos honorarios son de tres rublos la hora. Todavía ignoro si podré afrontar ese gasto o no. Después del dictado, Basseches me acompañó al Dom Herzena. Comimos los tres juntos. Ni bien terminó de comer, Reich se fue a ver a Asja. Yo me quedé un rato con Basseches, e incluso conseguí convencerlo para que fuéramos a ver *Shtorm*[100] la noche siguiente. Finalmente me terminó acompañando hasta el sanatorio. El panorama que me encontré al subir era desolador. Todo el mundo se abalanzó sobre las revistas alemanas que yo tuve la imprudencia de llevar hasta allí. Por último, Asja fue clara con sus intenciones de ir a la modista, y Reich anunció que la acompañaría. Yo le dije «adiós» a Asja a través de la puerta y me eché a rodar hacia casa. Mi esperanza de

verla aparecer a la noche en mi habitación no tuvo su eco en la realidad.

## 7 de enero

El capitalismo de Estado ha conservado en Rusia muchos de los rasgos de la etapa inflacionaria. Sobre todo, la inseguridad jurídica en asuntos domésticos. Por un lado, se autorizó la NEP; por otro, sólo tiene validez cuando hay interés estatal de por medio. Cualquier «hombre-NEP» puede convertirse, de un día para el otro, en víctima de un cambio radical de la política económica e, incluso, del capricho propagandístico de turno. No obstante, en algunas manos se acumulan, visto desde la óptica rusa, increíbles fortunas. He oído hablar de gente que tiene que pagar más de tres millones de rublos de impuestos. Estos ciudadanos son la contraparte del heroísmo del comunismo de guerra, el suyo es un heroísmo de «hombres-Nep». En la mayoría de los casos se ven abocados a seguir estos derroteros con total independencia de sus propios planes. Pues la característica distintiva de la época de la NEP en lo que se refiere al comercio interior es justamente la limitación de la inversión estatal a los artículos de estricta necesidad. Esto da lugar a una coyuntura muy favorable para el desarrollo de los negocios del «hombre-Nep». Otro de los rasgos de la era inflacionaria son también los vales, el único medio para adquirir muchos productos en los almacenes estatales; de ahí el origen de las largas colas que se forman. La moneda es estable pero el papel sigue ocupando un espacio muy importante en la vida económica, dado que los precios de muchos de estos productos aparecen en la forma de estos vales. Incluso la actitud indiferente para con la vestimenta es algo que

sucedió en Europa Occidental sólo bajo el signo de la inflación. Hay que reconocer que la convención que indica que no importa cómo uno se viste comienza a darse vuelta. Lo que alguna vez fue uniforme de la clase dominante, amenaza con convertirse en el símbolo de los más débiles. En los teatros, los primeros vestidos de gala comienzan a asomar tímidamente, como la paloma de Noé después del diluvio. Pero el aspecto de la gente aún permanece bastante homogéneo, de aspecto proletario. Al parecer, ha desaparecido por completo la costumbre europea occidental de cubrirse la cabeza, ya no se ven sombreros rígidos ni flexibles. Lo que predomina son los gorros rusos de piel o las gorras deportivas, utilizadas también por algunas jóvenes en variantes tan atractivas como provocativas (con unas viseras muy grandes). En general, la gente no suele sacárselos en público. Ni se ve tan a menudo como antes el saludo formal levantando el sombrero. En cuanto al resto de la indumentaria, predomina ya la variedad oriental. Tanto en hombres como en mujeres se observa una mezcolanza de camisetas de piel, camperas de cuero y de terciopelo, elegancia cosmopolita y trajes aldeanos. De vez en cuando, como ocurre también en otras grandes ciudades, aparece alguna mujer vistiendo el traje nacional campesino. Este día me quedé la mayor parte de la mañana en casa. Luego fui a ver a Kogan, el presidente de la Academia. No me sorprendió su comportamiento incoherente; todo el mundo me había advertido de ello. Fui al Kameneva a buscar entradas para el teatro. Durante la interminable espera me dediqué a hojear un libro sobre los pósters de la Revolución Rusa, con numerosas y excelentes ilustraciones, algunas en color. Me llamó la atención el hecho de que por muy efectivos que resulten estos pósters, no hay nada en ellos que no pueda extrapolarse fácilmente de los elementos estilísticos del arte decorativo burgués y no precisamente de uno muy elaborado. No encontré a Reich en el Dom Herzena. Fui a lo de Asja y estuve a solas con ella al principio. O estaba muy decaída, o sólo lo fingía para evitar tener una conversación conmigo. Luego apareció Reich. Yo me marché para

arreglar con Basseches nuestra salida al teatro y al no poder localizarlo por teléfono tuve que ir a su casa. Pasé toda la tarde con dolor de cabeza. Después fuimos con su novia, una cantante de opereta, a ver *Shtorm*. La novia parecía muy tímida y, además, no se encontraba bien, por lo que volvió a su casa una vez finalizada la obra. *Shtorm* expone situaciones del comunismo de guerra agrupadas en torno a una epidemia de tifus desatada en el campo. Basseches tuvo la atención de traducirme todo y la interpretación fue mejor de lo habitual, de modo que le saqué un gran provecho a la velada. La obra carece de trama, algo que, según palabras de Reich, sucede con todas las obras rusas. A mi parecer, tenía el interés informativo de una buena crónica; interés que, sin embargo, no es de índole dramático. Hacia la medianoche fui a cenar con Basseches al *kruzhok*[101] de la Tverskaya. Pero como era día de celebración navideña según el antiguo calendario, el club no estaba demasiado animado. La comida fue excelente. El vodka estaba saborizado con una esencia de hierbas aromáticas que le daba un color amarillo y lo hacía mucho más fácil de beber. Conversamos sobre el proyecto de escribir un informe sobre arte y cultura franceses para que sea publicado en los periódicos rusos.

## 8 de enero

Por la mañana fui a cambiar plata y luego a dictar. La reseña sobre el debate en el Teatro Meyerhold creo que me salió más o menos bien; en cambio no logré avanzar con mi informe sobre Moscú para el Diario. Por la mañana temprano había discutido con Reich por haber ido al Dom Herzena con Basseches (algo que había hecho casi sin pensar). Me volvió a aleccionar sobre lo cuidadoso

que hay que ser por aquí. Este es uno de los síntomas más evidentes de la fuerte politización de la vida. Fue un alivio no encontrarme a Basseches en la embajada cuando fui a dictar, él todavía estaba en la cama. Para no tener que ir al Dom Herzena, me compré caviar y jamón y comí en casa. Cuando llegué a lo de Asja, cerca de las cuatro y media, Reich todavía no había llegado, lo haría recién una hora más tarde. Al llegar me contó que de camino al sanatorio había sufrido otro ataque cardíaco. La salud de Asja había empeorado y estaba tan perdida que apenas si se percató de la tardía llegada de Reich. Luego volvió a levantar temperatura. Su compañera de habitación, a quien a esta altura encuentro insoportable, estuvo presente durante todo el rato y también tuvo una visita. A decir verdad, ella es una persona amigable, lo único que me molesta es que esté todo el tiempo encima de Asja. Le estuve leyendo a Asja el esbozo del Diario, sobre el cual hizo algunas observaciones muy acertadas. A lo largo de la conversación se dejó entrever cierto tono amable. Luego estuvimos jugando al dominó en su habitación. Llegó Reich y seguimos jugando los cuatro. Reich tenía reunión por la noche. Hacia las siete tomamos un café en la confitería de siempre, luego me fui a casa. Cada vez veo con más claridad cuan necesario será armar una sólida estructura para mis futuros trabajos. La traducción está obviamente exenta de esa posibilidad. La construcción de esa solidez depende ante todo de una toma de postura. Lo único que me detiene a la hora de afiliarme al Partido Comunista Alemán son las opiniones ajenas. Parece ser éste el momento indicado y tal vez sea peligroso dejarlo pasar. Precisamente, el hecho de que mi pertenencia al Partido sea, posiblemente, apenas un simple episodio hace que no sea aconsejable seguir posponiéndolo. Sobrevuelan por todos lados las opiniones externas que me obligan a preguntarme si no podría yo consolidar, tanto en la práctico como en lo económico, mediante un trabajo exhaustivo, una posición de izquierdista por fuera del partido que me siguiera garantizando la posibilidad de una producción más amplia dentro del que hasta ahora ha sido mi

ámbito de trabajo. La cuestión es si esta producción puede avanzar a un nuevo estadio sin provocar una ruptura. Y si así sucediera, la «estructura» debería estar avalada por una coyuntura externa que la sustente, como por ejemplo un empleo editorial. Sea como fuere, la etapa venidera parece diferenciarse de las anteriores en que empieza a estar menos condicionada por lo erótico. Observar la relación de Reich y Asja me ayudó a tomar conciencia de todo esto. Me doy cuenta de que Reich se muestra más firme frente a la inestabilidad de Asja y rara vez se altera (o al menos eso parece) ante ciertos comportamientos suyos que a mí me enfermarían. Incluso si su tranquilidad fuese sólo aparente, sería mucho decir. Todo esto se lo debe a la «estructura» que encontró aquí para su trabajo. A los contactos reales pertenecientes a su ámbito laboral se suma el hecho de que aquí él forma parte de la clase dominante. Esa transformación total de la estructura del poder es, en definitiva, lo que hace que la vida aquí sea tan extraordinariamente rica en contenido. Está tan aislada, tan llena de acontecimientos, tan empobrecida y, al mismo tiempo, tan llena de posibilidades como la vida de los buscadores de oro de Klondike. La búsqueda del poder está presente desde la primera hora del día hasta la última de la noche. Todas las posibilidades combinatorias en la existencia de los intelectuales de Europa Occidental son extremadamente pobres comparadas con las innumerables constelaciones con que se encuentra aquí un solo individuo a lo largo de un mes. Hay que reconocer que esto puede derivar en una especie de estado de embriaguez que hace que sea imposible concebir una vida sin reuniones y comités, debates, resoluciones y votaciones (todas estas son pequeñas guerras o, por lo menos, maniobras de la ambición del poder). Pero es este el objetivo preciso[102] que insta de manera tan categórica a tomar postura, que plantea el dilema de saber hasta qué punto se está dispuesto a permanecer en el papel de espectador — tan hostil y tan expuesto, tan incómodo e indefenso— o bien a aceptar un papel protagónico sobre el caldeado escenario.

## 9 de enero

Sigo considerando mi ingreso en el Partido. Entre las ventajas innegables se encuentran una posición estable y algún probable cargo. La garantía de un contacto organizado con otras personas. Entre las probables desventajas, se puede decir que ser comunista en un estado bajo el dominio del proletariado supone renunciar completamente a la independencia personal. Uno delega en el Partido la responsabilidad de organizar su propia vida, por decirlo de algún modo. Pero en países donde se oprime al proletariado, eso significa ponerse del lado de los oprimidos, con todo lo que eso implica a corto o largo plazo. La posición vanguardista sería tentadora de no ser por la existencia de algunos camaradas cuyas acciones no hacen sino demostrar cada vez que pueden lo dudoso de esa posición. Dentro del Partido: la tremenda ventaja de poder proyectar las propias ideas en una especie de campo de fuerzas preestablecido. Sobre la validez de una posición independiente lo que la determina finalmente son varias cuestiones. Si es posible quedarse fuera en pos de obtener un beneficio personal concreto sin necesidad de pasarse a la burguesía ni de perjudicar el propio trabajo. Si podré dar en lo sucesivo cuenta precisa de mi trabajo, principalmente del académico, con sus bases formales y metafísicas. Qué hay de «revolucionario» en su forma, si es que hay algo. Si mi situación de incógnito ilegal entre los autores burgueses tiene algún sentido. Y si es absolutamente imprescindible para mi trabajo evitar ciertos extremos del «materialismo», o si es mi deber intentar afrontar mis desavenencias dentro del Partido. Lo mencionado aquí son las reservas inherentes al trabajo especializado realizado por mí hasta el momento. Y es una batalla con una única resolución posible: con mi ingreso al Partido (al menos para experimentarlo). Existe la chance de que llegado el caso no pueda seguir el ritmo de mis convicciones ni organizar mi existencia sobre una base tan reducida. Lo cierto es que mientras siga viajando el ingreso al Partido es obviamente algo inconcebible.

Era domingo. Pasé toda la mañana traduciendo. Almorcé en un pequeño restaurante de la Bolshaya Dmitrovka. Por la tarde fui a lo de Asja, que se sentía muy mal. A la noche volví a mi habitación para continuar traduciendo.

## 10 de enero

Por la mañana tuve una discusión sumamente desagradable con Reich. Recordó mi propuesta de leerle la reseña acerca del debate en el Meyerhold[103]. En ese momento, ya no deseaba hacerlo, pero me de todas formas asentí a su pedido, no sin una resistencia instintiva. A juzgar por nuestras charlas anteriores sobre mis reseñas enviadas al *Literarische Welt*, era evidente que no podía salir nada bueno, por lo cual le leí el artículo muy deprisa. La inconveniente posición en la que elegí sentarme, con la luz dándome de frente en la cara, me hubiese alcanzado para predecir su reacción. Reich me escuchó con una actitud de calma forzada y, cuando finalicé, se limitó a decir unas pocas palabras. El tono en el que las pronunció desencadenó de inmediato una discusión cuya resolución estaba fuera de todo alcance, debido a que ya ni siquiera se podía mencionar lo que la había motivado. Cuando estábamos en pleno altercado llamaron a la puerta. Era Asja, que se marchó enseguida. En el tiempo que estuvo allí, apenas si emití palabra, me puse a traducir. Con un humor pésimo a cuestas, me fui a lo de Basseches a dictar algunas cartas y un artículo. La secretaria me parece muy agradable, quizás un tanto «Señorita». Cuando la oí decir que quería volver a Berlín, le di mi tarjeta personal. Yo no tenía el menor interés en almorzar con Reich, así que compré algunas cosas y comí en mi habitación. Me tomé un café de camino al

sanatorio (y otro más tarde mientras volvía a casa). Asja se sentía bastante mal, enseguida se fatigó, de modo que la dejé sola para que pudiera dormir. Pero hubo un par de minutos en los que estuvimos en la habitación a solas (o, al menos, ella hizo como si lo estuviéramos). Me dijo que cuando volviera a Moscú y ella gozara de buena salud, yo no tendría que andar dando tantas vueltas por ahí tan solo. Pero que si no se curaba, sería ella quien fuese a Berlín. Yo tendría que dividir mi habitación con un biombo. Ella tendría que tratarse con médicos alemanes. Pasé la noche en casa, solo. Reich llegó tarde y con muchas cosas por contar. Pero una cosa estaba clara después del incidente de la mañana: yo ya no podía contar con Reich para nada que estuviera relacionado con mi estadía. Y como sin él no era posible organizarla de manera provechosa, lo único sensato era marcharse.

## 11 de enero

Asja necesita inyecciones nuevamente. Quería ir a la clínica hoy y antes habíamos arreglado que pasaría a buscarme para poder acompañarla en trineo. Pero no llegó hasta el mediodía. Ya le habían dado las inyecciones en el sanatorio. Estaba agitada cuando estábamos solos en el pasillo (ambos teníamos que hacer algunas llamadas telefónicas), se aferró a mi brazo en un acceso momentáneo a su audacia perdida. Reich había tomado su posición en la habitación y no tenía intenciones de irse. Así que a pesar de que Asja finalmente había vuelto a mi habitación por la mañana, no tuvo sentido alguno que lo hiciera. Pospuse mi partida algunos minutos, pero fue en vano. Anunció que no quería acompañarme. Entonces me fui solo con Reich a Petrovka (aunque todavía no pude

conseguir mi pasaporte) y luego al Museo de Pintura. Luego de este pequeño episodio, mi decisión de elegir un día de partida estaba definitivamente tomada. Y podría decirse que era inminente. No había mucho para ver en el museo. Me enteré más tarde de que Larionov y Goncharova[104] eran nombres importantes. Sus obras no valían nada. Como la mayor parte de las cosas que había en tres habitaciones, parecían haber sido influenciadas masivamente por la pintura Parísina y berlinesa del mismo período, que copiaron sin talento. Alrededor del mediodía pasé horas en la Oficina de Cultura esperando para comprar entradas para el Teatro Malyi[105] para Basseches, para su amiga y para mí. Pero como no pudieron informar el teatro a tiempo, no aceptaron nuestros pases esa noche. Basseches llegó sin su amiga. Me hubiera gustado ir con él al cine, pero él quería comer, así que lo acompañé al Savoy. Es un establecimiento mucho más modesto que el Bolshaya Moskovskaya[106]. Me aburrí bastante con él. No es capaz de hablar de otra cosa que no sea sus asuntos privados y, cuando lo hace, es para evidenciar lo bien informado que está y cuán supremamente hábil es para impartir esta información con otros. Continuó hojeando el *Rote Fahne*[107]. Lo acompañé en el auto por un tramo y luego me fui a casa, donde traduje un poco más. Esa mañana compré mi primera caja de laca (en Petrovka). Ya habían pasado varios días con mi mente puesta exclusivamente en algo específico mientras caminaba por las calles, como suele pasarme. En este caso fueron las cajas de laca. Una infatuación corta, pasional. Me gustaría comprar tres, pero no estoy completamente seguro en qué usar las dos que ya llevo adquiridas. La caja que compre ese día era la que tiene dos niñas sentadas al lado de un samovar. Es bastante linda, aunque no tenga nada de ese negro puro que suele ser lo más bello del trabajo de laqueado[108].

## 12 de enero

Hoy compré en el Museo Kustarny una caja laqueada en cuya tapa aparecía pintada, sobre fondo negro, una vendedora de cigarrillos. A su lado hay un arbolito muy delgado y, junto a este, un niño. Es una escena invernal, pues en el suelo hay nieve. La de las dos muchachas también sugiere que se trata de un ambiente nevado, pues por la ventana del cuarto en el que están sentadas parece filtrarse un aire azul congelado. Pero no es seguro. Esta nueva caja me ha resultado mucho más cara. La elegí de entre una gran selección entre las que había también muchas opciones horribles: copias serviles de antiguos maestros. Las cajas que tienen una capa dorada (que se remontan, al parecer, a modelos más antiguos) parecen ser especialmente caras, pero a mí no me gustan. El motivo distintivo de las cajas más grandes es bastante moderno. En el delantal de la vendedora figura escrita la palabra *Mosselprom*[109]. Recuerdo que una vez estuve parado largo rato frente a la vidriera de un negocio muy elegante de la Rue du Faubourg Saint-Honoré mirando cajas como estas. Pero aquella vez rechacé la tentación de comprar una con la idea de que fuese Asja quien me la regalase o, en su defecto, esperar a llegar a Moscú para adquirir una. Esta pasión mía proviene de la gran impresión que siempre me causó una caja semejante que había en la casa que Bloch tenía con Else en Interlaken[110]. Desde entonces puedo imaginarme la impresión tan imborrable que tales imágenes sobre fondo laqueado en negro han de causar en los niños. Ya no recuerdo el motivo que decoraba la caja de Bloch. Hoy encontré también unas postales fantásticas que llevaba buscando desde hacía mucho tiempo, pertenecientes a un viejo género invendible de la época zarista. Se trata principalmente de ilustraciones en cartón prensado de colores, también hay otras con paisajes siberianos (con una de las cuales planeo deslumbrar a Bloch), etc. Las encontré en un negocio de la Tverskaya y, como el propietario habla alemán, no tuve que hacer el esfuerzo que normalmente me exige el comprar

aquí, pudiendo tomarme mi tiempo. Me había levantado y salido de casa bien temprano por la mañana. Luego, cerca de las 10, había aparecido Asja, que encontró a Reich todavía en la cama. Se quedó una media hora, caricaturizando a actores y parodiando al cantante que compuso «San Francisco», una canción de *cabaret* que ella le había oído cantar aparentemente en bastantes ocasiones. Yo conocía la canción de cuando estuvimos en Capri, donde ella la solía cantar a veces. En un principio había esperado poder acompañarla por la mañana e ir luego juntos a un café. Pero se hizo demasiado tarde. Salí con ella, la dejé en el tranvía y me fui luego solo. Esta visita matinal tuvo un efecto benéfico que duró todo el día. Debo reconocer que me sentí algo insatisfecho en la Galería Tretiakov. Las dos salas que más deseaba ver estaban cerradas. En compensación, las otras salas resultaron ser para mí una maravillosa sorpresa: pude recorrer el museo como nunca había tenido la chance de hacerlo con alguna colección desconocida; completamente relajado y entregado al disfrute casi infantil que me causaba contemplar las historias que los cuadros narraban. La mitad del museo la integran cuadros de pintura rusa de género. Su fundador comenzó a adquirir obras hacia 1830 (¿?), interesándose casi exclusivamente en artistas contemporáneos. Posteriormente, amplió el horizonte de su colección hasta abarcar los alrededores del 1900. Y teniendo en cuenta que las cosas más antiguas —exceptuando los íconos— parecen datar de la segunda mitad del siglo XVIII, este museo refleja, en su totalidad, la historia de la pintura rusa del siglo XIX. Fue ésta una época en la que predominó la pintura de género y paisajística. Lo que vi me hace suponer que, de entre todos los pueblos europeos, son los rusos los que han cultivado de una forma más intensa la pintura de género. Y aquellas paredes llenas de cuadros narrativos, de representaciones de escenas de los estamentos más diversos de la vida, convierten a esta galería en un gran libro ilustrado. Había aquí muchos más visitantes que en las otras colecciones que fui a ver. Basta con ver cómo se mueven por las salas, ya sea en grupo, en torno a un guía

o en solitario, para darse cuenta de lo cómodos que están, de lo ajenos que se sienten a ese triste abatimiento presente en los escasos proletarios que se ven en los museos occidentales: en primer lugar, porque el proletariado ha empezado realmente a tomar posesión de los recursos culturales de la burguesía y, en segundo lugar, porque esta colección, precisamente, les resulta a los proletarios muy familiar y acogedora. En ella encuentra temas de su propia historia: «La pobre institutriz llega a la casa del rico comerciante», «Conspirador sorprendido por los gendarmes», y el hecho de que tales escenas estén imbuidas enteramente del espíritu de la pintura burguesa no sólo no es perjudicial, sino que además se la hace aún más accesible. La educación artística (como ya lo da a entender tan bien Proust) no se fomenta precisamente con la contemplación de las «obras maestras». Antes bien sucede que el educando, niño o proletario, considera como obras maestras a cosas muy diferentes de las consideradas como tales por el coleccionista, y no sin razón. Esos cuadros tienen para él un significado muy transitorio, aunque sólido, y el criterio más riguroso sólo se justifica aplicándolo al arte actual que hace referencia a él mismo, a su clase social y a su trabajo En una de las primeras salas me detuve largo rato frente a dos cuadros de Shchedrin[111]: uno del puerto de Sorrento y otro de un paisaje de la misma zona; en ambos se veía la indescriptible silueta de Capri, que para mí siempre estará ligada a Asja. Quise escribirle unas líneas, pero había olvidado el lápiz. Esta inmersión de su persona en mi mente cuando apenas iniciaba la visita al museo determinó también el espíritu de mi contemplación posterior. Vi retratos muy buenos de Gogol, Dostoyevski, Ostrovski, Tolstoi. En uno de los subsuelos, al cual se accedía escaleras mediante, había muchas cosas de Vereschagin[112]. Salí muy alegre del museo. La verdad es que había entrado ya con ese estado de ánimo, y la culpa de ello la tuvo, más que nada, la iglesia de ladrillos rojos que se encuentra junto a la parada del tranvía. Era un día frío, aunque quizá no tan frío como aquel en que estuve aquí por primera vez, buscando el museo sin

poderlo encontrar, a pesar de que éste estaba frente a mis narices. Finalmente, hubo lugar en el día para pasar un rato agradable con Asja. Reich se había marchado poco antes de las siete, ella lo había acompañado abajo y se quedó allí bastante tiempo. Cuando por fin volvió yo seguía solo, aunque los minutos que nos quedaron para estar a solas fueron muy pocos. Ya no recuerdo lo que sucedió: de pronto fui capaz de mirar a Asja con mucho cariño y noté lo mucho que se sentía atraída por mí. Le hice un breve resumen de lo que había hecho a lo largo del día. Pero tenía que marcharme. Le di la mano y ella la retuvo entre las suyas. Le hubiera encantado seguir hablando conmigo y yo le dije que si me aseguraba que vendría a visitarme esa noche, yo cancelaría mis planes, que incluían ir a ver la obra de Tairov. Pero, finalmente, ella dudaba que el médico la dejara salir. Quedamos en que vendría a visitarme alguna de las noches siguientes. La obra de Tairov era *Día y noche*, basada en una opereta de Lecocq[113]. En el teatro me encontré con el americano con el que estaba citado. Pero su intérprete no me sirvió de mucho: sólo se dirigía a él. Y como la trama era un tanto compleja, tuve que conformarme con las bonitas escenas de *ballet*.

## 13 de enero

El día fue un completo fracaso, a excepción de la noche. Ahora, además, empieza a hacer mucho frío: la temperatura media es de unos —26º Reaumur. Pasé un frío horrible. Ni siquiera los guantes me sirvieron de nada, pues estaban agujereados. Las cosas iban bastante bien al empezar la mañana: encontré la agencia de viajes de la Petrovka cuando ya había perdido toda esperanza y también me informé del precio de los *tickets*. Luego quise tomarme el

autobús 9 rumbo al Museo del Juguete. Pero el vehículo tuvo una avería sobre la Arbat y, creyendo (equivocadamente) que se quedaría allí mucho tiempo parado, decidí bajarme. Acababa de contemplar con añoranza, al pasar por delante, el mercado de la Arbatskaya, donde vi por primera vez los hermosos puestos navideños de Moscú. En esta ocasión la suerte me sonrió de otra manera: llegaba a casa la noche anterior, me encontraba cansado y tenso, esperaba llegar antes que Reich pero éste ya estaba allí. Me molestó el hecho de no poder estar solo un rato (desde que discutimos sobre mi artículo acerca de Meyerhold, la sola presencia de Reich bastaba para irritarme) y, para mantenerme ocupado, inmediatamente me fui hacia la lámpara para ponerla en una silla junto a mi cama, cosa que ya había logrado hacer otras veces. La conexión al cableado eléctrico volvió a romperse; impaciente, me incliné sobre la mesa para, en tan incómoda postura, tratar de volverlo a conectar. Después de haber estado jugando un buen rato al electricista, provoqué un cortocircuito. Que viniesen a arreglarlo era algo impensable en ese hotel. Con la luz del techo era imposible trabajar, y así volvía a cobrar actualidad la cuestión de los primeros días. Estando en la cama, mi mente se iluminó: «una vela». Pero ni siquiera eso era fácil. Hacerle encargos a Reich era un asunto cada vez más difícil; él mismo tenía una infinidad de cosas que hacer y, además, estaba de mal humor. No me quedaba más remedio que ponerme solo en camino, armado apenas con un vocablo. Pero incluso ese vocablo me lo tendría que haber proporcionado Asja primero. Por eso fue una verdadera suerte que allí, contra todo augurio, encontrase velas en la vidriera de un negocio, que pude comprar señalándolas simplemente con el dedo. Pero con esto concluyó la parte feliz del día. Tenía mucho frío. Quise ver la exposición de arte gráfico del Dom Pechat[114]: cerrada. Lo mismo con el Museo Iconográfico. Finalmente me di cuenta de que según el antiguo calendario era Nochebuena. No terminaba de bajar del trineo que había tomado para ir al Museo Iconográfico (pues se encontraba en un lugar alejado que yo no conocía), con el frío que

apenas me dejaba avanzar, cuando noté que estaba cerrado. En casos así, en los que sólo por impotencia lingüística uno se ve obligado a hacer cualquier cosa absurda, es cuando uno se da doblemente cuenta de la increíble pérdida de tiempo y energía que hechos como este suponen. Descubrí que efectivamente sí había un tranvía y que quedaba mucho más cerca de lo que había pensado, así que lo aproveché y me fui a casa. Llegué al Dom Herzena antes que Reich. Y cuando él llegó, me saludó diciendo: «¡Tiene Ud. mala suerte!». Había ido a la oficina de la Enciclopedia a entregar mi artículo sobre Goethe. En ese momento había llegado casualmente Radek[115], que vio el manuscrito sobre la mesa y lo tomó. Mostrándose desconfiado, quiso saber quién lo había escrito. «En cada página aparece "lucha de clases" por lo menos diez veces». Reich le demostró que eso no era cierto y le dijo que, por otra parte, es imposible estudiar la obra de Goethe, que coincide con una época de grandes luchas sociales, sin emplear ese concepto. Radek le contestó: «Lo único que importa es que aparezca en el sitio adecuado». En consecuencia, las esperanzas de que acepten el artículo son extremadamente escasas. Pues los infelices directores de este proyecto se sienten demasiado inseguros como para permitirse siquiera la posibilidad de expresar una opinión personal, ni siquiera para hacerle frente a algún mal chiste que provenga de cualquier posición de autoridad. Este incidente le resultó a Reich más desagradable que a mí. Para mí lo fue mucho más por la tarde, cuando hablé de ello con Asja, pues enseguida empezó con que algo lo que decía Radek estaba de cierto modo justificado. Seguro que había hecho algo mal; yo no sabía cómo se debían abordar aquí este tipo de cuestiones y otras cosas por el estilo. Entonces le dije a la cara que sus palabras no expresaban más que su cobardía y su necesidad de moverse, a cualquier precio, en la dirección en que soplara el viento. Dejé la habitación poco después del arribo de Reich. Como sabía que hablaría con ella de este asunto, preferí que no lo hiciera en mi presencia. Aquella noche esperaba la visita de Asja y, pese a que estaba Reich delante de nosotros hice alusión a

ello desde la puerta. Compré de todo: caviar, tortas, dulces; también regalos para Daga, a quien Reich iría a ver el día siguiente. Luego me senté en mi habitación, cené y escribí. Poco después de las ocho ya había abandonado las esperanzas de que Asja llegara. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que la esperé así, con tantas ansias (dadas las circunstancias, diría desde la última vez que la esperé, a secas). Y había empezado a hacer un repaso mental de las veces que la esperé cuando llamaron a la puerta. Era Asja y lo primero que dijo fue que no la habían querido dejar pasar a verme. Al principio creí que se refería a mi hotel, ya que aparentemente hay un nuevo *sovietdushi*[116] muy estricto. Pero se refería a Ivan Petrovich[117]. Así que también durante esa noche, o mejor dicho, durante esa hora escasa, que quedó recortada por todos lados, me encontré una vez más peleando contra el tiempo. Es cierto, fui el vencedor de la primera ronda. Le presenté rápidamente el esquema que tenía en mente y, cuando se lo expliqué, ella apretó con fuerza su frente contra la mía. Luego le leí el artículo que había escrito y también esto resulto muy bien; no sólo le gustó, sino que pensaba que era extraordinariamente claro y conciso. Hablé con ella de lo que considero realmente interesante del tema «Goethe»: el hecho de que un hombre que, como Goethe, tuvo que vivir sujeto a tantos compromisos pudiera, sin embargo, realizar cosas tan extraordinarias. A lo cual agrego que tal cosa sería impensable tratándose de un autor proletario. Pero también sostengo que la lucha de clases de la burguesía fue radicalmente distinta a la proletaria. Por eso no se pueden equiparar esquemáticamente el significado de «deslealtad» o «compromiso» en ambos movimientos. Mencioné la tesis de Lukács, que dice que el materialismo histórico, en el fondo, sólo se puede aplicar a la historia del movimiento obrero[118]. Pero Asja se cansó muy pronto. Entonces cambié al Diario de Moscú y le leí, por las buenas, un pasaje que seleccioné al azar. Pero eso fue peor. Se trataba precisamente de mis comentarios acerca de la educación comunista. «Todo esto es absurdo», dijo Asja. Estaba insatisfecha y

me dijo que no conozco Rusia en absoluto. Yo, como es lógico, no se lo discutí. Y entonces empezó a hablar ella: dijo muchas cosas muy importantes, pero hacerlo le provocó una fuerte agitación. Me contó que, al principio ella tampoco había entendido a Rusia; durante las primeras semanas después de su llegada había deseado volver a Europa y pensado que, en Rusia, todo había acabado, que la oposición tenía absolutamente toda la razón. Pero, poco a poco se había ido dando cuenta de lo que estaba sucediendo allí: la transformación del trabajo revolucionario en trabajo técnico. En la actualidad, cualquier comunista comprende que el trabajo revolucionario del momento no es la lucha, la guerra civil, sino la electrificación, la construcción de canales y de fábricas. Traje a colación a Scheerbart, por cuya causa ella y Reich me habían hecho ya pasar aquí tan malos ratos: ningún autor ha sabido plasmar tan bien como él el carácter revolucionario del trabajo técnico. (Es una pena que yo no me valiera de esta fórmula tan acertada durante la entrevista). Con todas estas cosas pude retrasar su partida durante algunos minutos. Luego se marchó y, como suele ocurrir cuando se ha sentido unida a mí, no me pidió que la acompañase. Me quedé en la habitación. Durante todo ese tiempo habían estado sobre la mesa las dos velas que, desde la noche del cortocircuito, tengo siempre encendidas en la habitación. Después, cuando ya me había acostado, llegó Reich.

## 14 de enero

Este día y el siguiente fueron muy desagradables. El reloj ya marca la hora de «salida». El frío es cada vez más intenso (siempre se mantiene por debajo de los veinte grados bajo cero) y el

cumplimiento de las obligaciones pendientes resulta más difícil. Los síntomas de la dolencia de Reich (aún no sé sabe lo que tiene) se hicieron también más evidentes, de modo que cada vez es menos lo que puede hacer por mí. Este día fue a ver a Daga, muy bien abrigado. Yo aproveché la mañana para ver las tres estaciones de tren: la de Kursk[119], la de Octubre (de la que salen los trenes para Leningrado), y la de Yaroslavski, (de donde salen los que van a Siberia). El comedor de la estación está lleno de palmeras y da a una gran sala de espera pintada de azul. Eso hace que uno se sienta como en el zoo, en el pabellón de los antílopes. Mientras me tomaba un té, pensaba en el regreso. Tenía frente a mí una bonita bolsa roja con un tabaco de Crimea estupendo que había comprado en uno de los puestos que hay delante de la estación. Luego estuve comprando algunos juguetes. En Okhotni Riad había un vendedor de juguetes de madera. Tengo la sensación de que ciertos artículos salen a la venta callejera de a camadas. Por ejemplo, por primera vez pude ver aquí unas hachas de madera para niños, con diseños en pirograbado. Al día siguiente vería un canasto repleto de ellas. Compré un gracioso modelo de una máquina de coser de madera cuya «aguja» se pone en movimiento girando una manivela y una muñeca de papel maché que se columpia sobre una caja de música, una imitación deficiente de un tipo de juguete que había visto en el museo. Después ya no pude aguantar el frío y, con paso vacilante, me dirigí a un café. Parecía ser un establecimiento muy particular. En la pequeña sala había algunos muebles de caña, los alimentos llegaban de la cocina a través de una puerta corrediza empotrada en la pared y sobre un gran mostrador se veían unos cuantos *zakuskis* («aperitivos»): fiambres, pepinos, pescado. Había también una vitrina, como en los restaurantes franceses e italianos. No conocía el nombre de ninguna de las cosas que me hubiesen apetecido, así que me decidí por el calor de una taza de café. Luego salí y me puse a buscar por entre las «líneas comerciales superiores» la vidriera donde me habían llamado la atención, uno de los primeros días, las muñecas de barro. Aún estaban allí. Al pasar por el pasaje

que comunica la Plaza de la Revolución con la Plaza Roja, me fijé mejor en los vendedores ambulantes tratando de tomar nota de algunas cosas que hasta entonces me habían pasado inadvertidas: venta de lencería femenina (corsés), de corbatas, de chales, de perchas para la ropa Finalmente, hacia las dos, llegué, completamente agotado, al Dom Herzena, en donde no sirven el almuerzo sino hasta cerca de las dos y media. Después de comer fui a casa a dejar los juguetes. Llegué al sanatorio cerca de las cuatro y media. Cuando subía por la escalera, me encontré con Asja, que estaba a punto de irse a la modista. En el camino le conté lo que me había dicho Reich (que había llegado a mi habitación justo después que yo) acerca de la salud de Daga. Parecía ser noticias alentadoras. Y así seguimos avanzando hasta que, de pronto, Asja me preguntó si no le podría prestar algo de plata. Justo el día anterior yo había estado evaluando con Reich la posibilidad de que me prestase 150 marcos para el viaje de vuelta; le dije entonces a Asja que no tenía plata, sin saber para qué la necesitaba. Me contestó que nunca se podía contar conmigo cuando se necesitaba dinero y empezó a hacerme reproches, hizo mención a la habitación de Riga que debería haberle alquilado, etc. Yo estaba bastante cansado y, además, sumamente irritado por el tema de conversación iniciado por ella con tan poco tacto. Resultaba que el dinero lo quería para alquilar un departamento que se había enterado que estaba disponible. Quise tomar otro camino pero ella me retuvo, agarrándose a mí como casi nunca lo había hecho, impidiendo que cambiáramos de tema. Finalmente, dejando mi ira a un lado, le dije que me había engañado, pues me había prometido por carta restituirme enseguida el dinero de los gastos de Berlín y, hasta el momento, ni Reich ni ella habían dicho una palabra del asunto. Eso fue un golpe certero. Yo me violenté todavía más y seguí atacándola hasta que ella, acelerando el paso, me dejó con la palabra en la boca. Yo no la seguí; me di media vuelta y me fui a casa Por la noche había quedado con Gnedin. Vendría a buscarme para que fuéramos juntos a su casa. Y efectivamente vino, pero nos

quedamos en mi habitación. Me pidió disculpas por no llevarme: su mujer estaba preparando un examen y no tenía tiempo para perder. Nuestra conversación se prolongó hasta cerca de las once, por espacio de unas tres horas. Yo empecé manifestándole mi pesar y mi disgusto por haber conocido de Rusia tanto menos de lo que esperaba. Ambos coincidimos sobre el hecho de que la única manera de hacerse una idea de la situación era hablar con el mayor número posible de personas. Mostró mucho empeño en intentar facilitarme alguna que otra cosa antes de mi partida. Por ejemplo, concertó conmigo una cita para el mediodía siguiente, en día domingo, para ir al Teatro del Proletkult. Pero cuando llegué no lo encontré y me tuve que volver a casa. También prometió invitarme a una representación en cierto club, pero en este caso sin fijar fecha alguna. El programa previsto consistía en, por decirlo de algún modo, ceremonias experimentales para bautismos, casamientos, etc. Aquí desearía añadir lo que Reich me contó hace algún tiempo sobre los nombres de los bebés dentro de la jerarquía comunista. Desde el momento en que pueden señalar con el dedo el retrato de Lenin se les llama *oktiabrs*. Aquella noche aprendí también otro término extraño. Es la expresión «viejas glorias» (*byvshie lyudi*) para referirse a los grupos de ciudadanos desposeídos por la Revolución que no se han podido adaptar a la nueva situación. Gnedin habló también de los constantes cambios organizativos, que aún habrán de prolongarse durante años. Todas las semanas se introducen nuevas modificaciones organizativas con el afán de descubrir cuáles puedan ser los métodos más idóneos. También hablamos de la desaparición de la vida privada. De que simplemente no hay tiempo para tener una. Gnedin me contó que durante la semana no ve nada más que a las personas con las que se relaciona en el trabajo, además de a su mujer y a su hijo. El resto de los contactos queda restringido para los domingos. Pero estos vínculos son más endebles, pues con sólo perder el contacto por tres semanas, uno puede estar ya totalmente convencido de no volver a saber nada de ellos durante mucho tiempo, ya que, entretanto, nuevas amistades

habrán venido a reemplazar a las antiguas. Luego acompañé a Gnedin a la estación y mientras caminábamos, hablamos cuestiones aduaneras.

## 15 de enero

Una visita inútil al museo de juguetes. Estaba cerrado a pesar de que, según la guía, estaba abierto los domingos. El *Literarische Welt* llegó al fin esta mañana (vía Hessel). Lo había estado esperando impacientemente día tras día, había estado considerando telegrafiar a Berlín para que lo enviaran. Asja no entendía el *Wandkalender*[120] y parecía no ser del agrado de Reich, particularmente. Otra vez pasé la mañana caminando sin rumbo, intenté por segunda vez entrar a la exhibición gráfica y finalmente llegué, medio congelado, a la Galería Shchukin[121]. Su fundador era, como su hermano, un magnate textil y un multimillonario. Ambos eran mecenas de las artes. Uno de ellos era responsable por la creación del Museo de Historia (como así también de una porción de esta colección), el otro estableció una galería extraordinaria de arte francés. Cuando uno sube las escaleras, congelándose, vislumbra en el último descanso, los murales famosos de Matisse, formas desnudas rítmicamente arregladas en contra de un fondo de rojo concentrado, tan cálidas y luminosas como los íconos rusos. Matisse, Gauguin y Picasso eran las pasiones más importantes del coleccionista. Una habitación tiene veintinueve Gauguins en sus paredes. (Nuevamente llegué a la conclusión —en la medida que este término sea aplicable al rápido vistazo que eché a esta gran colección— que las pinturas de Gauguin se me hacen hostiles, dirigen todo el odio hacia mí que todo no-judío puede sentir por un judío). No existe, probablemente,

otro lugar en el mundo que le dé a uno tal perspectiva general del desarrollo de Picasso, desde sus primeras pinturas de veinteañero hasta las de 1914. Debe haber habido meses en extremo, por ejemplo, durante el «período amarillo»[122], cuando Picasso estaba pintando sólo para Shchukin. Sus pinturas llenan tres habitaciones contiguas. En el primero de estos trabajos tempranos, había uno que me impactó: un hombre vestido como un Pierrot, sosteniendo algo así como una copa sujetada con su mano derecha y una pintura de una *Bebedora de Absenta*. Luego, el período cubista alrededor de 1911 mientras Montparnasse se ponía en marcha y, finalmente, el período amarillo que incluía, entre otras cosas, el *Amitié* y varios estudios al respecto. Cerca de esto, hay una habitación entera dedicada a Derain. Al lado de algunas pinturas muy bellas, vi una que era absolutamente desconcertante: *Le Samedi*. Este gran lienzo representa mujeres con trajes de costumbres flamencas, reunidas alrededor de una mesa e involucradas en algún tipo de actividad doméstica. Ambas figuras y la expresión me recordaban mucho a Memling. Con la excepción de la habitación pequeña, dedicada a Rousseau, todas las demás eran extremadamente luminosas. Las ventanas con paneles grandes sin dividir, dan a la calle y sobre un patio del edificio. Aquí, por primera vez, eché un rápido vistazo a pintores como Van Dongen o Le Fauconnier. La configuración fisiológica de un lienzo pequeño de Marie Laurencin —la cabeza de una mujer, su mano extendiéndose dentro de la pintura, una flor elevándose fuera de él— me recordó a un Münchhausen[123] e hizo que su antiguo amor por Marie Laurencin me pareciera obvio Al mediodía me enteré, por parte de Nieman, de que mi entrevista había aparecido[124]. Así que armado del *Vecherniaia Moskva* y del *Literarische Welt* fui a visitar a Asja. Aún así, la tarde no resultó muy bien. Reich llegó bastante más tarde. Asja tradujo la entrevista para mí. En el medio, me di cuenta —no que quizás pareciera «peligroso» como Reich decía— de que la conclusión de la entrevista era débil, menos por la mención de Scheerbart que por la naturaleza tentativa e imprecisa de esta

mención. Desafortunadamente, esta debilidad fue inmediatamente evidente, mientras que el principio, cuando me enfrenté al arte italiano, salió bien. En general creo que es bueno que haya aparecido. Asja estaba bastante interesada al principio, pero molesta hacia el final. Lo principal es que se le dio una presentación muy prominente. Por nuestra pelea del día anterior, había comprado una porción de torta para Asja en el camino. La aceptó. Más tarde me dijo que luego de habernos separado el día anterior, no quería escuchar mi nombre nunca más y estaba convencida de que no nos veríamos de vuelta (o al menos por un buen tiempo). Pero por la noche, para su propio asombro, su humor había cambiado y descubrió cuán incapaz era de estar enojada conmigo ni siquiera por un minuto. Cuando algo salía mal entre nosotros, siempre terminaba preguntándose si se había ofendido o no. Desafortunadamente, a pesar de estas palabras, volvimos a pelear más tarde, no me acuerdo por qué.

## 15 de enero (continuación)[125]

En resumen: después de que le mostré a Asja el diario y la revista, hablamos, por supuesto, otra vez, sobre las decepciones de mi estadía. Y cuando la conversación giró una vez más alrededor de mis asuntos en Berlín, de los cuales Asja me echaba la culpa, perdí el control y salí corriendo de la habitación, desesperado. Pero volví a mis cabales mientras aún me encontraba en el pasillo. O mejor dicho, no tenía la fuerza para irme y volví diciendo «Me gustaría simplemente sentarme en un lugar silencioso por un rato más». Luego incluso nos arreglamos para volver gradualmente a la conversación y, para cuando llegó Reich, estábamos tan exhaustos

como calmados. Estaba convencido de que bajo ninguna circunstancia, de aquí en adelante, me dejaría arrastrar a este tipo de peleas. Reich dijo que no se sentía bien. De hecho, el calambre en su mandíbula no lo dejaba en paz o se empeoraba. Ya no podía masticar. Sus encías estaban inflamadas y se le había desarrollado un flemón. Pero, a pesar de esto, dijo que era fundamental que fuéramos al Club Alemán esa noche porque tenía una cita con el mediador entre la división alemana de la *VAPP* y los delegados culturales de Moscú de los Volga alemanes. Cuando estuvimos solos en el lobby, me dijo que también tenía fiebre. Sentí su frente y le dejé claro que bajo ninguna circunstancia iríamos al club. Así que me envió en su lugar para ofrecer sus disculpas. El edificio no estaba lejos pero el viento estaba tan penetrante que apenas pude caminar. Y al final no pude encontrar el lugar. Volví exhausto y me quedé en casa.

## 16 de enero

Organicé mi partida para el viernes 21. El hecho de que el final de mi estadía se estaba acercando hizo que mi día se volviera bastante extenuante. Había muchas cosas que tenía que arreglar en poco tiempo. Tenía dos cosas planeadas para el domingo. No sólo me encontraría con Gnedin alrededor de la una en el Teatro Proletkult[126], sino que primero iría al Museo de Pintura e Iconografía (Ostrukhov[127]). El segundo plan finalmente salió bien, pero el primero no. Hacía mucho frío otra vez y una gruesa capa de hielo había cubierto las ventanas del tranvía. Me pasé muy lejos de la parada en la que me tendría que haber bajado. Y de vuelta, lo mismo. Por suerte, resultó que había un guardia en el museo que

hablaba alemán y me mostró toda la colección. Sólo dediqué pocos minutos hasta el final del piso, donde estaban las pinturas rusas de fines del último siglo y principios de este. Hice bien en ir directamente hacia el piso de arriba para ver la colección de íconos, que estaba situada en una habitación encantadora y brillante, en el segundo piso de esta casa baja. El dueño de esta colección sigue vivo. La Revolución dejó este museo intacto. Si bien fue obviamente expropiado, el director de la colección lo mantuvo. Este Ostrukhov es un pintor e hizo su primera adquisición hace cuarenta años. Era un multimillonario, viajaba alrededor del mundo, hasta que finalmente decidió comenzar a coleccionar viejas esculturas de madera rusas, cerca del tiempo en que estalló la guerra. El ítem más antiguo de esta colección, un portarretratos bizantino de un santo pintado con colores de cera en una tabla de madera, data del siglo VI. La mayor parte de estas pinturas datan del siglo XV al XVI. Siguiendo las indicaciones de mi guía, me di cuenta de las diferencias principales entre las escuelas de Stroganov y Nóvgorod y de un número de asuntos iconográficos. Por primera vez advertí la alegoría de la derrota de la muerte al pie de la cruz, que se repite tan frecuentemente en estos íconos. Contra un fondo negro (como si estuviera reflejado en una piscina sucia), la cabeza de la muerte. Algunos días después en la colección de íconos del Museo de Historia, vería descripciones que eran bastante extraordinarias, desde un punto iconográfico. Por ejemplo, una naturaleza muerta de los instrumentos de martirio. Y sobre el altar alrededor del cual estos están agrupados, el Espíritu Santo se mueve en forma de paloma sobre una tela pintada de un rosado espléndido. Luego, dos figuras grotescas, aterradoras, al lado de Cristo: claramente los ladrones fueron designados para entrar al paraíso. Otra descripción que se repite frecuentemente —tres ángeles comiendo con la masacre de un cordero inevitablemente en primer plano, reducido en escala y al mismo tiempo cargado emblemáticamente— seguía siendo poco clara para mí. El asunto de las pinturas legendarias, claramente me eluden por completo. Cuando finalmente volví al primer piso desde

el tenebroso piso superior, vi que habían encendido un fuego y el pequeño grupo de empleados estaba sentado su alrededor. Me hubiese encantado quedarme, pero tenía que salir al frío. El último trecho, desde la oficina telegráfica —estaba allí donde me había bajado— hasta el Teatro Proletkult, fue horrible. Luego me quedé en el lobby una hora. Esperé en vano. Algunos días después me enteré de que Gnedin me había estado esperando en el mismo lugar. Es casi imposible explicar cómo sucedió esto. Es concebible que por lo exhausto que estaba, sumado a mi poca habilidad para recordar caras, no lo haya reconocido con su saco y su gorra. Pero que le haya pasado lo mismo a él, suena poco probable. Me fui de vuelta a casa. Al principio quería comer algo en nuestra taberna, pero me pasé de la estación y estaba tan cansado que preferí no almorzar para no tener que caminar hasta allí. Pero en la Plaza Triumfalnaia tomé coraje y abrí la puerta de una *stolovaia* (cafetería) que no conocía. Parecía bastante cálida y la comida que pedí no estaba mal, aunque el *borscht* claramente no se comparaba con el que comía normalmente los domingos. Así encontré el tiempo para tomarme un gran descanso antes de visitar a Asja. Cuando me contó, inmediatamente después de haber entrado a su habitación, que Reich estaba enfermo, apenas me sorprendió. Él no se había quedado en mi casa la noche anterior, se había ido a la habitación del compañero de Asja en el sanatorio. Ahora estaba postrado en la cama y Asja se fue con Manya[128] a visitarlo. Las dejé en la puerta del sanatorio. A esta altura, Asja me preguntó qué tenía planeado hacer a la noche. «Nada», le dije. «Me quedo en casa». No me respondió. Me fui a lo de Basseches. No estaba ahí, dejó una nota pidiéndome que lo esperara. Me vino bien, me senté en el sillón con mi espalda hacia la estufa, me serví un té y hojeé sus revistas alemanas. Llegó una hora después. Cuando me pidió que pasara la noche allí, evalué el asunto con bastantes nervios. Por un lado, ya que estaba esperando otras personas, me daba curiosidad qué traería la noche. Adicionalmente, Bassaches estaba en proceso de darme información útil sobre películas rusas. Y por último, pero no

menos importante, quería cenar. (Esta expectativa no se cumplió). Era imposible decirle a Asja por teléfono que estaba en lo de Basseches. Nadie contestaba en el sanatorio. Al final me fui: tenía miedo de llegar demasiado tarde y que no supiera si de hecho Asja me visitaría o no. El día siguiente me dijo que ésas eran sus intenciones. Pero, de todos modos, recibió la nota a tiempo. Decía: «Querida Asja, esta noche me quedo en lo de Basseches. Pasaré mañana a las cuatro en punto. Walter». Originalmente escribí «noche» y «esta» (*abends bei*) como una única palabra, y luego puse una línea diagonal que dividía las dos. Por esto, lo primero que leyó Asja fue «Estoy libre esta noche» (*abends frei*). Más tarde llegó el Dr. Kroneker; él trabaja aquí como el representante austríaco de la firma ruso-austríaca. Basseches me dijo que era un socialdemócrata. Me dio la impresión de ser muy inteligente, había viajado mucho e iba al grano. Durante la conversación, llegamos al tema de la guerra del gas. Hice varios comentarios que los impresionaron a ambos.

## 17 de enero

Lo más importante de mi visita a Basseches el día anterior fue que logré convencerlo de que me ayudara con las formalidades de mi partida. Para eso, me pidió que pasara a verlo el lunes 16, temprano. Cuando llegué, todavía estaba en la cama. No fue nada fácil hacer que se levantara. Y era la una menos cuarto cuando finalmente llegamos a Plaza Triumfalnaia. Yo había llegado a su casa a las once. Antes, había tomado un café con una porción de torta en la confitería de siempre. Hice bien, porque con todos los trámites que tenía que hacer no iba a poder almorzar. Primero

fuimos a un banco en la Petrovka, porque Basseches tenía que sacar efectivo. Aproveché para cambiar plata y guardé apenas cincuenta marcos de reserva. Después, Basseches me llevó a una oficina pequeña donde me presentó al director de un banco que conocía, un tal Dr. Schick[129], director del Departamento de Comercio Exterior. El hombre había vivido en Alemania durante mucho tiempo, había estudiado allí, sin duda venía de una familia muy adinerada y, más allá de su entrenamiento especializado, siempre le había interesado el arte. Había leído mi entrevista en el *Vecherniaia Moskua*. En sus días como estudiante, había conocido personalmente a Scheebart de casualidad. Entre nosotros, hubo una conexión inmediata y nuestra breve charla terminó con una invitación a cenar el día 20. Luego nos dirigimos a la Petrovka, donde me dieron el pasaporte. Después fuimos en trineo a Narkompros[130] para validar la documentación necesaria para que yo pudiera cruzar la frontera. Ese mismo día, finalmente, tuve éxito en mi empresa: convencí a Basseches de que tomara otro trineo y me acompañara a los niveles superiores del almacén estatal «GUM», donde estaban los muñecos y jinetes que yo había visto. Compramos juntos lo que quedaba en *stock*, elegí los diez mejores ítems y me los quedé. Cada uno costaba nada más que diez kopeks. Mi ojo observador no me había engañado: en la tienda nos dijeron que esos artículos, hechos en Viatka[131], no llegan más a Moscú; ya no tienen lugar en el mercado aquí. Por lo tanto, los que compramos eran los últimos que había. Basseches también compró telas campesinas. Fue a almorzar al Savoy con sus paquetes, mientras que yo sólo tuve tiempo para dejar las cosas en casa. Se hicieron las cuatro: hora de visitar a Asja. Nos quedamos en su cuarto apenas un instante antes de ir a ver a Reich. Manya ya estaba con él. Pero por lo menos, de esa manera, pude estar a solas con ella unos minutos nuevamente. Le pedí a Asja que viniera a casa esa noche —iba a estar libre hasta las diez y media— y ella prometió venir si podía. Reich se sentía mucho mejor. Ya no me acuerdo de qué fue que hablamos durante la visita. Nos fuimos a

alrededor de las siete. Después de la cena, esperé en vano a Asja y, aproximadamente a las once menos cuarto, fui a lo de Basseches. Pero no había nadie allí. Me dijeron que no había vuelto en todo el día. O ya había leído todas las revistas que había o me parecían desagradables. Después de esperar durante media hora, cuando estaba a punto de bajar, me encontré con su amiga y —no sé muy bien por qué: quizás porque no quería ir sola con él al club— insistió para que me quedara un rato más. Eso hice. Luego, finalmente llegó Basseches. Había tenido que asistir al discurso que había dado Rykov[132] ante el congreso de Aviachim[133]. Le pedí que completara el cuestionario de mi solicitud para la visa de salida y luego nos fuimos. En el tranvía, me presentaron a un escritor de comedias que también iba al club. Acabábamos de encontrar una mesa en la sala repleta y los tres nos estábamos sentando cuando se apagaron las luces en señal de que estaba por comenzar el concierto. Tuvimos que ponernos de pie. Salí al lobby con Basseches. Unos minutos más tarde, llegó el cónsul general alemán, que tenía puesta una chaqueta de noche y venía de un banquete organizado por una importante empresa inglesa en el Bolshaia Moskovskaia. Había ido para reunirse con dos mujeres que había conocido allí y con quienes había quedado en encontrarse. Pero como no habían llegado, se quedó con nosotros. Una mujer —que al parecer había sido una princesa— cantaba canciones *folk* con una voz preciosa. En un momento, me quedé de pie en la oscuridad del comedor, junto a la entrada del salón iluminado; en otro, me senté en el lobby. Intercambié algunas palabras con el cónsul general, que fue de lo más cortés. Pero tenía un rostro tosco, sólo superficialmente se hacía visible su inteligencia y encajaba a la perfección con la imagen de oficial alemán del servicio extranjero que yo me había formado a partir de mi viaje por el océano[134] y los mellizos Frank y Zorn. Éramos nada más que cuatro en la cena y, como el secretario de la embajada se nos había unido, pude observarlo tranquilamente. La comida era buena: otra vez hubo vodka saborizado, aperitivos, dos entradas y helado. La multitud no

podría haber sido peor: algunos artistas (de toda índole) y aun más miembros de la burguesía NEP. Resulta muy llamativo hasta qué punto todos desprecian a esta nueva burguesía, incluso los diplomáticos extranjeros; al menos a juzgar por los comentarios del cónsul general que, a mi parecer, tenían genuinamente esa intención. El empobrecimiento espiritual de esa clase social se hacía evidente en el baile posterior, que tenía todas las características de un festejo pueblerino de mal gusto. El baile era un desastre. Desafortunadamente, como los amigos de Basseches tenían ganas de bailar, la diversión duró hasta las cuatro. El vodka me había dejado exhausto, el café no me reanimaba y, como si fuera poco, me dolía la panza. Cuando finalmente me di cuenta de que estaba en un trineo de regreso al hotel, me puse muy contento; eran aproximadamente las cuatro y media cuando me fui a dormir.

## 18 de enero

A la mañana, fui a visitar a Reich a la habitación de Manya. Tenía que llevarle un par de cosas. Pero al mismo tiempo, iba a verlo para suavizar los roces de los días previos a su enfermedad. Me lo gané porque me quedé escuchando atentamente sus ideas para un libro sobre política y teatro que quiere publicar a través de una editorial rusa[135]. También comentamos las ideas para un libro sobre arquitectura de teatros, libro que podría haber escrito junto a Poelzig[136] y que, dada la magnitud y la solidez de la investigación sobre diseño escénico y vestuario teatral, sería de gran interés ahora. Antes de irme, bajé a comprarle cigarrillos y accedí a hacerle un trámite en Dom Herzena. Luego fui al Museo Histórico. Estuve más de una hora recorriendo la interesantísima colección icónica,

donde además descubrí una gran cantidad de obras posteriores de los siglos XVII y XVIII. Pero ¡cuánto tiempo le llevó al niño Jesús conseguir libertad de movimiento en los brazos de su madre! Ese movimiento que ejercitó durante estos últimos períodos. Asimismo, la mano del niño tardó siglos en encontrar la mano de la madre de Dios: lo único que muestran los pintores bizantinos es una mano frente a la otra. A continuación, hice un recorrido rápido por la sección arqueológica y sólo me detuve un rato frente a algunas pinturas del monte Athos. Al salir del museo, estuve más cerca de descifrar el misterio del poderoso efecto que tiene la catedral Blagoveshchenski, que había sido mi primera impresión de Moscú y la única interesante. Ese efecto se debe a que, cuando uno se acerca a la Plaza Roja desde la Plaza de la Revolución, la primera aparece en una leve pendiente ascendente y eso hace que las cúpulas de la catedral emerjan de a poco como por detrás de una montaña. Era un día hermoso y soleado y, una vez más, fue con mucha alegría que me encontré con la imagen de la catedral. No pude conseguir nada de dinero para Reich en Dom Herzena. Llegué a la puerta de la casa de Asja a las cuatro menos cuarto y, adentro, todo estaba a oscuras. Golpeé suavemente a la puerta dos veces y, como nadie contestó, esperé en la sala de entretenimiento. Leí las *Nouvelles littiraires.* Pasó un cuarto de hora y seguían sin contestar; así que abrí la puerta y vi que no había nadie. Aunque me molestó que Asja se hubiera ido tan temprano sin siquiera esperarme, fui a lo de Reich con la intención de planear algo para hacer con ella a la noche. No pude ir al Teatro Maly con ella como hubiera querido porque, esa mañana, Reich había objetado mi plan. (Más tarde, cuando conseguí entradas para la noche, no pude hacer uso de ellas). Una vez arriba, ni siquiera me molesté en quitarme las cosas; me quedé quieto. Otra vez Manya explicaba algo con vehemencia en un tono altísimo. Le estaba mostrando a Reich un atlas de estadísticas. De pronto, Asja se volvió hacia mí y me dijo, sin rodeos, que no había venido a verme la noche anterior porque había tenido unos dolores de cabeza muy fuertes. Yo estaba acostado en

el sofá, con mi sobretodo puesto, y fumaba la pipa pequeña que uso exclusivamente en Moscú. Finalmente, no sé cómo logré transmitirle a Asja que viniera a mi casa después de la cena y que iríamos a algún lugar o le leería la escena lésbica[137]. Y luego me quedé unos minutos para que no pareciera que había ido hasta ahí solamente para decirle eso. Al rato, me puse de pie y dije que tenía que irme. «¿Adónde?». «A casa». «Creí que vendrías al sanatorio con nosotros». «¿No se quedarán aquí hasta las siete?», pregunté con algo de hipocresía, porque esa mañana había oído que la secretaria de Reich estaba por llegar. Al final, me quedé, pero no volví al sanatorio con Asja. Pensé que sería más probable que viniera a la noche si la dejaba descansar un rato. Mientras tanto, fui a comprarle caviar, mandarinas, caramelos y tortas. En la repisa donde están mis juguetes, también había dejado dos muñecos de arcilla para que ella eligiera uno y se lo quedara. Y finalmente vino. Apareció con la excusa de «puedo quedarme sólo cinco minutos y tengo que irme enseguida». Pero esta vez lo decía en broma. Me había parecido que durante los últimos días, en medio de nuestras violentas discusiones, se había sentido más atraída a mí. Pero no estaba seguro de cuánto. Yo estaba de buen humor cuando ella llegó porque acababa de recibir el correo, que traía buenas noticias de Wiegand, Müller-Lehning y Else Heinle[138]. Las cartas seguían sobre la cama, donde las había estado leyendo. Además, Dora[139] me avisaba que me habían enviado dinero; así que decidí extender mi visita un poco. Se lo conté a Asja y me abrazó. Las circunstancias de las últimas semanas habían sido tan complejas en su conjunto que ni por casualidad me esperaba semejante gesto y tardé un rato en alegrarme. Me sentí como un jarrón de cuello angosto al que estaban llenando de agua con una cubeta. Poco a poco y deliberadamente, me había ido cerrado tanto hacia mis adentros que el poder absoluto de las impresiones externas ya casi no tenía ningún efecto en mí. Pero eso se disipó en el transcurso de la noche. Primero, le pedí un beso a Asja en medio de las protestas de siempre. Pero después fue como si se hubiera activado un

interruptor de electricidad y, mientras yo intentaba hablar o leer en voz alta, ella no dejaba de insistirme para que le diera otro beso más. Resurgió la ternura que había quedado prácticamente olvidada. Mientras tanto, le traje la comida que había comprado y los muñecos; eligió uno, que ahora reposa frente a su cama, en el sanatorio. También saqué el tema de mi estadía en Moscú una vez más. Y como ella ya había pronunciado las palabras decisivas el día anterior, mientras íbamos camino a lo de Reich, lo único que yo tenía que hacer era repetirlas: «Moscú ocupa un lugar tan importante en mi vida que sólo puedo experimentarla a través de ti; eso es así más allá de cualquier romance o interés amoroso». Pero de todas formas —y esto también me lo había dicho desde un principio— seis semanas no alcanzan para empezar a sentirse a gusto en una ciudad, especialmente cuando uno no sabe el idioma y eso lo hace toparse con obstáculos en cada esquina. Asja me pidió que quitara las cartas y se acostó en la cama. Nos besamos mucho. Pero lo que más me excitó fue cómo me tocaban sus manos; de hecho, ella misma me había contado una vez que todos los que le tenían cariño sentían las poderosísimas fuerzas que emanaban sus manos. Puse la palma de mi mano derecha contra la de su mano izquierda y así nos quedamos por largo rato. Asja se acordó de la hermosa y diminuta carta que le había dado una noche en Via Depretis, en Nápoles, sentados en un pequeño café que se encontraba en una calle casi desierta. Tengo que intentar encontrarlo en Berlín. Luego, le leí la escena lésbica de Proust. Asja captó el nihilismo salvaje: cómo Proust, en cierto modo, se aventura en lo más recóndito y privado del pequeño burgués que lleva la inscripción del sadismo y, luego, sin piedad alguna, destroza todo, de manera que no quede ni un vestigio de la noción impoluta y bien definida de maldad; y así, en cada fractura, el mal evidencia explícitamente su verdadera materia: la «humanidad» o incluso la «bondad». Y mientras le explicaba esto a Asja, vi con claridad la estrecha relación que tiene con el espíritu de mi libro sobre el barroco; de la misma manera que la noche anterior, mientras leía

solo en mi habitación y me crucé con el fragmento extraordinario sobre el *Caritas* de Giotto[140], había visto con claridad que, aquí, Proust desarrollaba una idea que se correspondía completamente con lo que yo mismo intenté subsumir bajo el concepto de «alegoría».

## 19 de enero

No tengo prácticamente nada para contar del día. Como había pospuesto mi partida, pude descansar un poco de los trámites y las visitas de los últimos días. Reich volvió a quedarse a dormir en casa. Asja vino a la mañana, pero se fue pronto porque tenía una reunión laboral. En el rato que estuvo con nosotros, se armó un debate sobre la guerra de gases. Al principio, estuvo en total desacuerdo conmigo, pero luego intervino Reich. Al final, Asja terminó diciendo que sería bueno que dejara mi opinión por escrito, y prometí escribir un artículo sobre el tema para el *Weltbühne*[141]. Me fui unos instantes después de que se fuera Asja. Me encontré con Gnedin. La charla fue breve; hablamos sobre nuestra confusión del domingo, me invitó a lo de Vakhtangov[142] el domingo siguiente a la noche y me sugirió un par de ideas más para cuando tuviera que pasar el equipaje por la aduana. Cuando volvía de lo de Gnedin, pasé por el edificio Cheka[143]. Siempre está custodiado por un soldado con una bayoneta fija. Luego pasé por el correo y envié un telegrama para pedir dinero. Almorcé en la taberna a la que vamos los domingos y después fui a casa a descansar. En el *lobby* del sanatorio, me topé con Asja de un lado e, inmediatamente, con Reich del otro. Asja tenía que darse un baño. Reich y yo jugamos

dominó en la habitación de ella. Cuando volvió, Asja nos contó sobre las oportunidades que se le abrieron a partir de la reunión de esa mañana y sobre la posibilidad de conseguir trabajo como asistente de dirección en Tverskaya, en un teatro que presenta dos espectáculos por semana para niños proletarios. Reich estuvo con Illés toda la noche. Yo no fui con ellos. Pasó por mi habitación aproximadamente a las once; pero ya era muy tarde para ir a ver una película como habíamos planeado. Hubo una conversación breve e infructuosa sobre los cadáveres en el teatro anterior a Shakespeare.

## 20 de enero

Estuve casi toda la mañana escribiendo en mi habitación. Como Reich tenía que ocuparse de algunos asuntos en la Enciclopedia a la una, quise aprovechar la situación, no tanto para hacer lobby por mi artículo sobre Goethe (había perdido todas las esperanzas al respecto) sino para desarrollar más a fondo una sugerencia que me había hecho Reich y para que él no creyera que yo era un vago. De lo contrario, era probable que también le atribuyera la culpa de que hubieran rechazado mi artículo sobre Goethe a mi falta de esmero. Me costó mucho contener la risa cuando finalmente me encontré cara a cara con el profesor en cuestión. Después de que le dije mi nombre, saltó de la silla, fue a buscar mi artículo y trajo también a una secretaria como refuerzo. Primero me ofreció otros artículos sobre el barroco. Expresé mi intención de tomar la aceptación de mi artículo sobre Goethe como una condición previa para futuras colaboraciones. Luego, enumeré mis publicaciones, destaqué mis aptitudes como me había aconsejado Reich y estaba justo en medio

de eso cuando él entró. Pero se sentó lejos de mí y empezó a hablar con otro funcionario. Me informarían su decisión en un par de días. Después tuve que esperar a Reich en el vestíbulo un rato largo. Finalmente, nos fuimos; me explicó que pensaban ofrecerle el artículo sobre Goethe a Walzel[144]. Fuimos a ver a Panksy. Es difícil de creer —pero no imposible— que tiene veintisiete años, según me informó Reich más tarde. La generación que participó activamente durante el período de la Revolución está envejeciendo. Es como si la estabilización de la situación del estado le hubiera dado una tranquilidad o una ecuanimidad a su vida que uno normalmente alcanza con la vejez. De todas formas, a Panksy no le queda ni un poco de encanto, que al parecer es lo que sucede con los moscovitas. Mis expectativas aumentaron cuando dijo que el lunes siguiente proyectarían varias películas que yo quería ver antes de escribir el artículo contra Schmitz que me había pedido el *Literarische Welt*. Fuimos a comer. Luego volví a casa porque Reich quería hablar con Asja en privado. Más tarde, estuve arriba de visita durante una hora y después fui a lo de Basseches. La mayor desilusión de la noche en casa de Maximilien Schick, el director del banco, fue que no hubo cena. No había comido prácticamente nada durante el almuerzo y moría de hambre. Así que, cuando finalmente sirvieron el té, me llené de torta sin ningún reparo. Schick viene de una familia muy adinerada, estudió en Munich, Berlín y París, y sirvió en la guardia militar rusa. Ahora vive con su mujer y su hijo en una habitación que dividieron en tres. Es un claro ejemplo de lo que aquí denominan «viejas glorias». No sólo es así desde el punto de vista sociológico (e incluso aquí es una especie de excepción dada su importante posición), pero incluso «vieja gloria» en cuanto a su período productivo. Por ejemplo, publicaba poemas en *Die Zukunft*[145] e incluso artículos en revistas que ya nadie recuerda. Pero sigue aferrándose a sus antiguas pasiones y, en su estudio, hay una modesta pero selecta biblioteca de obras francesas y alemanas del siglo diecinueve. Mencionó cuánto había pagado por algunos de los volúmenes más valiosos y los precios indicaban que

los vendedores los consideraban basura. Durante el té, intenté sacarle información sobre la literatura rusa contemporánea. Mis esfuerzos fueron en vano. No hay prácticamente nada que aprecie aparte de Briusov[146]. Sentada con nosotros, había una mujer pequeña, muy bonita, que a simple vista se notaba que no trabajaba. Pero no le interesaban los libros y, afortunadamente, Basseches le hacía bastante compañía. Para devolverme por adelantado varios favores que espera que le haga en Alemania, Schick me llenó de libros infantiles para nada interesantes y sin ningún tipo de valor, de los cuales no pude rechazar ninguno. Hubo uno solo que acepté con mucho gusto, no porque tuviera valor alguno, sino más bien porque me pareció simpático. Después de marcharnos, afortunadamente Basseches me arrastró hasta la Tverskayia con promesas tentadoras de mostrarme un café frecuentado por prostitutas. No vi nada que valiera la pena en el café, pero comí pescado frío y cangrejo. Lo acompañé en un trineo de lujo hasta la intersección de Sadovaya y Tverskaya.

## 21 de enero

Hoy es el aniversario de la muerte de Lenin. Todos los lugares de entretenimiento permanecerán cerrados pero, por el «régimen económico», el feriado comercial y administrativo cae mañana, sábado, que de todas maneras es un día de media jornada laboral. Salí temprano para ir a ver a Schick al banco y me enteré de que ya estaba decidido que yo visitara a Muskin[147] el sábado para ver su colección de libros infantiles. Cambié plata y fui al museo de juguetes. Esta vez, progresé un poco. Me prometieron que el martes me avisarían por el tema de las fotos que yo quería que hicieran.

Pero luego me mostraron unas de las que había negativos. Como son muchísimo más baratas, encargué alrededor de veinte. Esta vez, también les presté especial atención a los objetos de arcilla de Viatka La noche anterior, cuando estaba yéndome, Asja me había invitado para que la acompañara el teatro infantil que presenta espectáculos en el edificio de Ars cinema, que queda sobre la Tverskaya. Pero cuando llegué, el teatro estaba desierto; me di cuenta de que no era probable que hubiera un espectáculo hoy. Luego de informarme que el teatro estaba cerrado, el guardia procedió a echarme del lobby, donde yo intentaba entrar un poco en calor. Después de que esperé afuera un buen rato, llegó Manya con una nota de Asja que decía que se había equivocado y que el espectáculo era el sábado, no el viernes. Con la ayuda de Manya, compré velas. Tenía los ojos muy inflamados por la luz de las velas. Con la intención de ganar algo de tiempo de trabajo, no fui a Dom Herzena (que, de todos modos, seguramente haya estado cerrado hoy); almorcé en el barrio Stolovaia. La comida era costosa pero no estaba mal. Una vez de regreso en mi habitación, no trabajé en el artículo de Proust como había planeado[148] sino en la respuesta a un obituario desagradable e insolente que Franz Blei había escrito para Rilke[149]. Más tarde, le leí a Asja lo que le había escrito y sus comentarios me incitaron a reescribirlo esa misma noche y al día siguiente. Dicho sea de paso, Asja no se sentía bien. Más tarde, llevé a Reich al restaurante donde había almorzado yo. Él no había ido nunca. Luego, fuimos de compras. A la noche, se quedó conmigo en mi cuarto hasta aproximadamente las once y media; nos sumergimos en una conversación en la que nos turnamos para contar en detalle lo que recordábamos de las lecturas de la niñez. Él estaba sentado en el sillón; yo estaba acostado en la cama. Durante esa conversación, caí en la cuenta de que, por alguna extraña razón, ya desde niño leía cosas que no eran las que leía todo el mundo. *Neuer deutscher Jugendfreund*[150], de Hoffmann, fue prácticamente el único libro infantil típico de la época que leí. Por supuesto, junto con *Lederstrumpf*[151], la excelente serie de

Hoffmann, y *Sagen des klassischen Altertmus*[152], de Schwab. Pero no leí más de un libro de Karl May[153] ni me resultan conocidos *Kampf urn Rom* o los cuentos del mar de Wörishöffer[154]. Y leí un solo libro de Gerstäcker[155], que seguramente narraba una historia de amor bastante apasionada (¿o la leí solamente porque había escuchado ese comentario de otro de los libros del autor?); para ser preciso, *Regulatoren von Arkansas*. También descubrí que todo mi conocimiento sobre el teatro clásico se remonta a mis días del club de lectura[156].

## 22 de enero

Todavía no había lavado, pero estaba sentado a la mesa escribiendo cuando llegó Reich. Era la mañana en la que estaba incluso menos inclinado a ser sociable. Apenas me dejé distraer del trabajo. Pero cuando estaba por salir, alrededor de las doce y media y Reich me preguntó adónde iba, descubrí que él iba al teatro para niños al que Asja me había invitado. La suma total de mi tratamiento preferencial, así resultó ser una media hora de esperar inútilmente a la entrada el día anterior. De todos modos, fui a buscar algo tibio para tomar en mi café de costumbre. Pero los cafés también estaban cerrados ese día, y esto también es parte de mi filosofía. Así que lentamente me fui a la Tverskaya al teatro. Reich llegó más tarde, y luego Asja con Manya. Ya que nos habíamos convertido en un cuarteto, perdí interés en el asunto. No podría quedarme hasta el final, de todas maneras, porque tenía que encontrarme con Schick a las tres y media. Tampoco hice el esfuerzo de sentarme al lado de Asja; en cambio, me senté entre Reich y Manya. Asja le pidió a

Reich que me tradujera el diálogo. La obra parecía ser algo así como la creación de una fábrica de conservas y parecía tener una tendencia chauvinista en contra de Inglaterra. Me fui durante el intervalo. A este punto Asja incluso me había ofrecido el asiento a su lado como forma de convencerme de que me quedara, pero no quería llegar tarde o, incluso más importante, terminar exhausto para mi cita con Schick. Él mismo no estaba del todo listo. En el ómnibus habló de sus días en París, que Gide lo visitó una vez, etcétera. La visita con Muskin valió mucho más la pena. A pesar de que sólo vi un libro de niños realmente importante, un calendario suizo de niños de 1837, un volumen pequeño con tres platos de colores, pude hojear muchos libros rusos de niños que logré hacerme una idea de cómo eran sus ilustraciones. La gran mayoría son copias de modelos alemanes. Las ilustraciones en muchos de los libros fueron impresas en negocios de litografía alemanes. Muchos libros alemanes fueron imitados. Las ediciones rusas de *Struwwelpeter*[157] que vi allí, eran toscas y feas. Muskin puso papelitos en varios libros en los cuales anotó mis comentarios. Él dirige la división de libros para niños de la editorial estatal. Me hizo ver algunas muestras de su trabajo. Incluía libros donde él mismo había escrito los textos. Le expliqué los amplios límites de mi proyecto para el documental «Fantasía»[158]. Él parecía no entender mucho de lo que le estaba diciendo y en general, tuvo una impresión bastante mediocre de mí. Su librería estaba en un estado lamentable. No había suficiente lugar para colocar bien los libros, así que estaban esparcidos de cualquier manera en las estanterías del pasillo. Había un surtido más o menos rico de comida en la mesita ratona y, sin que me insistieran, comí mucho, ya que no había almorzado ni cenado ese día. Estuvimos ahí por dos horas y media. Antes de irme, me mostró dos libros que había publicado y que en silencio prometí darle a Daga. Pasé cada tarde en casa trabajando en el diario de Rilke. Pero —como es el caso en este mismo momento— con material de escritura tan pobre, no se me ocurre nada.

## 23 de enero

(Ha pasado algún tiempo desde que mantuve este diario, así que tengo que resumir las cosas). Este fue el día en el que Asja hizo varios arreglos para irse del sanatorio. Se iba a mudar con Rachlin, por fin había encontrado un ambiente agradable. Sobre el transcurso de los días siguientes pude medir las posibilidades que se me habrían ofrecido en Moscú si se me hubiesen abierto antes las puertas de una casa como la suya. Ahora era demasiado tarde para aprovecharme de ellas. Rachlin vive en un ambiente amplio y limpio en el edificio que alberga los Archivos Centrales. Vive con una estudiante que dijo ser muy pobre y que no quiere vivir con ella por orgullo. Miércoles, sólo dos días después de haberla conocido, me da una daga Caucásica de regalo, una pieza hermosa de plata, aunque se suponía que era para niños y no era costosa. Asja aseguraba que iba a agradecer este regalo. De todos modos, Asja no era más accesible para mí durante el tiempo que se quedó con Rachlin de lo que había sido en el sanatorio. Había un General del Ejército Rojo siempre presente que se había casado hacía sólo dos meses, pero que había estado cortejando a Asja en cualquier manera concebible, y le había pedido que se escapara con él a Vladivostok, donde lo habían transferido. Él dijo que quería abandonar a su esposa en Moscú. Uno de esos días, el lunes para ser exactos, Asja recibió una carta de Astachov que había sido enviada desde Tokyo y remitida desde Riga por Elvira. El jueves, mientras nos íbamos con Reich, ella me contó lo que decía en detalle, y sacó el tema a relucir nuevamente a la tarde. Aparentemente Astachov la piensa mucho y desde que ella le pidió le consiguiera un chal con flores de cerezo él probablemente pasó —o al menos eso digo yo— medio año buscando nada más que chales de flores de cerezo en las vidrieras de Tokyo. Esa mañana le dicté una nota atacando a Blei como así otras cartas. Estaba de muy buen humor ese mediodía, hablé con Asja, pero sólo recuerdo que después de salir de su habitación para agarrar su maleta y llevarla a

mi casa, me siguió hasta la puerta y me dio su mano. No sé qué esperaba ella de mí, quizás absolutamente nada. Recién al siguiente día me di cuenta de que Reich había organizado todo un esquema para que yo fuera el único en transportar la maleta porque él se sentía enfermo. Dos días después, luego de la mudanza de Asja, se fue a la cama de la habitación de Manya. Pero se está recuperando rápidamente de la gripe. Así que tuve que seguir dependiendo enteramente de Basseches por los arreglos con respecto a mi partida. Quince minutos después de que me fui del sanatorio, nos encontramos en la estación de ómnibus. Había hecho planes para ir al teatro Vakhtangov esa tarde con Gnedin. Pero tenía que acompañar a Reich junto a su secretaria porque yo quería hacer uso de sus servicios la mañana siguiente, durante las proyecciones en el cine Gos. Todo funcionó. Luego Reich me puso en un trineo y me fui al Vakhtangov. Gnedin y su esposa llegaron quince minutos después de que la obra empezó. Justo estaba decidiendo irme y, recordando el domingo anterior en el teatro Proletkult, me empecé a preguntar si Gnedin estaba loco. Pero ahora no quedaban más entradas. Finalmente se las arregló para llegar, pero no nos sentamos cerca y durante el transcurso de varios actos, nos involucramos en todo tipo de permutación de asientos, ya que había dos lugares adyacentes y otro solo. La esposa de Gnedin era rechoncha, amistosa y reservada, y a pesar de esto, tenía aspectos completamente planos y sin encanto. Después de la obra, ambos me acompañaron a Smolensk Ploshchad, donde me tomé un tranvía.

## 24 de enero

Fue un día agotador, desagradable en todos los aspectos, aunque al final pude lograr casi todos mis cometidos. El día empezó con que tuve que esperar casi infinitamente en el cine Gos. Dos horas después, la proyección comenzó. Vi *La madre*, *Potemkin* y una parte de *El juicio de los tres millones*[159]. Todo el asunto me costó un *chervonetz*. Por consideración a Reich, quise darle algo a la traductora que me había conseguido, pero no me mencionó ninguna suma a pesar de haberla mantenido conmigo por cinco horas. Era toda una tarea sentarse a ver tantas películas consecutivas sin acompañamiento musical y en un ambiente de proyección pequeño, donde habíamos constituido virtualmente todo el público. Me encontré con Reich en Dom Herzena. Fuimos a visitar a Asja después del almuerzo, los esperé en casa y después iríamos juntos a lo de Rachlin. Pero sólo llegó Reich, así que me fui a buscar el dinero que había sido girado a la oficina de correo local. Esto me tomó como una hora. Vale la pena describir la escena. La empleada estaba lidiando con la orden de mi dinero como si yo estuviera tratando de robarle su hijo más preciado. Si no hubiese habido una mujer que hablaba algo de francés en el mostrador, me hubiera ido con las manos vacías. Regresé al hotel exhausto. Unos minutos después, nos fuimos a lo de Rachlin, cargados con maletas, sacos y frazadas. Asja había ido directamente. Había una gran reunión: aparte del General, había una amiga de Rachlin que quería que yo le entregara algo a un amigo Parísino suyo, un pintor. La tensión no disminuyó, Rachlin —que no era una persona desagradable— siguió hablándome; mientras tanto, apenas alerta de cuánto interés le demostraba el general a Asja, yo estaba continuamente intentando vigilar qué sucedía entre ellos. Adicionalmente, la presencia de Reich. Tuve que dejar de lado toda esperanza de tener una conversación en privado con Asja; las pocas palabras que pude intercambiar con ella mientras me iba fueron insignificantes. Subsecuentemente me detuve en lo de Basseches por un momento para discutir algunos asuntos técnicos con respecto a mi partida y luego me fui a casa. Reich durmió en la habitación de Manya.




Parada de tranvía de la Plaza Strasnoi.

## 25 de enero

La escasez de vivienda aquí genera un efecto extraño: al revés que en otras ciudades, las calles a la noche están alineadas con casas grandes y pequeñas, casi todas con todas las luces prendidas. Si el brillo que sale de las ventanas no son muy desiguales, uno puede imaginarse como si estuviera viendo un trabajo de iluminación. Hay otra cosa que noté estos últimos días: no es sólo la nieve que posiblemente pueda hacer que uno sienta nostalgia por Moscú, sino también el cielo. En ninguna otra metrópolis tiene uno tanto cielo sobre su cabeza. Los edificios bajos contribuyen considerablemente a esto. En esta ciudad siempre se percibe el amplio horizonte de las estepas rusas. Algo nuevo y exquisito: un niño en la calle llevando un cartel con aves disecadas. Así que también venden este tipo de pájaros en las calles. Incluso

más llamativo fue la procesión del funeral «rojo» que me crucé en la calle aquel día. El ataúd, el coche fúnebre, las riendas del caballo, todo era rojo. En otra ocasión vi un tranvía pintado con imágenes de propaganda política, lamentablemente pasé tan rápido que no pude ver los detalles. El grado al que lo exótico brota de la ciudad siempre es abrumador. En mi hotel, veo tantas caras mongoles como desee, todos los días. Pero recientemente había figuras sobresaliendo en la calle del hotel, vestidos de rojo y con sacos amarillos: sacerdotes budistas, según me informó Basseches. Están en Moscú para asistir a un congreso. Los cobradores en los tranvías, por otro lado, me recuerdan a los pueblos primitivos del norte. Se paran en su lugar del coche, cubiertos de pieles como mujeres samoyedas en sus trineos Me las arreglé para ocuparme de varios asuntos ese día. La mañana la dediqué a las preparaciones para mi partida. Estúpidamente hice que me sellaran las fotos del pasaporte, así que tuve que sacarme una foto a las apuradas por el fotógrafo del bulevar Strasnoi. Luego hice otras diligencias. La noche anterior, en lo de Rachlin, me puse en contacto con Illés y arreglé encontrarme con él en Narkompros. Después de algunos esfuerzos, lo localicé. Perdimos bastante tiempo yendo a pie desde el ministerio a Gosfilm, donde Illés debía hablar con Pansky. Recién caía en la infeliz idea de adquirir fotogramas de *La sexta parte del mundo*, de Gosfilm y transferí este pedido a Pansky. Después de esto, empezó a informarme detalles inimaginables: la película no debía ser mencionada en el exterior, su montaje contenía clips de películas extranjeras, su procedencia precisa no estaba siquiera clara y había que temer por las complicaciones. En resumen, estaba haciendo un gran problema del asunto. Luego procedió a apurar a Illés de la manera más vehemente posible para que trabajaran juntos en poner en marcha la filmación de *Atentado*. Pero Illés cortésmente se mantuvo en su rechazo a la propuesta, y finalmente pude tener una oportunidad de hablar con él en un café cercano (Lux). La conversación resultó ser tan productiva como yo esperaba: me proporcionó una descripción muy interesante de grupos

contemporáneos de la literatura en Rusia, basada en las orientaciones políticas de varios autores. Inmediatamente me fui a ver a Reich. Nuevamente pasé la noche en lo de Rachlin, Asja me había pedido que viniera. Estaba absolutamente exhausto, así que tomé un trineo. Cuando llegué al piso de arriba, estaba la inevitable Ilyusha[160], que había salido a comprar una montaña de dulces. No había llevado nada de vodka, como Asja me había pedido; vino oporto era todo lo que tenía a mi disposición. Ese día, tal como los siguientes, tuvimos largas conversaciones telefónicas que me recordaban a las que teníamos en Berlín. Asja ama decir cosas importantes por teléfono. Me habló de su deseo de vivir conmigo en Grunewald y se enojó cuando le dije que eso no funcionaría. Esa fue la noche en la que Rachlin me dio la daga caucásica. Me quedé hasta que se fue Ilyusha: no estaba en el mejor humor. Luego se levantaron cuando Asja vino a sentarse conmigo en el sillón, el tipo de sillón en el que sientas espalda a espalda con la persona que está a tu lado. Pero se arrodilló en su asiento y se puso mi bufanda de seda Parísina. Desafortunadamente ya había cenado en casa, así que no podía disfrutar de muchos de los manjares dispuestos sobre la mesa.



Plaza Strasnoi

## 26 de enero

Varios días de maravilloso clima cálido. Moscú otra vez se siente más cerca de mí. Siento el deseo de aprender ruso, como me pasó durante los primeros días de mi estadía. Está bastante cálido, pero el sol no es enceguecedor, así que me resulta más fácil observar qué sucede alrededor de mí en las calles y considero que cada día es un regalo que se me ha concedido dos o tres veces, porque son días hermosos, porque Asja está conmigo frecuentemente y porque cada uno de estos días es un regalo que me hice a mí mismo al extender la duración planeada de mi estadía. Encima de todo, los vendedores ambulantes: un hombre con un montón de pistolas para niños colgando de sus hombros, disparando una de ellas a cada rato, el disparo haciendo eco por la calle, a través del aire limpio. También muchos vendedores ambulantes vendiendo canastas de todo tipo, canastas de colores que parecen como los que puedes comprar en cualquier lugar de Capri, con dos manijas, con diseños geométricos estrictos, motivos de cuatro colores enmarcados en sus cuadrados. También vi un hombre con una maleta grande de mimbre con hebras de paja verde y rojas que se entrelazan, pero no era un vendedor ambulante Esta mañana intenté, sin éxito, acelerar el asunto de mi baúl en la aduana. Ya que no llevaba mi pasaporte (había sido consignado para obtener mi visa de salida), acordamos aceptar el baúl pero no autorizarlo. No pude arreglar nada en toda la mañana, almorcé en un restaurante pequeño en un sótano y me fui a ver a Reich al mediodía, le llevé algunas manzanas que Asja había pedido. No vi a Asja en todo el día, pero tuve dos largas conversaciones telefónicas con ella al mediodía y a la noche. Pasé la noche trabajando en mi réplica del ensayo de Schmitz sobre *Potemkin*[161].

## 27 de enero

Todavía estoy usando el saco de Basseches. Éste es un día importante. Fui al Museo del Juguete de nuevo esta mañana y las probabilidades de resolver el asunto de las fotografías ahora son buenas. Vi los objetos que Bartram tiene en su oficina. Me impresionó mucho un mapa largo, angosto y rectangular sobre la pared que representa alegóricamente la historia como una serie de corrientes, bandas sinuosas de diferentes colores. Los nombres y las fechas estaban grabados en cada corriente en orden cronológico. El mapa fue hecho a principios del siglo XIX. Yo lo hubiese ubicado ciento cincuenta años antes. A su lado, había un reloj mecánico interesante, un paisaje colgado de la pared en una caja de vidrio. El mecanismo estaba roto y el reloj, cuyas campanadas alguna vez pusieron en marcha molinos, ruedas de agua, postigos de ventanas y figuras humanas, ya no funcionaba. A ambos lados de esto, también bajo vidrio, había composiciones semejantes en relieve —el saqueo de Troya, Moisés haciendo brotar agua de la roca— pero estaban inmóviles. Además de todo esto, había libros para niños, una colección de naipes y una variedad de otras cosas. El museo estaba cerrado ese día (jueves) y el camino a la oficina de Bartram iba por un patio que bordeaba una antigua iglesia particularmente hermosa. La variedad de estilos de torres de las iglesias es verdaderamente excepcional. Asumo que el angosto obelisco, delicado, con forma de aguja, data del siglo XVIII. Estas iglesias se elevan por arriba de los patios de forma muy similar a cómo emergen las iglesias de las aldeas desde un paisaje ocupado por muy pocos edificios. Inmediatamente, me fui a casa para deshacerme de una enorme placa —un periódico raro, un poco dañado y desafortunadamente pegado a un cartón, que Bartram me había mostrado desde que consiguió un duplicado de éste para su colección. Partí hacia lo de Reich. Asja y Manya recién llegaban (sólo durante la siguiente visita conocería a la encantadora Dasha, una judía ucraniana que cocinaba para Reich). La atmósfera estaba

cargada cuando entré, y me tomó cierto esfuerzo evitar que explotara contra mí. Sentí que era yo el que lo provocó cuando entré, pero las razones eran tan banales que no tenía deseo de recordarlas. Y, predeciblemente, las cosas explotaron entre ellos un rato después, mientras Asja, malhumorada e irritable, estaba haciendo la cama de Reich. Al fin nos fuimos. Asja estaba preocupada con todos los esfuerzos que había estado haciendo para encontrar un trabajo y me habló sobre esto en el camino. De hecho, sólo caminamos juntos hasta la siguiente estación del tranvía. Estaba más o menos esperanzado por verla esa noche, pero primero una conversación telefónica decidiría si ella iría a ver a Knorin. Ya me había acostumbrado a no ilusionarme con sus promesas. Y cuando me llamó más tarde para decirme que estaba demasiado cansada para ir a su cita con Knorin, pero que inesperadamente la modista le había informado que debía ir a buscar su vestido esa misma noche, ya que no habría nadie en casa el día siguiente —la modista debía internarse en el hospital— abandoné toda esperanza de verla esa noche. Pero las cosas funcionaron distinto: Asja me pidió que me juntara con ella enfrente de la casa de la modista y prometió que luego iríamos juntos a algún lugar cuando ella terminara. Teníamos pensado ir a uno de los lugares del Arbat. Llegamos a la casa de la modista, que estaba al lado del Teatro de la Revolución, virtualmente al mismo tiempo. Luego tuve que esperar enfrente por casi una hora —al final estaba casi convencido de que de alguna manera no había visto salir a Asja durante el rato que había ido a ver uno de los patios de la casa. Había estado durante diez minutos diciéndome a mí mismo que era una locura seguir esperando así cuando finalmente salió. Nos fuimos al Arbat. Y luego de dudar brevemente, fuimos a un restaurante llamado Praga. Subimos por la escalera curvada que llevaba al segundo piso y entramos a un ambiente luminoso con muchas mesas, la mayoría estaban desocupadas. A la derecha, al otro lado del ambiente, había un escenario en el que cada tanto emanaba una orquesta de música, la voz de un lector o canciones

de un coro ucraniano. Cambiamos de mesa de inmediato, Asja sentía una brisa fría desde la ventana. Ella estaba avergonzada de haber ido a un establecimiento «refinado» usando zapatos rotos. Se había puesto el vestido en lo de la modista. Lo había cosido con una tela vieja y apolillada, pero se veía muy bien en ella. Empezamos a hablar sobre Astachov. Asja pidió *shashlyk* y un vaso de cerveza. Estábamos allí sentados, cara a cara, pensando en mi partida, mirándonos. En ese momento, Asja me dijo, siendo probablemente esa la primera vez que ella había sido tan abierta, que hubo un tiempo en el que ella hubiese querido que nos casáramos. Y pensaba que si las cosas no se dieron de ese modo, había sido yo, y no ella, el que había echado a perder la oportunidad. (Quizás ella no usó exactamente un término tan tajante como «echar a perder»; no lo recuerdo). Le dije que si hubiera querido que nos casáramos, entonces sus demonios habían desempeñado un rol en ese deseo Sí, ella había pensado en lo increíblemente cómico que hubiese sido presentarse como mi esposa ante mis conocidos. Pero ahora, a raíz de su enfermedad, ella estaba libre de esos demonios. Se había convertido completamente en pasiva. Pero ya no había más futuro para nosotros. Le dije: «Pero me quedaré contigo, aunque te vayas a Vladivostok, te seguiré allí». «¿Quieres seguir jugando a ser el amigo de la familia con el General, también? Si él fuera tan tonto como Reich y no te echara de la casa, no tendría nada en contra de eso. Y si de hecho te echara, tampoco tendría nada en contra de eso». En otro momento ella dijo: «Ya me acostumbré a ti». — Yo agregué: «Los primeros días después de que llegué, te dije que estaba listo para casarme contigo. Pero no sé realmente si podría hacerlo. No creo que pueda manejarlo». Y luego ella dijo algo bastante hermoso: «¿Por qué no? Soy un perro fiel. Cuando vivo con un hombre, adopto actitudes bárbaras. Claro que eso está mal, pero no puedo hacer nada al respecto. Si estuvieras conmigo, no atravesarías toda esa ansiedad y tristeza que tan frecuentemente padeces». Seguimos hablando de esta manera. ¿Seguiría yo mirando la luna siempre pensando en Asja? Dije que esperaba que

las cosas hayan mejorado para la siguiente vez que nos viéramos. «¿Quieres decir que estarás lo suficientemente bien para estar conmigo las veinticuatro horas del día?». Dije que eso no era exactamente lo que yo tenía en mente, sólo pensaba en estar más cerca de ella o en hablar con ella. Si tan sólo estuviera más cerca de ella, volvería este deseo. «Qué encantador», dijo ella. Esta conversación me dejó muy alterado todo el día siguiente e incluso durante la noche. Pero mi deseo de viajar fue, de hecho, más poderoso que mi deseo de estar con ella, a pesar de que ésto bien podría ser por todos los obstáculos que sufrió ese deseo. Obstáculos que siguen sucediendo. La vida en Rusia no es muy complicada para mí dentro del Partido y había muchos menos prospectos fuera de éste, a pesar de que es difícil afirmar que la vida aquí es menos complicada. Ella, por otro lado, ya hizo raíces aquí en Rusia. Luego, claro, está la nostalgia por Europa, algo que explica de algún modo la atracción de ella hacia mí. Vivir en Europa con ella —esto podría convertirse algún día en lo más importante, la cosa más tangible para mí, si tan sólo ella lo hubiera podido superar — es algo sobre lo que tengo dudas. Tomamos un trineo para volver al departamento, nos abrazamos estrechamente. Estaba oscuro. Este fue el único momento en la oscuridad que compartimos en Moscú: afuera, en el medio de la calle, en el asiento angosto de un trineo.

## 28 de enero

Aventurado en el temprano, glorioso deshielo para explorar las calles a la derecha del Arbat, como hacía tiempo quería hacerlo. Así llegué a la plaza donde estaba antiguamente la perrera de los zares.

Se conforma de casas bajas, algunas de las cuales tienen portales sostenidos por columnas. Pero erguidos entre éstas, de un lado hay unos edificios altos horribles, que eran nuevos. El «Museo de la Vida Cotidiana en los Cuarenta» está aquí: una casa baja, de tres pisos, cuyas habitaciones habían sido mantenidas con buen gusto con un estilo de un hogar burgués de aquel período. Tiene muebles hermosos con muchas reminiscencias al estilo de Louis Philippe, baúles, candelabros, espejos entre las ventanas, biombos (uno muy raro con vidrio grueso entre sus paneles de madera). Todos los ambientes fueron arreglados como si todavía estuvieran habitados, tirados sobre las mesas o colgados de las sillas aparecían papeles, notas, batas y chales. De hecho no toma casi nada de tiempo atravesar toda la casa. Para mi sorpresa, no había una habitación para niños (tampoco juguetes). Quizás las salas de juego no existían, ¿o faltaba? ¿O estaba en el piso superior cerrado? Luego caminé por las calles aledañas un poco. Finalmente me encontré de vuelta en el Arbat, me detuve en el puesto de libros y encontré uno de Victor Tissot, publicado en 1882, *La Russie et les Russes*. Lo compré por veinticinco kopeks, pensando que quizás me proveería de algunos hechos y nombres que podrían ayudarme a tener una idea de Moscú y servirían para el artículo sobre la ciudad, que estaba planeando. Dejé el libro en casa y me fui a ver a Reich. Nuestra conversación fluyó con más suavidad esta vez; me había jurado que no dejaría que ninguna tensión se desarrollara. Hablamos sobre *Metrópolis*[162] y su pobre recepción en Berlín, al menos entre los intelectuales. Reich responsabilizó por este experimento fallado a aquellos intelectuales cuyas exageradas expectativas provocaban este tipo de empresas peligrosas. No estaba de acuerdo. Asja no llegó (aparecería a la noche). Pero Manya estuvo allí un rato. Luego Dasha, una pequeña judía americana, también estaba en la habitación, donde vive y cocina para Reich. La encontraba bastante atractiva. Las chicas estaban hablando yiddish, pero no pude descifrar qué decían. Cuando volví a casa, llamé a Asja y le pedí que pasara cuando volviera de lo de

Reich. De hecho, lo hizo. Estaba bastante cansada e inmediatamente se fue a la cama. Al principio tenía vergüenza y apenas podía hablar por miedo a verla levantarse de repente e irse. Salí de mi sábana grande que Bartram me había dado y se la mostré. Luego discutimos sobre el domingo: prometí que por supuesto la acompañaría a ver a Daga. Nos besamos de nuevo y hablamos de vivir juntos en Berlín, de casarnos, de tomar aunque sea un viaje juntos. Asja dijo que nunca hubo otra ciudad tan difícil de dejar como Berlín, ¿esto tenía que ver conmigo? Los dos nos tomamos un trineo hasta lo de Rachlin. No había suficiente nieve en Tverskaya para permitir que el trineo prosiguiera a cualquier velocidad. El progreso mejoró en las calles aledañas: el conductor tomó una ruta que yo no conocía, pasamos por una casa de baños y vi una esquina maravillosa de Moscú. Asja me contó sobre las casas de baños; yo ya sabía que funcionaban, en realidad, como centros de prostitución, como en la Alemania medieval. Le conté sobre Marsella[163]. No había más visita en lo de Rachlin cuando llegamos, un poco después de las diez. Hacía una noche hermosa y silenciosa. Ella me contó todo tipo de detalles sobre los archivos. Entre otras cosas, que había descubierto que los pasajes cifrados en la correspondencia entre algunos de los miembros de las familias de zares, contenían la pornografía más inimaginable. Discutimos sobre si ésto debía ser publicado o no. Entendí la observación de Reich que Rachlin y Manya pertenecían a la categoría de comunistas «morales» que siempre toman una posición central y que nunca concebirán la posibilidad de una realmente «política». Me senté en un sillón amplio, apretado contra Asja. Nos sirvieron galletas con leche y té. Me fui alrededor de las once menos cuarto. Incluso a la noche, el clima estaba maravillosamente cálido.

## 29 de enero

El día fue un fracaso en casi todo sentido. Llegué a la casa de Basseches cerca de las once de la mañana e inesperadamente lo encontré despierto y trabajando pero de todos modos tuve que esperar. Esta vez se retrasó porque su correo había sido extraviado; tardaron al menos media hora en encontrarlo. Luego surgió otra demora por la finalización de ciertas transcripciones a máquina y, mientras tanto, recibí como de costumbre algunas editoriales recientes para leer en manuscrito.

En resumen, las formalidades de por sí difíciles en torno a mi partida fueron aún más insoportables a raíz de esta forma de proceder. A lo largo del día se tornó evidente que el consejo de Gnedin sobre la tramitación de mi equipaje a través de la aduana de Moscú era completamente absurdo. Más tarde, cuando pensaba en él y en todas las dificultades y complicaciones inimaginables en las que me había involucrado por su culpa, mi antigua máxima de los viajes se grabó aún más profundo en mi mente: nunca sigas los consejos de una persona que los ofrece sin que se los hayas pedido. El corolario de esta experiencia es, por supuesto: cuando uno deposita sus asuntos en las manos de otra persona (como lo había hecho yo), tiene que seguir estrictamente su consejo. Pero Basseches, no obstante, me dejó plantado en el último y crucial día de mi partida. El 1 de febrero, pocas horas antes de salir, tuve que realizar un esfuerzo desmesurado y, gracias a la ayuda de los sirvientes que enviaron para acompañarme, conseguí enviar mi valija. No pude lograr casi nada aquella mañana. Retiramos el pasaporte y la visa de salida en la milicia. Recordé demasiado tarde que era sábado y que, por lo tanto, era poco probable encontrar la aduana abierta después de la una de la tarde. Finalmente, llegamos al Narkomindel[164] después de las dos de la tarde, luego de haber paseado a pie y sin apuro por la Petrovka.

Incluso nos habíamos detenido en el edificio administrativo del Teatro Bolshoi, donde Basseches utilizó su influencia para

reservarme dos *tickets* de *ballet* para el sábado, y, por último, nos dirigimos al banco estatal. Cuando por fin arribamos a la Plaza Kalanchevskaia, cerca de las dos y media, nos informaron que los oficiales de la aduana acababan de marcharse. Me subí a un auto con Basseches y pedí que me llevaran a una estación del tranvía para continuar mi camino hacia la casa de Rachlin. El plan consistía en pasar a buscarla a las dos y media para salir juntos hacia las montañas Lenin. Ella estaba en casa con Asja. Cuando anuncié que había conseguido *tickets* para el *ballet*, Asja se mostró menos entusiasmada de lo que yo esperaba. Dijo que hubiese sido más razonable adquirir *tickets* para el lunes, día en que realizarían una función de *El Revisor* en el Teatro Bolshoi. Me sentía tan cansado e indignado a causa de mis esfuerzos inútiles de la mañana que ni siquiera me molesté en contestar. Rachlin aprovechó la oportunidad para invitarme a cenar luego de nuestra excursión. Acepté después de comprobar que Asja también estaría allí. Sin embargo, nuestra pequeña expedición resultó de la siguiente manera: no muy lejos de la casa, perdimos un tranvía que pasó justo delante de nuestras narices. Continuamos caminando en dirección a la Plaza de la Revolución —probablemente Rachlin pensó que sería mejor esperar ahí porque había más líneas de tranvía para elegir, pero no estoy seguro. La caminata no me pareció tan agotadora, pero la conversación, con todas sus insinuaciones y malentendidos, me había extenuado de tal manera que por pura debilidad dije que sí cuando me preguntó si debíamos subirnos al tranvía que pasaba en ese momento.

Debo admitir que cometí el error de dirigir su atención hacia aquel tranvía con mi mirada, de lo contrario ella no lo habría notado. Rachlin se encontraba sobre la plataforma y la velocidad comenzaba a aumentar, así que corrí a su lado unos pocos metros pero no salté al tranvía. Ella me gritó «te espero allá», y yo caminé despacio por la Plaza Roja hacia la estación de tranvía que se encuentra en el medio. Es probable que me haya esperado poco tiempo, porque cuando llegué no pude encontrarla. Me quedé allí,

incapaz de deducir en qué lugar se había metido. Luego llegué a la siguiente conclusión: tal vez quiso decir que me esperaría al final del recorrido, así que tomé el siguiente tranvía y llegué hasta la última estación. El viaje duró cerca de media hora a lo largo de un camino más o menos recto, a través de esa parte de la ciudad ubicada en el sector más alejado del Moskva. En el fondo, tal vez hubiera realizado deliberadamente este viaje solitario. Lo cierto es que cualquier trayecto junto a ella, sin importar hacia dónde, hubiese sido mucho menos agradable. No tenía la fuerza suficiente para soportar algo así. Por el contrario, me sentía bastante satisfecho con este paseo forzado y sin sentido a través de una parte completamente desconocida de la ciudad. Por primera vez noté el absoluto parecido entre ciertas partes de las afueras y las calles del puerto de Nápoles. También observé la enorme antena de radio de Moscú, cuya forma es distinta a todas las que había visto antes. Sobre el lado derecho de la avenida por donde pasaba el tranvía se encontraban algunas mansiones, a la izquierda había cobertizos aislados o pequeñas casas, campo abierto en su mayoría. El carácter de pueblo en Moscú aparece de pronto sin disimulo, de forma evidente y sin ambigüedades en las calles de los suburbios. Quizás no exista otra ciudad con gigantescos espacios abiertos tan amorfos y rurales, como si sus límites fuesen desintegrados por el mal clima, el deshielo o la lluvia.

El trayecto llegaba a su fin frente a una posada, en una de aquellas extensiones que no era urbana pero tampoco del todo rural, y por supuesto Rachlin no estaba ahí. De inmediato tomé otro tranvía para volver al centro, pero sólo tenía energías suficientes para regresar a mi casa en vez de aceptar la invitación a cenar. Comí algunos *waffles* locales en lugar del almuerzo. Apenas había entrado en mi habitación cuando Rachlin llamó. Yo estaba enojado con ella sin motivo y adopté una actitud algo defensiva, así que tuve una grata sorpresa cuando escuché sus palabras amistosas y tranquilizadoras. Sobre todo, ésto me indicó que su relato del incidente no me dejaría en ridículo frente a Asja. De todas formas,

rehusé su invitación a cenar porque me sentía simplemente extenuado. Quedamos en que iría alrededor de las siete. Recibí la encantadora sorpresa de encontrarme a solas con ella y Asja. No recuerdo sobre qué hablamos. Lo único que permanece en mi memoria es que, antes de partir (Rachlin ya había salido de la habitación), Asja me mandó un beso con la mano. Después un vano intento por encontrar algo de comida caliente en un restaurante del Arbat. Quise pedir una sopa y me trajeron dos pequeñas fetas de queso.



Torre radial de Moscú.

## 30 de enero

Estoy añadiendo ciertos detalles sobre Moscú que noté únicamente aquí en Berlín (lugar donde, desde el 5 de febrero, continué escribiendo las notas del 29 de enero en adelante). Para alguien que llega desde Moscú, Berlín es una ciudad muerta. La gente en la calle parece desesperadamente aislada, cada uno a gran distancia de los otros, solos en el medio de una vasta extensión de calle. Más aún: mientras viajaba desde la estación de tren del zoológico hacia el Grunewald, el barrio me impactó con su pulcritud, su excesiva limpieza, excesiva comodidad. Los aspectos relativos a la imagen de la ciudad y sus habitantes también son válidos para caracterizar su mentalidad; la nueva perspectiva que uno adquiere sobre estas cuestiones es una consecuencia indiscutible de la estadía en Rusia. Por más que se conozca muy poco sobre ese país, uno aprende a observar y juzgar a Europa con una conciencia lúcida sobre lo que allí acontece. Esto es primordial para un europeo en Rusia. Por otra parte, es precisamente la razón por la que una estadía allí es una piedra de toque para el visitante extranjero. Obliga a todos a elegir y definir cuidadosamente su punto de vista. En general, cuanto más marginal, privado e inadecuado con respecto a la experiencia rusa sea este punto de vista, más se prestará a las teorizaciones insustanciales. Cuando uno se interna más profundamente en la situación de Rusia, deja de sentirse inmediatamente atraído hacia las abstracciones que surgen sin demasiado esfuerzo en la mente de los europeos. Durante los últimos días de mi estancia me pareció notar que los vendedores mongoles, con sus coloridas mercancías de papel, aparecían de nuevo con más frecuencia. Vi a un hombre —aunque no mongol, sino ruso— que, además de las canastas, vendía pequeñas jaulas de papel brillante con pequeños pájaros de papel en su interior. Pero también encontré casualmente un loro de verdad, un Macaw blanco: estaba en la Miasnitskaia, sobre un cesto de lencerías que una mujer vendía a los transeúntes.

En otro sitio vi una venta de hamacas para niños en la calle. Moscú se había librado prácticamente del tañido de las campanas,

ese sonido que suele esparcir una inevitable tristeza sobre las grandes ciudades. Esto también es algo que sólo se reconoce y aprecia al regresar. Asja estaba esperándome cuando llegué a la estación Yaroslavsky. Me retrasé porque tuve que esperar el tranvía durante quince minutos y no había colectivos el domingo a la mañana. No quedó tiempo para desayunar. El día, o al menos la mañana, transcurrió entre ataques de ansiedad. Sólo durante el viaje de regreso del sanatorio pude disfrutar por completo el magnífico paseo en trineo. El clima era templado y nos daba el sol en la espalda; cuando posé mi mano en la espalda de Asja, incluso pude sentir su calor. Nuestro *izvoshchik* era hijo del conductor habitual de Reich. Esta vez me enteré que las encantadoras casitas en el camino no eran *dachas*, sino hogares de los campesinos adinerados. Asja se sintió muy feliz durante el paseo, por eso el *shock* que sufrió al llegar fue aún mayor. Daga no estaba afuera con los otros chicos que jugaban en la nieve, bajo la cálida luz del sol. La llamaron dentro de la casa. Ella bajó por las escaleras de piedra al lobby con lágrimas en su cara, con sus medias y zapatos rotos, casi descalza. Resulta que nunca recibió el paquete con medias que le enviaron y nadie se había ocupado de ella en absoluto durante dos semanas. Asja estaba tan alterada que apenas podía hablar y fue incapaz de descargarse con la doctora, tal como lo hubiera deseado. Pasó prácticamente todo el tiempo sentada junto a Daga en un banco de madera cerca de la entrada, cosiendo con desesperación los zapatos y las medias.

Las zapatillas tenían un estado tan deplorable que ya no podían mantener sus pies abrigados. Pero Daga temía porque ahora estaría obligada a continuar usándolas en lugar de tener permiso para correr con otros zapatos o *valenki*. Al principio habíamos planeado tomar un paseo de cinco minutos en trineo con Daga, pero esto fue imposible. El resto de los visitantes ya se había ido y Asja permanecía sentada ahí, cosiendo, cuando llamaron a Daga para cenar. Nos fuimos; Asja estaba completamente desconsolada. Llegamos a la estación unos pocos minutos después de la salida de

un tren, así que tuvimos casi una hora de espera. Primero jugamos a «¿dónde nos sentamos?». Asja se había decidido por un lugar en el que yo no quería sentarme en absoluto. Pero cuando por fin cedió, insistí obstinado en volver al primer asiento que había elegido ella. Pedimos jamón, huevos y té. Durante el viaje de vuelta le conté sobre la dramática idea que me había sugerido la obra de Illés: la escena de una historia sobre un transporte de mercancías durante la Revolución (un envío de, digamos, provisiones para los prisioneros). Tomamos un trineo desde la estación de tren para ver a Reich, que se había mudado a un nuevo alojamiento. Asja se mudaría también al día siguiente. Pasamos bastante tiempo ahí, esperando la comida. Reich me preguntó de nuevo acerca del ensayo sobre humanismo y argumenté que, en mi opinión, era necesario prestar atención en particular al hecho de que la distinción entre el erudito y el hombre de letras —dos figuras que en algún momento habían sido idénticas (o al menos unificadas en la categoría de erudito)— coincide con la victoria esencial de la burguesía y el declive en la posición del hombre de letras. Durante el período preparatorio para la Revolución, no significaba nada que los hombres de letras más influyentes fuesen menos eruditos que poetas. Incluso es muy probable que hubiese un predominio de eruditos.

Comencé a sentir uno de esos dolores de espalda que se volvieron recurrentes durante mis últimos días en Moscú. Finalmente, una vecina nos trajo la comida. Estaba muy rica. Luego Asja y yo nos retiramos, cada uno por su lado, para reencontrarnos más tarde en el *ballet*. Pasamos cerca de un borracho que estaba tendido en la calle, fumando un cigarrillo. Acompañé a Asja hasta el tranvía y después regresé al hotel a buscar los *tickets* del teatro. Esa noche había una función de *Petrushka*, de Stravinsky; *Les Sylphides*[165] —el *ballet* de un compositor poco importante— y *Capriccio Espagnol* de Rimsky-Korsakov. Llegué temprano y, teniendo en cuenta que era la última noche en Moscú en la que podría hablar con Asja en privado, la esperé en el *hall* de entrada,

deseando la oportunidad de ingresar al teatro temprano para sentarnos ahí por un largo rato, antes de que levantaran las cortinas. Asja llegó tarde, pero de todas formas pudimos llegar hasta nuestros asientos justo a tiempo. Atrás nuestro se sentaron unos alemanes; en nuestra fila había una pareja japonesa con sus dos hijas, ambas de brillante cabello negro, peinado al estilo japonés. Estábamos sentados a siete filas del escenario. En el segundo *ballet* aparecía la famosa bailarina Gelzer[166], aunque ahora algo mayor, que Asja había conocido en Orel. *Les Sylphides* es un *ballet* ridículo en varios aspectos, pero sirve para hacerse una excelente idea del estilo que solía tener este teatro. La pieza data, quizás, de los días de Nicolás I. Provee ese tipo de entretenimiento que uno puede observar en los desfiles. Como gran fina, la magnífica puesta en escena del *ballet* de Rimsky-Korsakov, interpretado con la energía y la velocidad del viento. Hubo dos intervalos. Durante el primero me aparté de Asja y salí a buscar un programa en el frente del teatro. Cuando regresé a mi asiento ella estaba inclinada sobre la pared, conversando con un hombre. Luego Asja me explicó que se trataba de Knorin y noté horrorizado que lo había mirado en forma ofensiva. Él siempre se empeña en tutearla, así que a ella no le queda más remedio que responder de la misma forma. Cuando le preguntó si estaba en el teatro sola, ella dijo que no, que estaba con un periodista de Berlín. Ella le había contado antes sobre mí. Esta noche Asja tenía puesto el vestido nuevo, confeccionado con la tela que le compré. En sus hombros llevaba el chal amarillo que le había traído desde Roma. Dado que su cara también tenía un color amarillento, sin el menor indicio de rojo —en parte por su naturaleza, en parte por culpa de su enfermedad y el cansancio de aquel día—, su aspecto general consistía en una escala de tres tonalidades cromáticas similares. Después del teatro, sólo tuve tiempo para hablar con ella sobre la noche siguiente. Planeaba ausentarme todo el día para realizar el viaje a Troitse[167], por lo tanto disponía únicamente de la noche para estar con Asja. Pero ella quería quedarse en casa porque en la mañana siguiente

pensaba visitar de nuevo a Daga. Entonces quedamos en que yo iría a verla por la noche, aunque llegamos a este acuerdo a último momento. En medio de nuestra discusión, Asja quiso saltar a un tranvía pero después decidió no hacerlo. Nos encontrábamos rodeados por la multitud y el bullicio de la enorme plaza frente al teatro. Los sentimientos de amor y odio alternaban dentro de mí como ráfagas de viento; por último nos dijimos adiós, ella desde la plataforma del tranvía y yo quedándome atrás, intentando decidir si debía seguirla, saltar hacia el tranvía con ella o no.

## 31 de enero

Mi viaje de regreso se había fijado irrevocablemente para el 1 de febrero (cuando reservé mi pasaje, el 30 de enero). Pero todavía tenía que tramitar mi equipaje en la aduana. Tal como lo habíamos convenido, llegué a la casa de Basseches a las ocho menos cuarto con el objetivo de tener suficiente tiempo para ir a la aduana y luego tomar el tren de las diez. En realidad, el tren no salió hasta las diez y media, aunque no descubrimos esto a tiempo para hacer un buen uso de la media hora extra. De hecho, fue gracias a esta demora que pudimos realizar nuestra excursión a Troitse. Si el tren hubiese partido efectivamente a las diez, sin duda lo habríamos perdido. Los trámites en la oficina de la aduana se prolongaron en forma angustiosa y ni siquiera pudimos dejar todos los asuntos listos ese día. Por supuesto, tuve que volver a pagar un taxi. Todo este esfuerzo resultó ser innecesario porque no prestaron atención a los juguetes y de seguro pasaría lo mismo en la frontera. El sirviente nos acompañó a buscar mi pasaporte en la oficina de la aduana para llevarlo inmediatamente al consulado de Polonia y retirar mi

visa. Entonces: no sólo llegamos a tiempo al tren, sino que esperamos en el vagón durante veinte minutos antes de que saliera. Me dije a mí mismo, algo enojado, que podría haber resuelto los trámites de la aduana en el interín. Pero Basseches ya estaba de mal humor, así que me reservé esos pensamientos. El viaje fue monótono. Me había olvidado de llevar algo para leer y dormí parte del trayecto. Llegamos a nuestro destino dos horas después. Aún no había mencionado mi intención de comprar algunos juguetes allá. Tenía miedo de agotar su paciencia. Por casualidad nuestros primeros pasos nos llevaron hasta una juguetería, así que le conté lo que tenía en mente. Sin embargo, evité arrastrarlo dentro de la tienda de inmediato. El gran complejo del monasterio con apariencia de fortaleza se encontraba delante de nosotros, en una ligera elevación del terreno. El paisaje fue mucho más espectacular de lo que esperaba. Encerrado en sí mismo como una ciudad fortificada, tal vez era similar a Asís; pero curiosamente me hizo acordar primero a Dachau[168]: su colina, coronada con una iglesia, se alza sobre la ciudad justo como en este caso la iglesia emerge desde el centro de las largas filas de edificios. Todo parecía un poco muerto aquel día: las diversas tiendas de sastres, relojeros, panaderos y zapateros que se extienden al pie de la colina del monasterio estaban cerradas. Aquí también el clima invernal era extremadamente agradable y cálido, aunque el sol no brillara. El hallazgo de la juguetería había incrementado mi deseo de hacer algunas compras y, en consecuencia, comencé a impacientarme durante la visita a los tesoros del monasterio. Me comporté exactamente como esa clase de turistas que nadie debe odiar más que yo. Nuestro guía, el administrador del monasterio convertido en museo, era demasiado amable, pero mi ansiedad tenía además otras causas. Hacía demasiado frío en la mayoría de las habitaciones por las que pasamos, precedidos por un empleado que retiraba las fundas de las vitrinas con tapices, artículos de oro y plata, manuscritos y objetos religiosos de valores incalculables. Y es probable que durante esta visita guiada de una hora haya

comenzado el terrible resfrío con el que regresé a Berlín. Por último, la infinidad de objetos preciosos, cuyo valor artístico real sólo puede ser percibido en su mayoría por un especialista o *connoisseur*, produce un efecto de embotamiento, incluso logra insensibilizar la mirada. Para colmo, Basseches pretendía ver «todo» lo que había para ver y hasta pidió que lo condujeran a la cripta. Ahí se encontraban los restos de San Sergio, fundador del monasterio, expuestos en una vitrina. Es imposible enumerar, aunque sea en forma parcial, todo lo había en ese lugar. Inclinado sobre la pared estaba el famoso ícono de Rubliov, que se había convertido en un símbolo de este monasterio. Más tarde, cuando pasábamos por la catedral, vimos el espacio vacío en el iconostasio donde había estado el cuadro antes de la restauración. Los murales de la catedral se encuentran seriamente amenazados. Dado que la calefacción central no se utiliza, la temperatura de las paredes aumenta abruptamente en primavera causando grietas y fisuras por las que se filtra la humedad. En un armario vi el enorme revestimiento de metal, incrustado en su totalidad con piedras preciosas, que estaba destinado al cuadro de Rubliov. Las únicas partes del cuerpo de los ángeles sin decoraciones son aquellas que la ropa no cubre: los rostros y las manos. Todo lo demás está cubierto por una gruesa capa de oro y, cuando la plantilla se coloca sobre los cuellos y los brazos, comprimidos como si fuesen cadenas de metal pesado, debe otorgar a los ángeles la apariencia de criminales chinos con grilletes, expiando sus crímenes. El *tour* finalizó en la habitación de nuestro guía. El anciano había estado casado, pues nos mostró los retratos en óleo de su esposa e hija colgados en las paredes. Pero ahora vive solo en esta amplia y luminosa sala monacal, sin quedar aislado por completo del mundo porque varios extranjeros visitan el monasterio. Sobre una mesa pequeña había un paquete abierto con textos académicos que habían sido enviados desde Inglaterra. Aquí también firmamos el libro de visitas. Aún entre la burguesía, esta costumbre parece sobrevivir mucho más en Rusia que en este país, al menos teniendo

en cuenta que Shick también me presentó un álbum para firmar. Por otro lado, la estructura del monasterio era mucho más impresionante que cualquiera de los objetos que contenía. Antes de dirigirnos al gran espacio rodeado por los edificios amurallados, nos detuvimos frente al portal. Había dos placas de bronce, a la izquierda y a la derecha, con inscripciones y datos sobre lo que se conocía de la historia del monasterio. Más hermosos y simples que la iglesia rosa-amarillenta al estilo rococó, elevada en el centro del patio y rodeada por construcciones más pequeñas y antiguas (entre ellas, el mausoleo de Boris Godunov[169]), son las extensas edificaciones agrícolas y las viviendas que forman un rectángulo alrededor de la enorme plaza abierta. El edificio más bello de todos es el gran refectorio de colores intensos. La vista desde sus ventanas alcanza tanto la plaza como las acequias, los pasajes entre muros, un laberinto de fortificaciones de piedra. También existió aquí un pasaje subterráneo que dos monjes hicieron estallar, al costo de sus propias vidas, para salvar el monasterio durante una invasión. Comimos en una *stolovaya* ubicada en el patio, en diagonal a la entrada. *Zakuski*, vodka, sopa y carne. Había una gran cantidad de salas grandes y repletas de gente, con varios estereotipos de aldeanos rusos o, más bien, habitantes de pequeñas ciudades —puesto que Sergeyevo fue declarado «pueblo» hace poco tiempo. Mientras comíamos, un vendedor ambulante se acercó pregonando unas estructuras de alambre que al instante se podían transformar en pantallas de lámpara, platos o recipientes para frutas. Besseches consideró que provenían de Croacia. Al observar esos artefactos más bien desagradables, sentí el recuerdo de un pasado distante revolviéndose en mi interior. Mi padre debe haber comprado algo parecido durante unas vacaciones de verano (¿en Freudenstadt, tal vez?) cuando yo era muy joven. Durante el almuerzo, Basseches le pidió al mozo las direcciones de las jugueterías locales y entonces seguimos nuestro camino. Apenas habíamos caminado unos diez minutos cuando Basseches se detuvo a pedir indicaciones que nos hicieron dar la vuelta. Tomamos un trineo que casualmente pasaba

por ahí. La caminata después de la comida había agotado mis energías, así que ni siquiera quise preguntar por qué habíamos cambiado de dirección. Algo estaba claro: era más probable encontrar lo que buscaba en los comercios cercanos a la estación de tren. Había dos locales, no muy lejos el uno del otro. El primero tenía artículos de madera. Encendieron las luces cuando entramos porque ya se estaba poniendo oscuro. Tal como esperaba, un almacén de juguetes de madera no podía ofrecerme demasiadas sorpresas. Compré algunas piezas, más por insistencia de Basseches que por iniciativa propia, pero ahora estoy feliz de haberlo hecho. Aquí también perdimos tiempo, tuve que esperar una eternidad para conseguir que nos cambiaran un *chervonetz* en el barrio. Me consumía la impaciencia por llegar a la tienda de los juguetes de papel maché; temía que ya estuviese cerrada. Pero no fue así. Sin embargo, cuando por fin llegamos, el lugar ya estaba completamente oscuro en su interior y no había iluminación en el depósito. Tuvimos que tantear a lo largo de las estanterías al azar. De vez en cuando encendía un fósforo. Así llegaron a mis manos ciertos artículos muy hermosos que quizás no hubiera encontrado de otro modo, porque obviamente no fuimos capaces de explicarle al hombre lo que estábamos buscando. Finalmente, cuando regresamos al trineo, cada uno de nosotros tenía dos grandes paquetes (además, Basseches llevaba un montón de folletos que había comprado en el monasterio a fin de reunir material para un artículo). Aliviamos la espera prolongada en el sombrío restaurante de la estación de tren con más té y *zakuski*. Yo estaba cansado y comenzaba a sentirme enfermo. Esto se debía, en parte, a mi angustia por todas las cosas que habían quedado pendientes en Moscú. El viaje de vuelta fue pintoresco. En nuestro vagón había un farol encendido cuya vela de estearina fue robada durante el trayecto. No lejos de nuestros asientos había una estufa de hierro. También había grandes leños desparramados al azar debajo de los bancos. De vez en cuando, alguno de los empleados se dirigía a un asiento, lo levantaba y retiraba más combustible de esa especie de

cofre abierto. Llegamos a Moscú a las ocho. Esta fue mi última noche. Basseches llamó un taxi. Le pedí que espere frente a mi hotel mientras bajaba los juguetes que había comprado y, a toda prisa, busqué los manuscritos que debía entregarle a Reich en una hora. En la casa de Basseches, otorgué detalladas instrucciones a su sirviente y prometí que lo pasaría a buscar cerca de las once y media. Después tomé un tranvía y por suerte adiviné en qué estación tenía que descender para dirigirme al departamento de Reich, así que llegué más temprano de lo que esperaba. Con gusto hubiera tomado un trineo, pero era imposible: no sabía el nombre de la calle en la que vivía Reich y tampoco era capaz de localizar el nombre de la plaza aledaña en el mapa de la ciudad. Asja ya se había acostado. Dijo que me había esperado por un largo tiempo, pero luego pensó que no llegaría. Le habría gustado salir de inmediato conmigo para mostrarme un sórdido bar que descubrió por casualidad en el barrio. También había una casa de baños públicos en la zona. Se había encontrado con todo esto cuando se perdió y tuvo que encontrar su camino de regreso entre patios y pasajes laterales. Reich también estaba en la habitación; se estaba dejando crecer la barba. Yo estaba demasiado fatigado, a tal punto que, exagerando mi profundo cansancio, reaccioné con crueldad a una de las usuales y angustiosas preguntas de Asja (sobre su pequeña esponja, etc.). Pero la conversación pasaba muy rápido. Les conté lo mejor que pude sobre mi excursión, en el corto tiempo del que disponíamos. Luego me dieron algunos mensajes que debía entregar en Berlín: llamados telefónicos a una gran variedad de conocidos. Más tarde, Reich se fue de la habitación para escuchar la transmisión radiofónica de *El Revisor*, interpretada por Chekhov[170] en el Teatro Bolshoi. Me quedé un rato a solas con Asja. Ella planeaba visitar a Daga en la mañana siguiente, por lo tanto yo debía tener en cuenta que quizás no la volvería a ver antes de mi partida. Cuando Reich regresó, Asja fue al cuarto contiguo a escuchar la radio. No me quedé mucho más tiempo, pero antes de salir les mostré las postales que había traído del monasterio.

## 1 de febrero

Por la mañana fui una vez más a la pastelería, pedí café y comí un pastelito. Luego, al Museo del Juguete. Algunas de las fotografías que había ordenado no estaban listas. No me preocupé demasiado porque significaba que me devolverían 10 *chevronetz*, justo en el momento en que más necesitaba el dinero (había pagado las fotografías por adelantado). Pasé brevemente por el Museo del Juguete y luego corrí hasta el Instituto Kameneva para despedirme del Dr. Nieman. Desde ahí en trineo a la casa de Basseches. Desde ahí, con su sirviente, a la oficina de viajes y luego en taxi hasta la aduana. Lo que tuve que pasar por segunda vez en ese lugar es indescriptible. Había una espera de veinte minutos frente a una ventanilla en la que estaban contando billetes de a mil. Ninguna persona en el lugar estaba dispuesta a cambiarme cinco rublos. Era absolutamente necesario que mi valija, en la que no sólo guardaba todos mis hermosos juguetes, sino también todos mis manuscritos, viajase en el mismo tren que indicaba mi pasaje. Dado que no pudo ser consignada sino hasta la frontera, era esencial que yo estuviera ahí para recibirla. Por fin logré disponer este procedimiento. Pero, una vez más, fui testigo de la permanencia del servilismo que aún corre por la sangre de la gente en este lugar; el sirviente parecía totalmente indefenso frente a la argucia y el letargo de los oficiales aduaneros. Respiré más tranquilo cuando al fin pude enviarlo de regreso con un *chervonetz*. La agitación me había vuelto a causar dolores de espalda, pero me sentía feliz por disponer de algunas horas tranquilas. Me entretuve caminando por la hermosa fila de puestos en la plaza, compré otro paquete de tabaco de Crimea y almorcé en el restaurante de la estación Yaroslavsky. Aún tenía suficiente dinero para telegrafiar a Dora y comprar un set de dominó para Asja. Concentré toda mi atención en estos últimos recados en la ciudad, y me causó placer porque tuve la oportunidad de dejarme llevar de un modo que no había sido usual durante mi estadía. Volví al hotel poco antes de las tres. El suizo me dijo que una mujer había

ido a verme y que regresaría más tarde. Fui a mi habitación y luego me dirigí a la recepción para pagar mi cuenta. Cuando estaba volviendo a mi cuarto, descubrí la nota de Asja sobre la mesa que antes había pasado por alto. Decía que me había esperado por un largo rato, sin haber comido, y que iría a una *stolovaya* cercana. Debía buscarla ahí. Me apresuré para salir a la calle y la encontré caminando en mi dirección. Ella sólo había comido un poco de carne y todavía estaba hambrienta, así que, antes de regresar con ella a mi habitación, corrí hasta la plaza para comprar algunas mandarinas y aperitivos. En medio del apuro, había traído la llave del cuarto conmigo; Asja me esperaba en el lobby. Le pregunté «¿Por qué no entraste a la habitación? La llave está en la puerta». Y me sorprendió la inusual amabilidad de su sonrisa cuando me dijo «no». Esta vez, había encontrado a Daga en buen estado y había entablado una discusión amarga pero provechosa con la doctora. Ahora estaba recostada sobre mi cama, debilitada pero sintiéndose bien. Me senté a su lado, luego me trasladé a la mesa para escribir mi dirección en unos sobres, después fui hasta mi valija y le mostré los juguetes que había comprado en los últimos días. Le gustaron mucho. Pero, mientras tanto —y debido a mi profundo agotamiento, entre otras cosas— me costaba contener las lágrimas. Hablamos de algunas cosas más, por ejemplo sobre cómo debería escribirle y qué cosas debería evitar. Le pedí que me hiciera una bolsa para el tabaco. Que me escribiera. Por último, cuando sólo nos quedaban unos pocos minutos, mi voz comenzó a quebrarse y Asja se dio cuenta de que estaba llorando. Al final me dijo: «no llores o voy a terminar llorando también, y una vez que empiezo no puedo detenerme tan fácilmente como tú». Nos abrazamos fuerte. Luego subimos a la recepción, donde no me quedaba más por hacer (pero no quería esperar al *sovietdushi*). Cuando apareció la mucama, me aparté de su camino sin dejarle propina y salí del hotel junto a Asja, que me seguía con el abrigo de Reich bajo el brazo. Le dije que llamara a un trineo. Estaba a punto de subir, después de despedirme de ella nuevamente, pero le pedí que me acompañara

hasta la esquina de la Tverskaya. Allí descendió y, cuando el trineo comenzaba a ponerse en marcha, en plena calle, besé sus manos una vez más. Ella se quedó ahí un largo rato, diciéndome adiós. La saludé desde el trineo. Me pareció que se alejaba caminando de espaldas, pero luego la perdí de vista. Sosteniendo la enorme valija sobre mis rodillas, transité por las calles hacia la estación, al atardecer, con lágrimas en mis ojos.

# Apéndice

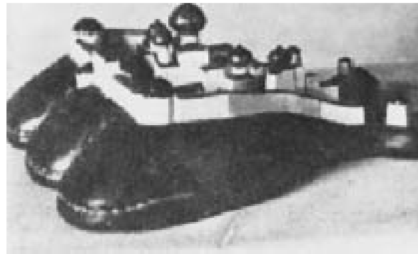
# Juguetes rusos[171]

Los juguetes de todas las culturas fueron, inicialmente, productos de la industria artesanal. El *stock* de las variedades primitivas usadas por los grupos más bajos de la sociedad, los campesinos y artesanos, proporcionaron cimientos seguros para el desarrollo de los juguetes infantiles hasta la actualidad. No hay nada de excepcional en esto. Para el niño, el espíritu del que provienen estos productos —el proceso entero de producción y no sólo el resultado — está vivo en el juguete y, por supuesto, el niño entiende mucho mejor un objeto producido primitivamente que uno que deriva de un proceso industrial complejo. Casualmente, ésta es la base legítima de la tendencia moderna de producir juguetes «primitivos» para niños. Ojalá los artesanos no se olvidaran con tanta frecuencia, al llevar a cabo esta tarea, que no es la forma constructiva y esquemática la que el niño percibe como primitiva sino la totalidad de la construcción de su muñeca o su perro de juguete, siempre y cuando pueda imaginar cómo está hecho. Eso es lo único que quiere saber; eso es lo primero que establece su relación vibrante con los juguetes. Quizás, justamente por eso, uno podría decir que sólo los alemanes y los rusos, de todos los europeos, tienen verdadero ingenio para fabricar juguetes.

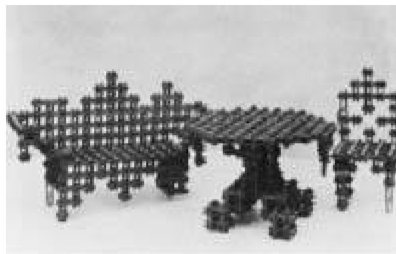
La industria alemana de juguetes es la más internacional. Todos conocemos la muñeca pequeña y el reino animal, la caja de fósforos con habitaciones de casas de granja, el arca de Noé y la lapicera con forma de oveja que se hacen en las aldeas de Turingia y los Montes Metálicos, así como en la región de Nüremberg; se conocen no sólo en Alemania sino también en el resto del mundo. Por otro

lado, los juguetes rusos no son tan conocidos. Su producción está muy poco industrializada y apenas se difunde del otro lado de la frontera rusa, a excepción de la figura estereotipada de «Baba», esa pieza de madera con forma de cono que tiene varias capas de pintura y representa a una campesina. De hecho, los juguetes rusos son los más finos y diversificados de todos. Los ciento cincuenta millones de personas que habitan el país pertenecen a diversas nacionalidades, de las cuales, a su vez, todas poseen habilidades artísticas más o menos primitivas y más o menos desarrolladas. Por eso, los juguetes se producen en cientos de modismos estilísticos diferentes y con los más diversos materiales: madera, arcilla, hueso, telas, papel, papel maché; solos o combinados. La madera es el material más importante. Existe un dominio incomparable de la forma de trabajarla —tallado, pintura y laqueado— prácticamente en todos los rincones de esta tierra de grandes bosques. Desde simples marionetas de madera de sauce blanca y suave; vacas, cerdos y ovejas similares a los reales; cofres de joyas laqueados, con pinturas artesanales de colores brillantes que ilustran al lugareño en su troica, a los campesinos reunidos alrededor de un samovar, a las mujeres cosechadoras y a los leñadores en plena labor hasta grupos enormes de monstruos esculpidos que interpretan antiguas sagas y leyendas; los juguetes y objetos de madera llenan un negocio tras otro en las calles más elegantes de Moscú, Leningrado, Kiev, Cracovia y Odesa. El Museo del Juguete de Moscú posee la colección más grande. Tres gabinetes del museo están llenos de juguetes de arcilla que provienen del norte de Rusia. Lo vigoroso de la expresión rural de estos muñecos del distrito de Viatka contrasta con lo frágil que son estos objetos. A pesar de eso, sobrevivieron un largo viaje. Y menos mal que encontraron un refugio seguro en el Museo de Moscú, porque quién sabe cuánto tiempo hubiera podido resistir este tipo de arte folclórico al progreso triunfante de la tecnología que se extiende por toda Rusia. Se supone que ya cesó la demanda de estos objetos, al menos en las ciudades. Pero en las granjas, todavía se amasa arcilla al final del

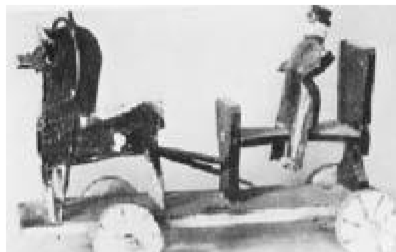
día, y luego se pinta con colores brillantes y se quema; seguramente, en su ciudad de origen, estos juguetes todavía viven.



Juguete de madera pintado que representa a la Tierra sostenida por tres ballenas. Motivo derivado de una leyenda rusa.



Muebles de una casa de muñecas del siglo XIX hecha por convictos siberianos.



Juguete tallado en madera, originario de la provincia de Vladimir. 1860-1870.



Muñeca de paja, tradicionalmente asociada a la cosecha estival.



Adorno navideño con la figura de un samovar y tamborilero mecánico.

# Cartas

## Moscú, 10 de diciembre de 1926

Querido Gerhard [Scholem][172]:

Aprovecho media hora de la que no esperaba disponer para, finalmente, darte algunas noticias sobre mí. Por una curiosa coincidencia, creo que tu hermano también está aquí, en Moscú. Según lo que averigüé ayer, lo invitaron a la sesión extendida de la Komintern como uno de los representantes de la «oposición» alemana[173]. Quédate tranquilo; déjame aclararte que no estoy en ninguna misión oficial. Pero naturalmente me entero de muchas cosas útiles e interesantes. Mi principal fuente de información es un amigo, el Dr. Reich, que estuvo trabajando aquí durante un año, mayormente como crítico teatral para periódicos rusos. Llegué el 6, después de un viaje de dos días, y es tanto lo que veo y escucho a diario que, a la noche, caigo en la cama muerto de cansancio. Por supuesto, mi desconocimiento del ruso, el frío y el poder de las impresiones también tienen mucho que ver. Todavía no estoy seguro de cuánto tiempo estaré aquí. Como finalmente Rowhlt publicará mi libro, no puedo estar lejos de Berlín para siempre. (Lo único que se publicará en Navidad es un volumen de la traducción de Proust, que te enviaré de inmediato). Me alegró mucho que me hayas enviado los artículos de tu esposa. Me gustaron mucho la crítica encantadora y aguda de la novela y la nota sobre Dorothea Schlegel. Poco antes de que me fuera de Berlín, hablé con Mirjam Hoflich[174]. Por el momento, no esperes que intente describir mi estadía aquí. Todavía no estuve el tiempo suficiente y hay muchas otras cosas que demandan mi atención. Realmente lo mejor sería

que nos viéramos en París el año próximo para que podamos hablar sobre esto y otras cosas[175]. Mientras tanto, mantenme al tanto de tus asuntos y envíame lo que estás publicando. En poco tiempo, debería salir una nota breve mía, «Gruss en Marsella»[176]. Por lo menos, te llegan las cosas que escribo para el Literarische Welt. Así que esto es Rusia, nomás. Aquí el invierno es tan crudo y tan difícil de soportar que uno siempre está consciente de lo lejos de todo que está esta metrópolis (de entre dos millones y medio y tres millones de habitantes). En lo político, este número demográfico se traduce en un factor dinámico extraordinariamente poderoso, pero desde el punto de vista de la civilización, se convierte en una fuerza de la naturaleza que es difícil de controlar. No se puede creer lo alto que es el costo de vida aquí y, para mí, fue una sorpresa verdaderamente desagradable, en especial, porque no le doy mucho crédito a los cuentos de «viajeros» o «periodistas» profesionales. Si uno sabe un poco de ruso y dedica todo su tiempo al trabajo, puede llevar una vida decente. Creo que ya te conté que estoy haciendo algunos trabajos para la Enciclopedia Soviética oficial y, entre otras cosas, estoy planeando escribir algunos artículos para ellos. Por el momento, no voy a publicar nada en los periódicos. Por lo menos, Buber (¡!) me encargó una pieza extensa sobre Moscú para el *Die Kreatur*[177]. Surgió durante su último viaje a Berlín. Me propuso publicar algo y, después de pensarlo bastante, accedí. Eso fue cerca de Jánuca. Espero que tú lo hayas pasado bien. Dora y Stefan estaban bien cuando me fui. Seguramente ella misma te contará que se fue de Ullstein y es la jefa de redacción del *Praktische Berlinerin*[178], que ahora pertenece a otra empresa que lo compró. Antes de ayer hablé con Alexander Granovsky, el director del teatro judío. ¿Lo conoces? Mañana me reuniré con Kameneva (la hermana de Trotsky), que tiene contactos extranjeros. Quieren que dé un discurso. Creo que incluso tienen la idea de entrevistarme por mis «impresiones de Moscú». Todo gracias al frío, que parece haber congelado el flujo de intelectuales. (Me enteré de algunos detalles interesantes sobre la estadía de Toller aquí, que terminó tan

abruptamente). ¿Qué novedades tienen ustedes dos? Por favor, respóndeme a la dirección de Berlín. También dime qué posibilidades hay de que vayas a París. Creo que estaré allí alrededor de marzo. Los más cálidos saludos para ti y para Escha[179].

Tuyo, Walter. Moscú, Sadovaia Triumfalnaia

## 26 de diciembre de 1926

Querida Jula [Radt][180]:

Espero que recibas esta carta. Si la recibes, escríbeme una linda respuesta. Si me estoy aventurando a escribirte, es porque acabo de recibir noticias de Alemania por primera vez desde que llegué. Pensé que se estaban perdiendo todas las cartas. Pero parece que el correo es confiable. Ya te escribí una postal. No te creas que informar es fácil aquí. Tendré que poner mucha atención a lo que veo y escucho si quiero que tome forma. En el estado actual de las cosas, el presente —a pesar de lo efímero— es de un valor extraordinario. Todo se está construyendo o reconstruyendo y todo el tiempo surgen preguntas muy serias. Las tensiones de la vida pública —en gran parte de tipo teológico— son de tal magnitud que bloquearon la vida personal hasta un punto inimaginable. Si estuvieras aquí, probablemente te asombrarías más que yo. Recuerdo algunas de las cosas que contaste sobre Rusia en Agay durante el verano.

No puedo evaluar todo esto. Básicamente, aquí la situación permite y requiere que uno, desde adentro, adopte una postura,

incluso si se trata de una postura escéptica en muchos aspectos; desde afuera, lo único que se puede hacer es observar. Es realmente imposible predecir qué va a resultar de todo esto en Rusia: tal vez una sociedad realmente socialista; tal vez algo completamente distinto. Está en curso la batalla a partir de la cual se decidirá eso. Es más productivo estar en contacto con esta situación. Pero, pese a que reflexiono bastante, me es imposible involucrarme del todo. Falta determinar hasta qué punto podré establecer relaciones concretas que produzcan resultados. Todo indica que es probable que, de ahora en más, empiece a escribir varios artículos para algunos periódicos rusos y que haga un trabajo sustancial para la Enciclopedia. Hay mucho por hacer y una gran escasez de colaboradores competentes en el área de las humanidades. Más allá de eso, todavía no estoy seguro de qué escribiré sobre mi estadía aquí. Creo que ya te mencioné que reuní una gran cantidad de material en forma de diario. El encantador zumbido de un samovar me permitió olvidarme del terror que le tengo a la víspera de Navidad. Hubo muchas cosas hermosas: un paseo en trineo por los bosques rusos cubiertos de invierno para visitar una niña hermosa en una clínica infantil de primera línea. Fui con frecuencia al teatro, sobre el que se tienen ideas erróneas en el extranjero. A decir verdad, de todas las obras que vi hasta ahora, la única de gran importancia fue la producción de Meyerhold. A pesar del gélido frío (por debajo de los veintiséis grados bajo cero), es muy agradable caminar por la ciudad; eso es si no estoy exhausto, que es lo que sucede con frecuencia por mis dificultades con el idioma y el rigor de la vida cotidiana aquí. Pero una visita a esta altura del año es muy buena para mi salud y, al fin y al cabo, hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien. Pero todo es muy caro, a un nivel inimaginable. Parece que Moscú es el lugar más caro del mundo. Te contaré detalles más concretos sobre la vida aquí cuando regrese. ¿Te llegó mi cabeza fotografiada por Stone? ¿Cómo estás tú? ¿Fue Ilse[181] a Berlín? ¿Cómo está Fritz? Escríbeme una linda carta al respecto y usa muchas hojas de tu papel de piel de cebolla. Puedes

dirigírmela en cursivas, pero contéstame con mucho cariño. Te deseo demonios placenteros para el año nuevo.

Tuyo, Walter

Querido señor Kracauer[182]:

Podría ofrecerle muchas razones para explicar mi extendido silencio, la mejor de las cuales tal vez la haya expresado en el final de su última carta: «Pero ¿a *quién* le escribe uno? ¿Puede responder eso?». De verdad, uno podría pasar dos meses reflexionando sobre esta pregunta sin que se le ocurriese una respuesta. Pero el hecho es que estuve dando vueltas aquí durante semanas —congelándome por fuera pero con un fuego interno— y espero que no haya sido en vano. Sin embargo, apenas tengo fuerzas suficientes para hacer mi trabajo diario. Pronto regresaré. Por favor, escríbame a Grunewald. De todas formas, no habría podido brindarle un informe sustancial de cómo están las cosas aquí porque debo seguir observando y reflexionando hasta último momento para poder escribir un resumen medianamente comunicable de mi estadía; e incluso así es posible que termine siendo poco más que una pequeña foto de Moscú. A decir verdad, uno no se cansa tan fácilmente de ver esta ciudad. ¿Habló con Roth? Él le habrá dado algunos artículos para mí y le agradecería que me los enviara a Grunewald. Espero ansioso leer su último trabajo (*Ornament der Masse*) a mi regreso.

Saludos cordiales. Suyo, Walter Benjamin. Gost. «Tyrol» Sadovaia Triumfalnaia

## [Enero de 1927]

Me estoy guardando su reseña de Kafka así puedo leerla después de haberme familiarizado con *El Castillo*.

Querido Sr. Kracauer[183]:

J'ai été un peu long à vous ecrire. Pero cerca de regresar, me enteré de que había muchas cosas de con las que tenía que lidiar en mi pequeña oficina de juguete de editor; entre ellas, con una gripe. Hace varios días que estoy examinando mi expediente de «Moscú». Quizá te topes con algunas pequeñas notas mías en el Literarische Welt. Una colección encantadora de fotos (juguetes de origen ruso) debería haberte llegado a Frankfurt. Estoy ofreciéndolas a las Illustriertes Blatt[184] y hubiera preferido pedirte que hagas de intermediario (ya que tendrás para entonces mi texto, que acompaña las fotos que ves), de no ser porque un amigo me llevó à l'improviste a ver a [Karl] Otten, que ya las envió a Frankfurt. Finalmente, estoy planeando escribir algo «comprehensivo» sobre Moscú. Pero, como es frecuente conmigo, esto probablemente se va a dividir en notas particularmente pequeñas y disparatadas, y en gran parte de ellas el lector se verá abandonado a sus propios medios. Pero de cualquier manera que resulte y sin importar lo poco o mucho que pueda transmitir a mis amigos, estos dos meses fueron una experiencia verdaderamente incomparable para mí. Mi intención fue volver más rico en percepciones vívidas que en conceptos teóricos (y creo que fue algo provechoso). Veo cómo de ese modo me he acercado involuntariamente a una de las características de sus cuadernos parisinos, los cuales disfruté inmensamente. Me atrevo a decir que mis «observaciones»[185] de París coinciden en esencia con las suyas. «El brillo de los problemas», ésa es una fórmula absolutamente extraordinaria de qué es lo que provoca la belleza de las cosas y de la vida en esta ciudad, incluso bajo la iluminación más fuerte. No sé si has estado

siguiendo el diario de Gide de su viaje a África en la Nouvelle Revue Française[186]. Pero no sorprende que el gobernador francés fuera obligado a renunciar, teniendo en cuenta las cosas que han sido reportadas (y de una manera tan verídica) sobre las atrocidades coloniales francesas allí. Intente imaginar el equivalente alemán. O mejor aún, fíjese en la experiencia y muéstreme un solo caso desde la elección de Hindenburg que haya castigado el abuso infantil con más de una fianza o dos semanas en la cárcel. Espero que pronto podamos discutir este y otros asuntos. Estaré en Frankfurt por algunos días a mediados de marzo. Espero poder reunirme contigo entonces, así que no entraré en mayor detalle por aquí. Para cerrar, déjeme especificarle algunos de los libros listados en Büchereinlauf que estaría interesado en reseñar: Hamann, *Die Überseele – Grundzüge einer Morphologie der deutschen Literaturgeschichte*; Larissa Reissner, *Oktober* (ambos listados en el no. 6); el *Doppelroman der berliner Romantik*, editado por Helmut Rogge (en el n.º 7); y por último el *Die Sprache Ihr Begriff und ihre Deutung im XVI und XVII. Jahrhundert* de Paul Hankamer[187], que está anunciado en el n.º8 y debería salir en algunos días. Ya que esto es muy cercano a mi área de trabajo, es importante para mí y apreciaría especialmente la oportunidad de reseñarlo. Por favor hágame saber de usted. Si llegara a ver a Ernst Bloch, por favor, ¿podría informarle que me devolvieron las dos cartas que le escribí desde Moscú y que estoy ansioso por tener su dirección y saber de él?

Saludos cordiales. Suyo, Walter Benjamin. 23 de febrero de 1927. Berlín-Grunewald. Delbrückstr. 23

# (Carta de Lunacharsky a los editores de la Gran Enciclopedia Soviética)[188]

29 de marzo de 1929

Queridos camaradas:

Por favor discúlpenme por haber reaccionado tan lentamente a su carta y al material de Goethe que adjuntaron. Recién ahora puedo transmitirles algún tipo de opinión sobre este asunto.

Estoy completamente de acuerdo con la evaluación del artículo de Benjamin que contiene la carta al jefe editor. Este artículo es inapropiado y no sólo en su carácter no-enciclopédico. Demuestra talento considerable y cuenta con ocasionales pensamientos que son sorprendentemente agudos, pero no lleva a ninguna conclusión. Es más, no explica el lugar de Goethe dentro de la historia cultural europea, ni su lugar para nosotros en —por decirlo de algún modo— nuestro panteón cultural. Adicionalmente, la contribución incluye un número de tesis extremadamente cuestionables.

No sé si ustedes quieren hacer uso de este artículo, pero en cualquier eventualidad, quisiera ofrecer algunas observaciones personales. Los pasajes entre paréntesis en las páginas tres y cuatro, deberían ser omitidos. Uno no puede dejar la declaración de la página cinco: «Los revolucionarios alemanes no son hombres del Iluminismo, los hombres alemanes del Iluminismo no eran revolucionarios». Esta afirmación completamente falaz más tarde se contradice por el mismo autor cuando habla del sólido punto de vista clasista de Lessing, que después de todo fue un hombre del Iluminismo. En la misma página, los puntos relativos a la aversión de Goethe a cualquier forma de agitación violenta, como así también al estado, son muy confusos y no se mencionan en absoluto las razones más profundas de la hostilidad de Goethe para con la visión materialista del mundo de Holback. En la página seis niega que la objeción de Goethe derive, en gran parte, de su lúcida sensibilidad a

la vida natural, una sensibilidad que está extraordinariamente cerca a la concepción dialéctica. Las porciones de la página ocho que están entre paréntesis deberían ser omitidas; tengo varias correcciones de ortografía y otros errores. La idea expresada dentro de los paréntesis en la página cincuenta y nueve es poco clara. Uno apenas puede coincidir con el autor en la página dos, en la segunda parte de las conversaciones de Goethe con Eckermann, que constituyen uno de los trabajos literarios más finos del siglo XIX[189]. El traductor, aparentemente, obvió algo en la página seis; este pasaje debería ser restituido.

En general, vuelvo a recomendar que el artículo de Benjamín no sea impreso.

El artículo de Oskar Walzel es incluso menos apropiado. Es, claro, extraordinariamente difícil llegar a la vida de Goethe, difícil y cambiante, de una forma tal que se haga justicia a su diversidad e incluso a sus contradicciones al mismo tiempo que se subraya la unidad profunda que informa sobre la vida, los trabajos poéticos y científicos, etc. de Goethe. A pesar del hecho de que Walzel afirma que está meramente trabajando, con algunas correcciones, sobre el trabajo de Gundolf[190], su artículo no es sólo ideológicamente inaceptable para una enciclopedia marxista, sino también completamente incoherente en su totalidad.

No es alentador.

No sirve como ayuda en absoluto. La Enciclopedia de Literatura decidió asignarme el artículo sobre Goethe y fui lo suficientemente débil como para aceptarlo. Pero mientras tanto, debo darme cuenta de que dados todos mis otros compromisos, sería simplemente imposible de mi parte asumir una tarea que requiera esta responsabilidad.

Fuera de eso, la bibliografía adjunta al artículo de Walzel es indudablemente de valor y ciertamente podría tener alguna utilidad.

Comité del Pueblo de Instrucción Pública.
[A. Lunacharsky]

## Berlín, 23 de febrero de 1927

Mi estimado Herr Buber[191]:

Mi visita a Moscú duró un poco más de lo que yo esperaba. Y cuando volví a Berlín tuve que lidiar con una gripe. He estado de vuelta en el trabajo desde hace algunos días ya, pero no podré enviarte el manuscrito antes del fin de febrero. ¿Serías tan amable de hacerme saber cuándo te vas a Alemania? Haré lo posible por que tengas en tus manos el manuscrito por lo menos ocho días antes de tu partida. El trabajo de Wittig[192] al que te referías es valioso e iluminador. Hay algo que te puedo asegurar con certeza. Es algo negativo: mi presentación carecerá de toda teoría. En esta moda espero triunfar dejando a la «criatura» hablar por sí misma: en la medida en la que haya triunfado en aprovechar y traducir este idioma nuevísimo y desorientador que hace fuerte eco a través de la máscara resonante de un ambiente que ha sido completamente transformado. Quiero escribir una descripción de Moscú en este momento en el que «toda la factualidad es teorizada» y que por lo tanto se abstendrá de cualquier abstracción deductiva, de cualquier pronosticación e incluso, dentro de ciertos límites, de cualquier juicio. Todas éstas, estoy absolutamente convencido, no pueden ser formuladas basándose en información espiritual sino en hechos económicos sobre los que pocas personas, incluso en Rusia, tienen un conocimiento lo suficientemente amplio al respecto. La Moscú actual revela un rango de posibilidades en forma esquemática: sobre todo el rango de posibilidades que implica el triunfo o el fracaso de la Revolución. En cualquier caso, resultará algo imprevisible y su imagen será muy diferente a cualquier boceto programático que uno pueda dibujar del futuro. Los resultados de ésto están claramente visibles en el pueblo y en su entorno.

Eso es todo por hoy. Te deseo lo mejor, lo saluda Atte. Walter Benjamin

## Prefacio a una serie planeada para *Humanité*[193]

Pertenezco a esa generación que tiene ahora entre treinta y cuarenta años. Los intelectuales de esta generación son, por lejos, los últimos que han disfrutado de una educación apolítica. La guerra encontró a sus elementos de izquierda en un momento más o menos de pacifismo radical. La historia de la Alemania de posguerra es en parte la historia de éste ala izquierda original de los intelectuales. Uno puede estar seguro al afirmar que la Revolución de 1918, que falló por su espíritu de advenedizo pequeño-burgués, radicalizó más a su generación que la misma guerra. En Alemania es cada vez más frecuente —y éste es el hecho más curioso e importante sobre este proceso— que el estado del escritor no afiliado es cuestionado y uno gradualmente se da cuenta de que el escritor (como el intelectual, en el más amplio de los sentidos) conciente o inconcientemente, queriendo o sin querer, trabaja al servicio de una clase y recibe su mandato desde esa misma clase. Dado el hecho de que para un intelectual es incluso más difícil ganarse la vida, esta comprensión particular ha sido acelerada en los últimos tiempos. La contra-presión política de la clase dominante que ha llevado en estos últimos años a la censura y a juicios literarios [tachado: que evoca los días de «Santa Alianza»] forma parte del mismo proceso. Dadas las circunstancias, la empatía de los intelectuales alemanes por Rusia no es meramente abstracta, sino que tiene que ver con intereses concretos. Es curioso descubrir: ¿Cuál es la tarifa de los intelectuales en un país en el que el proletariado es el empleador? ¿Cómo define el proletariado las condiciones esenciales para su existencia y qué tipo de ambiente encontrarán los intelectuales? ¿Qué se puede esperar de un gobierno proletario? Dado el sentido de la evidente crisis que enfrenta el destino de los intelectuales en la sociedad burguesa, escritores como Toller, Holitsher[194] y Leo Matthias[195], pintores como Vogeler-Worpswede[196] y directores de teatro como Bernhard Reich han estudiado a Rusia y consultado a sus colegas locales. Es

en el mismo sentido que me encontré en una ciudad donde simplemente gracias a mi capacidad como escritor pude disfrutar de privilegios materiales y administrativos. (No sé de ninguna otra ciudad, excepto Moscú, donde el estado le pague una habitación a un escritor. Después de todo, los hoteles son administrados por el Soviet). Las siguientes piezas han sido extraídas de un diario que mantuve allí incesantemente durante ocho semanas. Intenté transmitir una imagen de la Moscú proletaria que uno puede conocer sólo cuando ha sido testigo de ella bajo el hielo y la nieve, y sobre todo intenté hacer que la fisonomía de su jornada laboral y de su nuevo ritmo grafique tanto la vida del trabajador como la del intelectual.

París, 1 de mayo de 1927

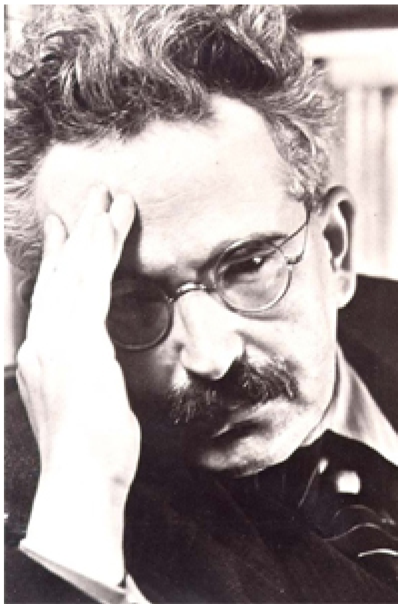
## (Extracto de una carta de Benjamin)
## Pardigon, 5 de junio de 1927

Mi más estimado Herr von Hofmannsthal[197]:

Creo que ya pasó un año desde la última vez que le escribí. Todo este tiempo estuve en Rusia. Si no dejé que filtrar nada durante mis meses en Moscú fue porque dado el impacto de mis primeras impresiones de esta intensa, y extranjera, existencia, no estaba en condiciones de informar nada. Tuve esperanzas de poder incluir en mi primera carta mi intento de describir esta estadía. Pero a pesar de que las galeras del ensayo han estado listas, no ha sido publicado aún. En este ensayo he intentado mostrar esas manifestaciones concretas de la vida que me golpearon en lo más

profundo y mostrarlas tal cual son y sin digresiones teóricas, incluso privado de mi propio punto de vista. Dada mi ignorancia del lenguaje, obviamente no pude tratar más que una porción de vida bastante estrecha. Pero me concentré menos en lo visual que en la experiencia rítmica, una experiencia en la que el arcaico ritmo ruso se integra con los nuevos ritmos de la Revolución. Una experiencia que, por los estándares occidentales, descubrí que es mucho más inconmensurable de lo que esperaba. Había planeado emprender (casi incidentalmente) un proyecto literario durante mi estadía, pero fracasó. Los editores de la Enciclopedia Soviética intentaron dividir el trabajo en cinco etapas, pero son pocos los investigadores competentes que están disponibles para el proyecto y no están en posición de poder llevar a cabo su gigantesca empresa. Yo mismo pude observar cuán oportunamente vacilaron entre su programa marxista de ciencia y su deseo de ganar algún tipo de prestigio europeo. Pero ni esta decepción privada ni las dificultades y rigores de Moscú en la profundidad del invierno fueron suficientes para disminuir la poderosa impresión que me causó esta ciudad en la que los habitantes continúan recuperándose de las peores batallas en las que todos, de alguna manera u otra, estuvieron involucrados. Concluí mi estadía en Rusia con una visita a Sergeiro-Lavra, el segundo monasterio más viejo en el reino y lugar de peregrinaje para todos los boyardos y zares. Habitaciones llenas de estolas enjoyadas, con una suma infinita de evangelios iluminados y libros de plegarias, con manuscritos que datan de los monjes Athos, todos originarios del siglo XVII, como así también íconos incontables de todos los períodos, bañados en oro, con las cabezas de las vírgenes mirando por encima de los marcos dorados como si estuvieran atrapadas en grilletes chinos. Visité todo esto por más de una hora con una temperatura de veinte grados bajo cero. Era como un refrigerador gigante en el que se congelaba para su preservación a la cultura antigua durante los días negros de la Revolución. En Berlín, las semanas que siguieron, me ocupé más que nada de seleccionar aquellas cosas que parecían comunicables desde el

detallado diario que mantuve en el transcurso de mi viaje, el primer diario de ese estilo que había escrito en quince años. Cuando volví a Alemania, supe que habían publicado el Proust [*A la sombra de las muchachas en flor*] y confirmé el hecho de que la editorial le envió una copia en mi ausencia. Si tiene oportunidad de echarle una ojeada, espero que no se disponga desfavorablemente hacia él. Fue bien recibido por los críticos. Pero ¿qué significa eso? Honestamente, creo que cualquier traducción que haya sido asumida por las razones más importantes y urgentes (por ejemplo, la traducción de la Biblia) o por el simple propósito de un estudio filológico, tiene algo de absurdo en ella. Estaría feliz si en este caso no fuera también inoportunamente evidente […].



WALTER BENJAMIN (Berlín, 15 de julio de 1892 – Portbou, 27 de septiembre de 1940) fue un filósofo, crítico literario, crítico social, traductor, locutor de radio y ensayista alemán. Su pensamiento recoge elementos del Idealismo alemán o el Romanticismo, del materialismo histórico y del misticismo judío que le permitirán hacer contribuciones perdurables e influyentes en la teoría estética y el Marxismo occidental. Su pensamiento se asocia con la Escuela de Frankfurt.

Con la llegada del nazismo a Alemania y la posterior persecución de judíos y marxistas, abandonó Berlín para siempre y se trasladó a Ibiza, Niza, y finalmente a París.

Walter Benjamin murió el 26 o 27 de septiembre de 1940 en Portbou, (España), tras ingerir una dosis letal de morfina en un hotel de la localidad fronteriza pirenaica, después de que el grupo de refugiados judíos que integraba fuera interceptado por la policía española cuando intentaba salir de Francia.

# Notas

[1] Bernhard Reich (1894-1972), dramaturgo, director y crítico, fue el compañero de vida de Asja Lacis. De origen austríaco, se nacionalizó soviético hacia mediados de los años ‘20. Escribió una monografía, *Brecht*, en ruso (Moscú, 1960) y publicó sus memorias bajo el título *Im Wettlauf mit der Zeit: Erinnerungen aus fünf Jahrzehntm deutscher Theatergeschichte*, Berlín, Henschelverlag, 1970; que fuera reeditado en ruso bajo el título *V’ena Berlín Moskva Berlín*, Moscú, Iskusstvo, 1972. <<

[2] Asja Lacis (1891-1979), actriz letona, directora de teatro, Benjamin la conoció en Capri durante el verano de 1924. Lacis publicó selecciones de Benjamin, Meyerhold y Brecht en *Revolutionär im Beruf*, ed. H. Brenner, Munich, Rogner y Bernhard, 1972. Después de haber publicado un libro sobre teatro revolucionario alemán (*Revolutsii teatr germani*, Moscú, Goslitizdat, 1935), fue internada por un lapso de quince años, hasta la muerte de Stalin. Su bibliografía se encuentra anexa al libro *Anna Lacis*, de M. Miglane y otros, Riga, Liesma, 1973, páginas 250-255. <<

[3] En septiembre de 1926, Lacis tuvo una crisis nerviosa que la llevó a vivir durante un tiempo en el Sanatorio Rott, ubicado cerca de la calle Gorky. <<

[4] Según la autobiografía de Lacis, Benjamin y Brecht se conocieron en Berlín antes del viaje de Benjamin a Moscú. Sin embargo, la mayoría de los académicos coincide en que su primer encuentro, orquestado por Lacis, tuvo lugar en 1929. Ver *Dialektik im Stillstand*, de See Rolf Tiedemann, Frankfurt, Suhrkamp, 1983, p. 45; y Brecht *Chronicle*, de Klaus Volker, New York, Continuum, 1975, p. 54. <<

[5] Vsévolod Emílievich Meyerhold (1874-1942), actor, realizador y director teatral, le otorgaron en 1923 un teatro a su disposición, al cual denominó *Teatr imeni Meyerholda* (TIM). <<

[6] Los ensayos para El revisor, producción de Meyerhold basada en la obra de Gogol, duraron un año y medio. En contraste a la primera mitad de la década de 1920, época en la que produjo un sinfín de obras, incluso simultáneas, en lapsos más bien cortos, Meyerhold dedicó largo tiempo a preparar El revisor casi en exclusividad, y apenas interrumpió esta tarea para supervisar la dirección de Rychi Kitai! (Ver nota al pie n.º 91). <<

[7] Instituto Kameneva era un nombre alternativo para la VOKS, acrónimo de *Vsesoiuznoe Obshchestvo Kult'urnoi Sviazi s zagranitse* (Sociedad de la URSS para las Relaciones Culturales con los Países Extranjeros), entidad que existió entre 1925 y 1958. Entre los años 1925 y 1929, su directora fue Olga Kameneva (1883-1941), hermana de Trotsky. <<

[8] La Casa Herzena, bautizada así en honor a Alexandr Herzen (1812-1870), era en este entonces sede habitual de las reuniones de la *VAPP* (Asociación Federal de escritores proletarios). <<

[9] Acrónimo de *Vserossiiskaya assotsiastsiya proletarskikh pissatelei*, [Asociación Federal de escritores proletarios], entidad fundada en 1920. <<

[10] Petr Semenovich Kogan (1872-1932), historiador y crítico literario, profesor de Filología Románica y Germánica en las universidades de San Petersburgo y de Moscú, presidente de la Academia de artes desde su constitución, en 1921. <<

[11] La obra en cuestión era *Dni Turbinych* («Los días de los Turbin»), puesta en escena por Konstantin Stanislavsky (1863-1938) como una adaptación de la novela *La Guardia Blanca* (1924), de Mikhail Bulgakov (1891-1940). <<

[12] Mikhail V. Frunze (1885-1925), destacado General y funcionario del Partido, quien también fuera Comisario del Pueblo para Asuntos Militares y Navales. La novela en clave en cuestión se trata de *Povest nepogashennoy luny* («El cuento de la Luna inextinguible»), publicada en el quinto número de *Novyi Mir* («Nuevo mundo»), en 1926. <<

[13] Viktor A. Chestakov (1898-1957) era el escenógrafo principal del Teatro de la Revolución entre 1922 y 1927, cuando pasó al Teatro Meyerhold hasta su cierre, en el año 1937. <<

[14] Zinaida Raikh (1894-1939) era habitualmente la protagonista de las obras producidas por su esposo. Algunas de las críticas más feroces hechas a las producciones de Meyerhold tenían que ver con el lugar supuestamente «exagerado» que ocupaba su mujer en ellas. Véase, por caso, la crítica de Viktor Shklovsky «Quince partes de la mujer del alcalde» en la *Krasnaya gazeta* del 22 de diciembre de 1926. <<

[15] Grigory Lelevich (1901-1945), seudónimo de Labori Gilelevich Kalmanson, poeta, crítico, y uno de los editores de la revista *Na postu* («En guardia»), que tuviera seis números publicados entre 1923 y 1926. Fue también cofundador de un grupo homónimo en 1923, sobre el cual perdió influencia hacia 1926 a causa de luchas de poder en el seno del grupo. Expulsado del Partido, murió en un campo de concentración en 1945. <<

[16] Se refiere a su libro *Einbahnstrasse* («Calle de sentido único»), de Walter Benjamin, Berlín, Rowohlt, 1928. Partes de este libro pueden leerse traducidas al inglés por Edmund Jephcott en el libro *Reflections* («Reflexiones»), de Peter Demetz, ed., New York, Harcourt, Brace, Jovanovich, 1978. La dedicatoria de Benjamin a Lacis rezaba: «Esta calle se llama Calle de Asja Lacis, en honor a la ingeniera que trazó dicha calle en la mente del autor». <<

[17] Sascha Stone (1895-1940), fotográfo publicitario y de moda nacido en Rusia y de gran popularidad en Berlín durante la década de 1920. Stone estudió dibujo y escultura en París, luego abrió su estudio de fotografía en Berlín; huyó a Bélgica en 1933. Colaboró en el fotomontaje que ilustra la tapa de la primera edición de *Einbahnstrasse*; también fotografió *Cabeza* de Benjamin esculpida por Jula Radt. <<

[18] Ernst Toller (1893-1939), partícipe importante de la efímera República Soviética de Baviera, en 1919. Sus obras fueron a menudo representadas en los escenarios soviéticos durante la década de 1920. Estuvo en Moscú entre marzo y mayo de 1926. Véase su ensayo *Quer durch*, Berlín, G. Kiepenheuer, 1930. <<

[19] Paul Werner (1884-1953), seudónimo de Paul Frölich. Publicó un artículo en *Pravda* en el que agredía a Toller, el 20 de marzo de 1926. Toller respondió seis días más tarde mediante una carta al editor. <<

[20] Probablemente se refiere al novelista danés Jens Peter Jacobsen (1847-1885). <<

[21] Alexandr Granovsky (1890-1935), director de la Academia Judía de Teatro de Moscú. Benjamin lo cita brevemente en *Gesammelte Schrifte* («Textos escogidos»), Rolf Tiedemann and Hermann Schweppenhauser, eds., Frankfurt, Suhrkamp, 1972-1977, IV, páginas 518-522. <<

[22] Antes de dejar Moscú, a Benjamin lo habían invitado (probablemente por recomendación de Reich) a escribir un artículo sobre Goethe para la *Bolshaya sovetskaya entsiklopediya* (Gran Enciclopedia Soviética). <<

[23] Alexandr Ilich Bezymensky (1898-1973), poeta y activista; hacia 1926 formaba parte de la misma facción literaria de la *VAPP* que Lelevich. <<

[24] Jakob Grommer (1879-1933), ruso, estudió Matemáticas en Alemania y trabajó durante diez años como asistente de Albert Einstein, mucho más tiempo que cualquier otro de los colaboradores del físico. Su cara estaba totalmente desfigurada a causa de una enfermedad llamada Acromegalia. <<

[25] León Trotsky (1879-1940), Grigory Zinoniev (1883-1936) y Lev Kamenev (1883-1936) eran en este entonces los líderes de la oposición a Stalin. <<

[26] Dicho pasaje dice: «El que ama, no sólo siente apego por los “defectos” de la amada, por las manías y las flaquezas de una mujer, sino que las arrugas de su rostro y los lunares, sus vestidos gastados y su andar ladeado, la atan a ella de una forma más duradera e inexorable que toda su posible belleza. Es algo más que sabido. ¿Y por qué? Si es cierta la teoría que dice que las sensaciones no anidan en la cabeza, que la impresión de una ventana, de una nube, de un árbol, no se siente en el cerebro, sino, más bien, en el lugar donde la percibimos; en tal caso, también en lo que se refiere a nuestra visión de la amada nos encontramos fuera de nosotros mismos. Si bien, en este caso, dolorosamente atentos y maravillados. La sensación revolotea deslumbrada, como una bandada de pájaros, en el resplandor de la mujer. Y del mismo modo que los pájaros buscan cobijo en los frondosos escondrijos del árbol, también las sensaciones se refugian en las sombrías arrugas, en los gestos torpes y en los defectos insignificantes del cuerpo amado, donde encuentran un escondrijo seguro. Y nadie, al pasar, podrá adivinar que es justamente aquí, en lo imperfecto y reprochable, donde anida la arrebatada emoción amorosa del amante». <<

[27] El estudio musical del *Moskovskii Khudozhestvennyi Teatr* (Teatro artístico de Moscú), conocido por su acrónimo *MKHAT*, compartía ubicación física en el Teatro Dmitrovsky con el estudio estatal de ópera de Stanislavsky. <<

[28] Alfredo Casella (1883-1947), compositor y músico italiano. <<

[29] *La novia del Zar* fue estrenada el 28 de noviembre de 1926, y marcó un cambió de rumbo en el interés de Stanislavsky, que pasó a enfocarse en las obras clásicas del teatro de ópera ruso. <<

[30] En rigor, *Eugene Onegin*, de Tschaikovsky, ya había tenido estreno previo en el Estudio Opera y fue la primera ópera completa que produjo Stanislavsky. <<

[31] Stefan (1919-1972) era el hijo que Benjamin tuvo con Dora Pollack (1890-1964); Daga era la hija de Asja Lacis. <<

[32] *Cement* («El cemento»), novela escrita por Fyodor Gladkov (1883-1958) en 1925. En junio de 1927, Benjamin publicó una crítica de la versión traducida al alemán. <<

[33] Los *isvostchick* eran los encargados de manejar los trineos. [Nota del T.]. <<

[34] Miembros de la Unión Comunista de la Juventud (*Kommunisticheski Soyuz Molodiozhi*). <<

[35] Un antiguo área de Moscú que incluye la Plaza Roja y que limita con el Kremlin. <<

[36] Bela Illeés (1895-1974), escritor húngaro que se mudó a la Unión Soviética hacia 1923 y acabó siendo secretario general de la Unión Internacional de Escritores Revolucionarios (1925-1933) y General del Ejército Rojo durante la Segunda Guerra Mundial. <<

[37] V. S. Starukhin. <<

[38] Barón Petr Wrangel (1878-1928), general ruso que apoyó el intento de golpe de Kornílov sobre el Sóviet de Petrogrado. Luego de su derrota a manos del Ejército Rojo en lo que fue la última gran batalla de la guerra civil, huyó al extranjero. <<

[39] Por aquel entonces se completaba la publicación de la totalidad de la obra de G. V. Plekhanov, que constaba de veinticuatro volúmenes, *Sochinenija* («Composiciones»), Moscú, 1923-1927. <<

[40] Puede estar refiriéndose a *Jauna Vienrba* («Nueva unidad») o a *Krievijas Ctna* («Noticias rusas»), dos publicaciones con las que Asja colaboró durante este período. <<

[41] Banco estatal (*Gos*, abreviatura de *gosudarstvennyi*). <<

[42] Vilis Knorin (1890-1938), importante funcionario del Partido y del gobierno, director de la *agitprop* del comité central del Partido entre 1926 y 1927. <<

[43] Egon Erwin Kisch (1885-1938) viajó por la Unión Soviética entre el otoño de 1925 y la primavera de 1926. Narró sus experiencias en Zaren, Papen, Bolschewith, Berlín, E. Reiss, 1927 <<

[44] Sofía Krylenko, hermana de Nikolai Krylenko (1885-1938), Comisario de Justicia por aquel entonces. Sofía coincidió con Benjamin y Lacis durante su estadía en Capri. <<

[45] Karl Kindermann fue el principal acusado en un juicio público contra tres jóvenes alemanes acusados de conspirar para asesinar a Lenin en octubre de 1924. Kindermann fue condenado a muerte pero la sentencia no fue ejecutada. <<

[46] La postal nunca le llegó a Ernst Bloch. Fue devuelta como «no entregable», de acuerdo a la carta que Benjamin le escribió a Siegfrid Kracauer y que es reproducida en el apéndice. <<

[47] No es una alusión a la *Nueva Política Económica* (NPE) de Lenin, creada en 1921, sino a la *rezhim ekonomii* («Régimen de austeridad»), una campaña de ahorro y reducción de costos en todas las áreas económicas llevada a cabo en la segunda mitad de la década de 1920. <<

[48] Una muñeca tipo tentempié. <<

[49] *Bronenosets Potemkin* («El acorazado Potemkin»), película de Sergei Eisenstein (1898-1948) de 1925. <<

[50] *Pozakonu*, película de Lev Kuleshov (1899-1948) de 1926, basada en una historia de Jack London. Kuleshov, un pionero en la teoría y la práctica del montaje, produjo este film, hoy considerado un clásico *post*-revolucionario, una impiadosa condena a las instituciones de la justicia burguesa. <<

[51] Joseph Roth (1894-1939) había sido contratado por el *Frankfurter Zeitung* para contar sus viajes por la Unión Soviética entre los meses de agosto y diciembre de 1926. Su informe, titulado «*Reise in Rußland*», fue publicado en 18 capítulos entre septiembre de 1926 y enero de 1927. <<

[52] El artículo de Roth *Die Schule und die Jungen* («La escuela y los chicos») apareció en el *Frankfurter Zeitung* el 18 de enero de 1927. <<

[53] Un pueblo que queda a orillas del río Yauza (dentro del distrito de Moscú). <<

[54] Emil Ludwig (1881-1948), prolífico historiador y biógrafo alemán. Paul Scheerbart (1863-1915), ensayista y novelista alemán, autor de novelas utópicas y de ciencia ficción. Benjamin y Scholem eran admiradores de su libro *Glasarchitektur (1914).* <<

[55] Probablemente se tratara de Nina Yermolaeva; ella hizo de Avdotiza en *El revisor* de Meyerhold. <<

[56] En rigor, los episodios eran quince. <<

[57] La escenografía fue diseñada en conjunto por Meyerhold y Viktor Kiselev (1896-1981), quienes diseñaron tanto el vestuario como los elementos de escena, con preferencia por los objetos antiguos. Kiselev había colaborado también con la segunda producción de Meyerhold, *Misteriya-Buff*. <<

[58] Término ruso, derivado del francés, que significa «reparar»: una alusión a la profusión de pequeños negocios de reparación de artículos para el hogar y tangencialmente a la escasez de bienes de consumo. <<

[59] Teatro fundado por Fyodor Korsh (1852-1923); formó parte del círculo de teatros estatales entre 1925 y 1926 y cerró sus puertas en 1932. <<

[60] Benjamin se encontraba traduciendo *El mundo de Guermantes*, la tercera entrega de la obra de Proust, *En busca del tiempo perdido*. Fue publicado en 1930 por Piper Verlag en Munich, con Franz Hessel como cotraductor. Benjamin y Hessel habían colaborado previamente en una traducción de la segunda entrega, *A la sombra de las muchachas en flor*, publicada en 1927 por Verlag die Schmiede en Berlín. Aparentemente, Benjamin también tradujo por su cuenta la cuarta entrega, *Sodoma y Gomorra*, pero dicha traducción se perdió. Benjamin y Hessel tenían planeado traducir la totalidad de la obra (incluso empezaron a traducir la quinta parte, *La prisionera*), pero el proyecto finalmente no se llevó a cabo. <<

[61] *Assotsiatsia Khudozhnikov Revolutsionnoi Rossii* (Asociación de Artistas de la Revolucion Rusa), 1922-1932. La AKhR luchaba contra el formalismo y promovía la pintura de género realista-naturalista. <<

[62] Nikolai Bukharin (1888-1938), miembro del comité ejecutivo de la Komintern entre 1926 y 1930, y editor en jefe de Izvestia. Su Teoría del Materialismo Histórico apareció en 1922. <<

[63] Museo de artes y oficios. <<

[64] *El bosque*, de Alexandr Ostrovsky (1832-1886). El estreno de la versión de Meyerhold tuvo lugar el 19 de enero de 1924. <<

[65] Nikolaus Basseches (1895-1961), periodista e ingeniero austríaco. Nacido en Moscú, hijo de un cónsul austríaco, escribía para diarios austríacos y formaba parte de la delegación austríaca en Moscú. Durante la década de 1940 vivió en Suiza y escribía sobre asuntos rusos para el Weltwoche y el *Neue Zürcher Zeitung*. Entre sus libros se encuentran *La cara económica de la Unión Soviética*, Viena, C. Gerolds Sohn, 1925; *El ejército desconocido: Naturaleza e historia de las fuerzas militares rusas*, Nueva York, Viking, 1943 y *Stalin*, Nueva York, Dutton, 1952. <<

[66] No existe tal «escena de la armónica» en la versión original de la obra. Tal escena ocurre sólo en la versión de Meyerhold y corresponde originalmente a la quinta escena del cuarto acto. <<

[67] El grupo de teatro de Alexandr Tairov actuó en Berlín en 1923.
<<

[68] Nikolai D. Bartram (1873-1931). <<

[69] Benjamin deseaba presentar su *Ursprung des deutschen Trauerqiels* (Berlín, Rowohlt, 1928; traducido como *El origen del drama barroco alemán*, London, New Left Books, 1977). <<

[70] De acuerdo a Gershom Scholem en *Walter Benjamin: Historia de una amistad*, Filadelfia, Jewish Publication Society of America, 1981, Benjamin comenzó a frecuentar a la que luego sería su esposa Dora (por entonces todavía casada con Max Pollack) en el pueblo donde ella vivía, Seeshaup —lindante al lago Starnberg—, a principios de 1916. <<

[71] Benjamin conoció a Philipp Keller durante sus días como estudiante en Freiburgstudent (1913). Keller fue autor de una novela, *Gemischte Gefühle*, Leipzig, Kurt Wolff, 1913, también publicada en revistas expresionistas. <<

[72] Escrito en 1916, tuvo publicación póstuma; se incluyó en *Reflexiones*, páginas 314-332. <<

[73] Ver «Nápoles» en *Textos escogidos*, op. cit, IV, páginas 307-316, escrito en conjunto con Lacis, y también los últimos textos de Benjamin sobre ciudades como Weimar, Marsella o San Gimignano. <<

[74] Incluido en *Calle de sentido único* pero no en *Reflexiones*. <<

[75] Construida entre 1112 y 1147. <<

[76] Club de campesinos ubicado en la plaza Trubnaya. <<

[77] *Shestaya chast mira*, encargada por el Gostorg, la Secretaría de Comercio Soviético, dirigida por Dziga Vertov (1896-1954), fue emitida por primera vez en Moscú el 31 de diciembre de 1926. Ofrecía una vista panorámica de la amplitud étnica de la URSS, contrastando esta unión fraternal con la explotación colonial generada por el capitalismo occidental. <<

[78] *¡Venga, Europa!*, obra teatral de de M. Podgaetsky, basada en las novelas *Trust D. E,* de Ilya Ehrenburg y Der Tünnel, de B. Kellermann’s. Estrenada en el Teatro Meyerhold el 15 de junio de 1924. <<

[79] Sede de la Asociación Federal para la Promoción del Conocimiento Político y Científico; gran parte de los eventos literarios de Mayakovsky tuvieron lugar en dicho sitio. <<

[80] Igor Vladimirovich Ilyinsky (1901-1987), conocido especialmente por su rol como comediante, trabajó con Meyerhold entre 1920 y 1935. Ideó el rol de Bruno de *Le Cocu magnifique* y el rol protagónico de *El profesor Bubus*. Una vez que abandonó el Teatro Meyerhold, se unió al Teatro Maly. <<

[81] Yuri Lebedinsky (1898-1959), conocido sobre todo por sus novellas *Nedelia* («Una semana», 1922) y *Kommisary* («Los comisarios», 1925), ambas con numerosas referencias a aspectos internos del Partido Comunista. Lideró varias asociaciones de escritores proletarios, entre ellas la *VAPP*. <<

[82] Oskar Walzel (1864-1959), historiador literario. Miembro honorario de la Academia Soviética al que le ofrecieron redactar el artículo sobre Goethe de la Enciclopedia Soviética una vez que Benjamin lo rechazó. (Ver la carta de Lunatcharsky reproducida en el apéndice). <<

[83] Arnolt Bronnen (1895-1959), escritor, director y, más tarde, crítico teatral. Se hizo conocido en 1922 con su obra *Vatermord* («Parricida»), en la cual Brecht colaboró con la producción. Bronnen se volcó rápidamente a la derecha hacia 1925; después de la Segunda Guerra Mundial, fue un alcalde comunista y crítico de teatro. <<

[84] El menosprecio de Benjamin para con el trabajo de Ilynsky sugiere que no estaba al tanto de la importancia del lugar del actor en la renovación de la práctica teatral llevada a cabo por Meyerhold. <<

[85] La obra de O’Neill, protagonizada por Tairov, se estrenó en noviembre de 1926 en el Teatro Kamerny. <<

[86] Alicia Koonen (1889-1974), nacida en Bélgica, antiguo miembro del *MKHAT* y esposa de Tairov. <<

[87] Importante tienda departamental de gran Berlín. <<

[88] Franz Hessel (1880-1941). Hessel fue jefe editor en Rowohlt, editorial que publicó los libros de Benjamin *Calle de sentido único* y *El origen del drama barroco alemán*. Benjamin conoció a Hessel en 1922 y publicó parte de sus traducciones de Baudelaire en la revista de Hessel *Vers und Prosa*. Benjamin rinde tributo a *Nachfeier* («Celebración»), de Hessel al principio de su «Crónica de Berlín», en *Reflexiones*, pp. 7-9; en numerosas ocasiones reseñó otros cuatro libros de Hessel. Véase la nota al pie n.º 60 acerca de la colaboración entre Hessel y Benjamin sobre las traducciones de Proust. <<

[89] Los escenarios y las vestimentas de la producción de Meyerhold de la obra de Fernand Crommelynck, *Le cocu magnifique*, fueron diseños del artista constructivista Liubov S. Popova (1889-1924). <<

[90] Los escenarios de la obra de A. Faikos, *El profesor Bubus*, fueron diseñados en conjunto por E. Shlepanov y por Meyerhold. La obra se estrenó el 29 de enero de 1925. <<

[91] *Rychi Kitai!*, de Sergei Tretiakov, cuyos escenarios fueron diseños de Sergei Efimenko, dirigida por el alumno de Meyerhold, V. Fedrov. Fue estrenada el 23 de noviembre de 1926 y poco después Meyerhold pasó a ser el director. <<

[92] *Kupite revolver*, dirigida por B. D. Koroleva, con escenarios diseñados por S. Efimenko. Estrenada el 30 de diciembre de 1926. <<

[93] Sergei M. Gorodetsky (1884-1967), poeta y libretista. En sus comienzos fue un poeta simbolista y contribuyó a la fundación del Acmeísmo, del cual formó parte entre 1912 y 1921. Escribió para *Izvestia* hasta 1932. <<

[94] Evgeny Gnedin (1898-1983), diplomático soviético, presunto hijo de Alexandr Gelfand (Parvus). Sus memorias, *Katastrophe und zweite Geburt*, fueron publicadas en Amsterdam en 1977. <<

[95] Anatoly Lunacharsky (1875-1922), escritor y crítico literario, Comisario del Pueblo para la Educación Pública. Léase su crítica «*El revisor*, de Gogol-Meyerhold» 7 de octubre, Winter, 1978, pp. 57-70. Robert Pelche (1880-1955), periodista comunista y crítico de arte. Valerian Pletnyov (1886-1942), presidente del comité central del Concejo Federal de Cultura Proletaria, devenido en 1921 director del Comité General de Políticas Educativas (Glav-Polit-Prosvet). Vladimir Mayakovsky (1893-1930); su discurso en el debate de Meyerhold está incluido en la antología de sus trabajos. Andrei Bely, seudónimo de Boris Nikolaievich Bugaev (1880-1934), poeta, novelista y crítico; dio un curso de «El mundo literario» en el seno del taller de Meyerhold. Mikhail Levidov (1891-1941), escritor y periodista. Entre los presentes también se encontraban S. Tretiakov, J. Grossman-Rashchin, A. Slonimsky, I. Aksyonov y N. Volkonsky. *Pravda* cubrió el debate en su edición del 9 de enero de 1927. Benjamin dio su versión de este evento en «Disputation bei Meyerhold», *Textos escogidos*, IV, pp. 481-483. <<

[96] El arsenal del Kremlin, construido entre 1844 y 1851. <<

[97] *Sobor Spasa na boru*, capilla construida en 1330. <<

[98] Andrei Kirillovich Razumovsky (1752-1836). <<

[99] «Día y Noche», protagonizada por Tairov en el Teatro Kamerny. <<

[100] *Shtorm* («Tormenta»), una obra de Vladimir Bill-Belotserkovsky (1884-1970), protagonizada por E. Liubimov-Lanskoi en 1925. <<

[101] Esta palabra refiere a un término utilizado en la década de 1840 con el que se denominaba a un pequeño círculo de jóvenes intelectuales reunidos para hablar de asuntos políticos y filosóficos. <<

[102] El inicio del párrafo aparece borroso en el original, la traducción es una conjetura. <<

[103] Publicada en la edición del 11 de febrero de 1927 de la revista *Literarische Welt* bajo el título de «Der Regisseur Meyerhold — in Moskau erledigt?». También aparece en los *Textos escogidos*, IV, pp. 481-483. <<

[104] Mikhail Larionov (1881-1964) y Natalia Goncharova (1881-1962), pintores vanguardistas (representantes del rayonismo y del orfismo, entre otros) que colaboraron con las escenografías de los *ballets* de Diaghilev en Francia entre 1915 y 1929. <<

[105] Pequeño Teatro Académico Nacional <<

[106] Tanto el Savoy como el Bolshaya Moskovskaya eran hoteles famosos de Moscú. <<

[107] Periódico alemán de la Liga Espartaquista que luego se convirtió en órgano central del Partido Comunista de Alemania. <<

[108] Ver el ensayo de Benjamin, *Juguetes rusos*, en el apéndice del libro. <<

[109] Unión de Empresas Moscovitas para la Transformación de Productos Agrícolas. La poesía publicitaria de Mayakovsky y de Rodchenko contribuyó considerablemente a la fama de la *Mosselprom*. <<

[110] Ernst Bloch (1885-1977) vivió con su esposa Else von Stritzky (1882-1921) en Interlaken, Suiza entre 1917 y 1919. <<

[111] Silvestr Shchedrin (1791-1830), paisajista ruso. <<

[112] Vassily Vereshchagin (1842-1904), pintor ruso reconocido por sus cuadros con escenas de batallas. <<

[113] Alexandre Charles Lecocq (1832-1918). Ver nota 99. <<

[114] «Casa de la prensa», un club de periodistas. <<

[115] Karl Radek (1885-1939), importante funcionario del Partido, miembro del Presidium en 1920, desterrado por trotskista en 1927. <<

[116] Término utilizado para referirse al portero de un hotel. [Nota del E.] <<

[117] Se supone que se trata del médico de Asja. <<

[118] Véase *Historia y conciencia de clase*, de György Lukács, publicado en Alemania en 1923. Una breve reseña del libro puede encontrarse en los *Textos escogidos*, III, p. 171. <<

[119] Probablemente se refiere a la estación Kazan. <<

[120] El *Wandkalender* («Calendario de pared») de Benjamin apareció en el número de 12 de diciembre de 1926 del *Literarische Welt*; sus versos estaban ilustrados por Rudolph Grossmann. Ese mismo número incluía la reseña de Benjamin de la correspondencia entre Lenin y Máximo Gorky entre 1908 y 1913. <<

[121] Sergei Ivanovich Shchukin (1854-1936), coleccionista, llegó a adquirir 54 pinturas de Picasso entre 1908 y 1914. <<

[122] No es la denominación que suele recibir dicho período, Benjamin hace obvia referencia a los cuadros pertenecientes al Cubismo sintético, ubicable entre los años 1911 y 1914. <<

[123] Thankmar von Münchhausen (1892-1972) «descubrió» a Marie Laurencin gracias al historiador de arte Wilhelm Uhde. La correspondencia de Münchhausen con Benjamin permanece inédita. Amigo de Hoffmansthal y de Rilke, Münchhausen acordó con Benjamin para que este tradujera la *Anábasis* de Saint-John Perse. Benjamin recibió los créditos de la traducción en conjunto con Bernard Groethuysen. La obra fue publicada en fecha posterior al fallecimiento de Benjamin, en *Das Lot*, IV (octubre de 1950), pp. 60-74. <<

[124] Luego de una ardua búsqueda en bibliotecas de Europa Occidental y de Estados Unidos, el editor no logró encontrar una copia del número de la *Vechernaia Moskva* que incluía la entrevista de Benjamin. La biblioteca de Lenin en Moscú ha rechazado en varias ocasiones la solicitud de una copia de la entrevista. <<

[125] En el manuscrito original, en esta parte hay dos carillas en blanco. <<

[126] Abreviatura de *Proletarskaia Kultura*, una organización que promovía las «fuerzas creativas ocultas» del proletariado. Creada en octubre de 1917, perdió su independencia política en 1921, cuando fue anexada al *Narkompros*. Fue finalmentwe disuelta en 1932. <<

[127] Ilya Semyonovich Ostrukhov (1858-1929), pintor ruso, curador de la Galería Tretiakov entre 1905 y 1913. <<

[128] Compañera de habitación de Asja. [Nota del E.] <<

[129] Maximilien Schick (1884-1968), poeta y traductor al alemán de Briusov, Gorky y otros. Vivió en Alemania de 1892 a 1907 y fue colaborador de la revista simbolista rusa *Vesy* («Balanza»). <<

[130] *Narodnyi Komissariat Prozveshcheniya* (Comisariado del Pueblo para la Educación Pública). <<

[131] Esta región hoy día se llama Kirov. <<

[132] Alexei Rykov (1881-1938) sucedió a Lenin como presidente del Consejo de Ministros de la URSS de 1924 a 1930. <<

[133] Abreviatura de la *Obshchestvo sodeistva aviatsionno-khimicheskomu stroitelstvu USSR* (Sociedad para la creación de una Industria Aeronáutica y Química en la URSS). <<

[134] Probablemente se refiera al viaje en barco que Benjamin hizo en 1925 desde Hamburgo a Italia, con escala en Barcelona. <<

[135] Este libro de Reich finalmente no fue publicado. <<

[136] Hans Poelzig (1869-1936), influyente arquitecto y profesor en la *Technische Hochschule* de Charlottenberg. Entre otras construcciones teatrales, Poelzig supervisó en 1919 la transformación del circo Schumann a favor del Grosses Schauspielhaus de Max Reinhardt, en Berlín. <<

[137] La escena que involucra a Mademoiselle de Vinteuil y su amante femenina en *Por el camino de Swann*. <<

[138] Willy Wiegand (1884-1961) fue cofundador de Bremer Press, que publicó *Neue Deutsche Beiträge,* en el cual aparece el ensayo de Benjamin sobre *Las afinidades electivas* de Goethe, en 1924-1925. Arthur Miiller-Lehning (1899-2000) publicó el periódico *i 10, Internationale Revue* (Amsterdam), en el cual aparecen una versión temprana de *Calle de sentido único* y, también de Benjamin, un ensayo titulado «Nueva Poesía rusa». Else Heinle, esposa de Wolf Heinle (1899-1923). Benjamin fue un ferviente admirador de la poesía de Wolf Heinle y de su hermano Friedrich (1892-1914). Tuvo la intención de publicar sus obras. <<

[139] Dora Sophie Benjamin (1890-1964), esposa de Benjamin entre 1917 y 1930. <<

[140] Véase *Por el camino de Swann*, París, Gallimard (Pléjade), 1954, volumen I, pp. 80-82. <<

[141] Pese a que el artículo finalmente no fue escrito, véase el ensayo de Benjamin *Die Waffen von Morgen* («Las armas del mañana»), *Textos escogidos*, IV, pp. 473-476. Kurt Tucholsky y Carl von Ossietzky pasaron a ser editores del *Weltbühne* en 1926 y le imprimieron un giro a la izquierda; los Nazis lo cerraron en 1933. Ossietzky murió en un campo de concentración y Tucholsky se suicidó en Suecia en 1934. <<

[142] Evgeny Vakhtangov (1883-1922). El teatro que lleva su nombre fue creado a partir del tercer estudio del MAKHT (fundado en 1921). Durante un tiempo Vakhtangov también dirigió el Habimah (Teatro Hebreo). <<

[143] *Chrezvychainaia komissia*, Policía Secreta del Estado. <<

[144] Ver nota n.º 81 en página 87. <<

[145] Periódico político de Berlín fundado en 1892 por Maximilien Harden. Entre sus colaboradores se encontraban Fontane, Holz, Nietzsche, Mann, Rilke y Hofmannsthal. <<

[146] Valerii Briusov (1873-1924), novelista ruso. <<

[147] Director de la división de libros infantiles de la Casa de Publicación Estatal. <<

[148] Esto es más probable que se refiera a la traducción de Proust en la que Benjamin estaba enfrascada que al ensayo sobre Proust sobre el que había estado pensando largamente. Escribe en una carta fechada el 18 de septiembre: «No sé por cuánto tiempo me ha rondado la cabeza la idea de escribir un ensayo llamado “Acerca de traducir a Proust” y hace poco, en Marseilles, los editores de los *Cahiers du Sud* aceptaron tomarlo. La idea es que trate más de Proust que de la traducción». El ensayo fue completado recién en 1929. Véase «La imagen de Proust», en *Iluminaciones*, editado y prologado por Hannah Arendt, New York, Harcourt, Brace, and World, 1968. <<

[149] La respuesta de Benjamin a Blei no fue publicada durante su vida. Puede encontrarse en *Textos escogidos*, IV, pp. 453-454; la obra de Blei «Zu Rainer Maria Rilke» puede ser visualizada en las pp. 1025-1027. <<

[150] Franz Hoffmann (1814— 1882), *Newr deutscher Jugendfreund zur Unterhaltung und Belehrung der Jugend*, un clásico infantil de la mitad del siglo XIX. <<

[151] Nombre en alemán de *Leather-Stocking Tales*, de James Fenimore Cooper’s. <<

[152] Gustav Schwab, *Die schonsten Sagen des klassischen Alterturn* (1838). <<

[153] Karl May (1842-1912), autor de historias inmensamente populares, ambientadas en el Oeste norteamericano. <<

[154] *Kampf um Rom*, de Felix Dahn. Sophie Worishoffer (1838-1890), autora de novelas de aventuras en altamar. <<

[155] Friedrich Gerstacker (1816-1872), autor de cuentos de aventuras exóticas. <<

[156] De acuerdo a Gershom Scholem, de 1908 a 1914 Benjamin y su grupo de amigos —Herbert Belmore, Alfred Steinfeld, Franz Sachs y Willi Wolfradt— se juntaban una noche por semana a leer y a hablar sobre autores como Shakespeare, Hebbel, Strindberg, Ibsen y Wedekind. <<

[157] Clásico de la literatura infantil de mediados del siglo XIX escrito por Heinrich Hoffmann (1809-1894). <<

[158] Aparentemente Benjamin nunca llevó cabo este proyecto, aunque la fantasía infantil es un tema central en su *Crónica de Berlín* (1932). <<

[159] *Mat’*, una adaptación cinematográfica de la novela de Corky de 1906, realizada por Vsevolod I. Pudovkin en 1926. *Protsëss o treh millionah*, una comedia de detectives dirigida por Yakov Protazanov en 1926. <<

[160] El General del Ejército Rojo antes mencionado. <<

[161] Publicada como «*Eine Diskussion uber russische Filmkunst und kollektivistische Kunst uberhaupt*» en el *Literarische Welt* del 11 de marzo de 1927 (véase *Textos escogidos*, II, pp. 751-755). Hay un borrador de este artículo al final del manuscrito de estos *Diarios de Moscú*. Después de ridiculizar a Schmitz como un intelectual pequeño burgués, Benjamin pasa a refutar las críticas que éste le había hecho a *Potemkin*: «Objetivamente, uno puede analizar *Potemkin* tanto desde un punto de vista político como desde el cinematográfico. Pero Schmitz no lo hace desde ninguno de estos dos. Sólo habla de sus recientes lecturas. Pero las novelas sociales de Wassermann (por nombrar alguno) tiene tanto que ver con el contenido social de *Potemkin* como la Marina de Stower (por nombrar alguno) con las maniobras de este acorazado en el Mar Negro. Esa comparación no prueba absolutamente nada. La objeción contra el *Tendenzkunst* (arte tendencioso) es aún más evidente. Para decirlo bien claro: ¿No es tiempo ya de librarse del *cuco* burgués de una vez por todas? ¿Por qué lamentarse del desflorecer político del arte después de haber descubierto dos mil años de sublimaciones creativas, complejos de Edipo, remanentes libidinosos y regresiones infantiles? Pero esa es la teoría burguesa en un período decadente: no importa que el arte conozca los peores callejones mientras siga siendo una buena niña *in politicis* y no se le pase por la imaginación la lucha de clases. Pero será en vano, ya que el arte siempre soñó con esta. Lo único importante es que, con el despertar de nuevas regiones de la conciencia, la llamada "tendencia" dejó de ser un elemento muy escondido del arte para convertirse en uno completamente evidente. Y eso es lo que nos trae a la película». (Aquí se termina el manuscrito). <<

[162] Película de Fritz Lang (1890-1976) de 1926. <<

[163] Véanse los comentarios de Benjamin acerca de la Zona Roja en su ensayo de 1928, «Marsella», en *Reflexiones*, p. 131. <<

[164] Abreviatura de *Narodnyi komissariat inostrannykh* (Comisariado del Pueblo de Asuntos Exteriores). <<

[165] *Les Sylphides*, música de Chopin con arreglos de A. Glasunov (quien ha de ser el «compositor poco importante» que menciona Benjamin). <<

[166] Ekaterina Gelzer (1876-1952), notable bailarina que fue parte del Teatro Bolshoi de Moscú de 1898 a 1934; en 1925 fue designada la primera «artista popular de la RSFS». Asja Lacis la conoció cuando hacía teatro experimental infantil en Orel, en 1918-1919. <<

[167] El monasterio de la Trinidad y San Sergio, en Sérguiev-Posad.
<<

[168] Benjamin pasó varios meses en Dachau en 1917, donde recibió un tratamiento para la ciática. <<

[169] Boris Godunov (1552-1605), legendario zar ruso. <<

[170] Mikhail Alexandrovich Chekhov (1891-1955), actor y director, huyó al exilio en 1928. <<

[171] Este ensayo fue publicado originalmente como «Russische Spielsachen» en el *Südwestdeutsche Runfunkzeitung*; fue reimpreso en *Textos escogidos*, III, pp. 623-625. En la copia sobre la que se basa esta publicación, hay una nota de Benjamin que dice: «Texto resumido. Ver manuscrito». Sin embargo, el manuscrito original al que hace referencia no se encontró entre sus papeles. Todo lo que se sabe es que Benjamin envió once fotografías al Runfunkzeitung, de las cuales solamente seis fueron publicadas (*Textos escogidos*, III, pp. 1051-1052). <<

[172] Carta provista por el Departamento de Manuscritos de la Biblioteca Nacional Judía, Universidad Hebrea de Jerusalén. <<

[173] Werner Scholem (1895-1940) fue un diputado comunista del parlamento alemán. Ayudó a conformar un grupo opositor de izquierda que se escindió del KPD [Partido Comunista de Alemania, fundado en 1918 y dirigido en sus comienzos por Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht] (junto a Ruth Fischer, Arkady Maslow y otros). En 1927 fue expulsado del KPD en medio del proceso de Stalinización de dicho partido. Pese a esto, mantuvo su banca en el Parlamento. Murió en Buchenwald. <<

[174] Mirjam Ben-Gavriel (1898-1980), actriz de origen austríaco que emigró a Palestina en 1925 y que en aquel momento se encontraba de visita en Berlín. <<

[175] Benjamin y Scholem se encontraron en París a finales de abril de 1927, mientras Scholem se encontraba de camino a Londres. Fue su primer encuentro en cuatro años y sólo se produjeron dos encuentros más antes de la muerte de Benjamin en 1940. La correspondencia entre ambos es inmensa; véase Briefwechsel 1933-1940, de Walter Benjamin y Gershom Scholem, Frankfurt, Suhrkamp, 1980. <<

[176] «*Les cahiers du Sud*» aparecieron en el *Literarische Welt* del 18 de marzo de 1927; véase *Textos escogidos*, IV, pp. 483-485. <<

[177] *Die Kreatur*, revista literaria de publicación trimestral, era editada por Buber (Joseph Wittig) y Viktor von Weizsacker. El viaje de Benjamin a Moscú fue en parte financiado por adelantado por Buber. El artículo escrito para *Die Kreatur*, «Moscú» fue reproducido en *Reflexiones*, pp. 97-136. Véase más adelante la reproducción de una carta que Benjamin escribe a Buber. <<

[178] Poco se sabe de las actividades de Dora Benjamin en Ullstein Verlag, dado que el archivo de la casa editora fue destruido durante la guerra. El *Praktische Berlinerin* pasó a llamarse *Moden welt* después de 1927. <<

[179] Escha Burchardt Scholem fue esposa de Gershom Scholem entre 1923 y 1936. <<

[180] Jula Radt fue durante años, especialmente entre 1912 y 1915 y entre 1921 y 1933, muy cercana a Walter Benjamin. Era una escultora que entre 1916 y 1922 estuvo conectada al círculo de Stefan George. Luego de este período, regresó a Berlín. Se casó con Fritz Radt en 1925, luego se exilió en Holanda. Esta carta forma parte de Cartas, pp. 439-441. <<

[181] Ilse Hermann era un amigo de Jula Cohn-Radt, que tenía su atelier en la casa de los padres de Hermann. <<

[182] Siegfried Kracauer (1889-1966), novelista, crítico y teórico cinematográfico a quien Benjamin conoció a través de Ernst Bloch. Kracauer era un amigo cercano de Joseph Roth y de Theodor Adorno. De 1920 a 1933 fue editor de asuntos extranjeros en el *Frankfurter Zeitung*. Fue gracias a él que Benjamin pudo publicar varias reseñas en ese diario. Se escribieron con mucha frecuencia aproximadamente hasta 1936. «*Ornament der Massen*» apareció en dos partes en las ediciones del 9 y del 10 de Julio de 1927 del *Frankfurter Zeitung*. Fue rápidamente reimpreso como capítulo de un libro homónimo (Frankfurt, Suhrkamp, 1963, pp. 50-63). Este libro incluía una de las dos reseñas que Kracauer había hecho sobre la obra de Benjamin. «*Zu den Schriften Walter Benjamins*» reseñaba dos libros de Benjamin: *Calle de sentido único* y *El origen del drama barroco alemán*. Esta postal pertenece a la colección del Deutsches Literaturarchiv, Schiller Nationalmuseum, Marbach/Neckar. <<

[183] Carta provista por el Deutsches Literaturarchiv, Schiller Nationalmuseum, Marbach/Neckar. <<

[184] Las fotografías finalmente no fueron publicadas en el *Illustriertes Blatt* del *Frankfurter Zeitung* sino en el *Südwestdeutsche Rundfunkzeitung* (Volumen 2, n.º 6, p. 4). <<

[185] «Pariser Beobachtungen», de Kracauer, apareció en el *Frankfurter Zeitung* del 13 de febrero de 1927. <<

[186] El diario fue finalmente publicado como *Voyage au Congo*, París, Gallimard (Editions de la Nouvelle Revue Française), 1927. <<

[187] Benjamin reseñó el último libro de esta lista, el de Paul Hankamer (Bonn, F. Cohen, 1927), el 15 de julio de 1927. <<

[188] Carta publicada en *Literaturnoe nasledstuo*, Moscú, 1970, vol. 82, pp. 534-535. Hay un extraordinario estudio sobre las complejas relaciones de Lunacharsky con los escritores alemanes y su literatura, escrito por Dora Angres, *Die Beriehungen Lunacarskijs rur deutschen Literatur*, Berlín, Akademie, 1970. <<

[189] Véase *Gespräche mit Goethe in den letrten Jahren seines Lebens*, de Johann Peter Eckermann, Wiesbaden, Insel, 1963. <<

[190] *Goethe*, de Friedrich Gundolf, Berlín, George Bondi, 1916. <<

[191] La carta pertenece a la colección de Martin Buber, Biblioteca Nacional Judía, Universidad Hebrea de Jerusalén. Publicada originalmente en *Cartas*, Theodor Adorno y Gershom Scholem editores, Frankfurt, Suhrkamp, 1966, pp. 442-443. <<

[192] Joseph Wittig (1879-1949) fue editor de *Die Kreatur* de 1926 a 1928. <<

[193] Del aparato editorial de los *Textos escogidos* de Benjamin, vol. VI, Rolf Tiedemann y Hermann Schweppenhauser, editores, Frankfurt, Suhrkamp, 1985, pp. 781-782. <<

[194] Arthur Holitscher (1869-1941), novelista y ensayista. Benjamin acababa de leer una obra suya, *Der Fall Ravachol* (1925), de acuerdo a una lista inédita suya que enumera los libros por él leídos. En 1929 Benjamin reseñó *Esgeschah in Moskau*, Berlín, S. Fischer, 1929 (*Textos escogidos*, III, p. 166). Entre los escritos de Holitscher se encuentran *Drei Monate in Sowjet-Russland* (1921) y *Das Theater im revolutionären Russland* (1924). <<

[195] Leo Matthias (1893-1970), traductor y escritor. Benjamin acababa de leer su libro *Genie und Wahnsinn in Russland* (1921). Otros de sus trabajos son *Die Paritur der Welt* (1921) y *Ausflug nach Moskau* (1925). <<

[196] Heinrich Vogeler-Worpswede (1872-1942) publicó *Reise durch Russland* en 1925. <<

[197] Hofmannsthal (1874-1929) reconoció la singularidad de Benjamin con mucha anticipación y le publicó su ensayo «Las afinidades electivas de Goethe» en el rápidamente extinto Neue Deutsche Beiträge, en abril de 1924 y enero de 1925. Parte de El origen del drama barroco alemán de Benjamin apareció en la misma publicación en agosto de 1927. La presente forma parte de Cartas, pp. 443-446. <<